

Lo que no puedes hacer...
debes contarlo

LUIS CHIOZZA

Lo que no puedes hacer...
debes contarlo

Apuntes de todos los días



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio

Lo que no puedes hacer... debes contarlo: apuntes de todos los días
/ Luis Antonio Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Libros del Zorzal, 2023.

320 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-899-5

1. Lenguaje. 2. Desarrollo Emocional. 3. Comunicación. I. Título.

CDD 152.4

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2023. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-899-5

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Al recuerdo de mi madre,
destinataria de mis primeras palabras,
y al de mi padre,
que las llenó de vida regalándome “cosas”
como las poesías de Trilussa y las voces de Pochia.

ÍNDICE

Prólogo. Lo que no puedes hacer debes contarlo.....	13
1. El laburo, el trabajo y las vacaciones	15
2. Frente a la turbulencia inevitable	17
3. Cuando no se sabe qué hacer.....	19
4. Las palabras y las cosas.....	21
5. El “ignorado” impacto inconsciente.....	23
6. ¿Qué lo-cura?	25
7. Global y colonial.....	27
8. Cuando las palabras mueren.....	29
9. El hombre de la calle	31
10. La distracción como recurso	33
11. No va a pasar nada	35
12. El escritor y el lector.....	37
13. Envejecer.....	39
14. Vacunarse	41
15. Dos caminos para un mismo resultado	43
16. Un enemigo poderoso	45
17. El motivo de todas las guerras.....	47
18. Freud también pudo equivocarse	49
19. Ser alumno.....	51
20. Sin enamorarse, es imposible crecer	53
21. Explicar no es lo mismo que justificar.....	55
22. Una vejez “en forma”	57
23. En una isla	59
24. Todo palabras... ..	61
25. El cansancio y la tristeza	63
26. ¿Qué fue lo que dije?	65
27. Sinergia	67
28. Dónde y qué	69
29. Pensar mal se paga caro.....	71
30. Tres libros.....	73
31. La gente y el “se”	75
32. La construcción del enemigo	77

33. La malsana humillación.....	79
34. El oscurantismo tecno-lógico.....	81
35. Cuando un amigo se va... ..	83
36. Donde se habla de ser y de poder.....	87
37. El “proceso” de duelo.....	87
38. La asimilación del psicoanálisis.....	89
39. Saber con quién estoy.....	91
40. La montaña.....	93
41. Las distintas maneras de estar vivo.....	95
42. Arte poética.....	97
43. Opacidad y transparencia.....	99
44. Fealdad y belleza.....	101
45. Complejo de Edipo.....	103
46. Lo importante de darse cuenta.....	105
47. La certidumbre de las historias.....	107
48. Fuera de sí.....	109
49. Una página sobre la costumbre.....	111
50. Los matices del verde.....	113
51. Ser usado.....	115
52. Prejuicios.....	117
53. El celular.....	119
54. El deseo de vivir.....	121
55. La rendición de cuentas.....	123
56. Dos maneras de estar loco.....	125
57. Ser persona.....	127
58. Dios se lo pague.....	129
59. El baluarte.....	131
60. Las transferencias recíprocas.....	133
61. Sentimientos y problemas.....	135
62. Acerca de la culpa.....	137
63. Acerca de la envidia.....	139
64. Acerca de los celos y de la rivalidad.....	141
65. El temor de los ángeles.....	143
66. Entender lo que se siente.....	145
67. Lo que le sucede a Juan Pérez.....	147
68. El sueño y la vigilia.....	149
69. Las pesadillas y los sueños.....	151
70. El día que me quieras.....	153
71. Loco sí, pero ¿cuándo?.....	155
72. Acerca de la erudición espuria.....	157

73. Hasta dónde.....	159
74. Padre... tú nunca me has abandonado, fui yo.....	161
75. Romanticismo	163
76. Cuando el pájaro se para en la escopeta	165
77. “A quienes hoy extraño...”	167
78. Entre fallido y falluto.....	169
79. Los sueños... sueños son	171
80. Psicoanalizarse	173
81. Países y personas.....	175
82. Dentro de todo.....	177
83. En el día del amigo.....	179
84. Salir.....	181
85. Hay momentos y momentos	183
86. La enfermedad y los síntomas	185
87. Instantánea.....	187
88. ¿Qué significa curar?.....	189
89. Las cosas de la vida	191
90. Cualquiera.....	193
91. Los “núcleos” psicóticos.....	195
92. Argetiniátrico	197
93. Espacio y tiempo	199
94. En tiempos de “mala onda”	201
95. Entereza	203
96. La regla fundamental.....	205
97. Tres destinos.....	207
98. Por las buenas.....	209
99. Dos maneras de psicoanalizarse	211
100. El remanente	213
101. La dificultad para entenderse	215
102. Sexo evacuativo	217
103. Con qué cara.....	219
104. La pacientela	221
105. Queriéndonos tanto... ..	223
106. El viejo médico.....	225
107. Decime la verdad.....	227
108. El valor del dinero	229
109. El hermano mayor (en homenaje a Porchia)	231
110. La coartada.....	233
111. El hilo	235
112. No es lo mismo hablar que decir	237

113. ¡Qué tristeza! Argentina	239
114. En confesión fraterna	241
115. Es la economía, estúpido	243
116. Semiología y clínica	245
117. Decir callando	247
118. Dos consciencias cognoscitivas	249
119. Conciencia y consciencia	251
120. El poder del amor	253
121. La vida es sueño	255
122. Los vinculantes	257
123. Parábola de los ladrillos y la investigación científica	259
124. En el juego de la vida	263
125. Sentir y pensar	265
126. Las palabras	267
127. Acerca de la originalidad	269
128. La construcción de una teoría	271
129. Los vicios	273
130. Las brujas y yo	275
131. La prioridad de lo ubicuo	277
132. Del como si al sí	279
133. El obstáculo	281
134. El corazón herido	283
135. Acerca del bien y del mal	285
136. Lo que queremos tener	287
137. Hasta cierto punto	289
138. La maldad y la bondad	291
139. Sobre guardar y gastar	293
140. El porvenir de la necesidad	295
141. Añoranzas y recuerdos	297
142. <i>Homo sapiens</i>	299
143. Periodismo	301
144. Despedida	303
145. Decálogo de la amargura melancólica	305
146. Un tipo piola	307
147. La consciencia y lo psíquico genuino	309
148. El equívoco placer de terminar	311
149. Las inusitadas trayectorias de “una vida”	313
150. La inmoralidad a la luz del psicoanálisis	315
Epílogo. Apuntes de todos los días	317

PRÓLOGO

LO QUE NO PUEDES HACER DEBES CONTARLO

Federico Fellini (en una película de Damian Pettigrew, *Soy un gran mentiroso*, en la cual colaboran, desde distintos campos de la cultura, unos veinte representantes egregios; entre ellos, Donald Sutherland, Terence Stamp, Giulietta Masina, Marcello Mastroianni y Nanni Moretti) cuenta que cuando filma se siente poseído por un oscuro habitante que toma el control del espectáculo y al que no conoce, a pesar de que con él convive y ha convivido siempre, “poniéndose, inevitablemente, a su disposición” (más allá de los deseos de su padre, que lo quería médico, y los de su madre, que lo imaginaba cardenal).

Fuera del set (en donde vive inmerso en un territorio tabú, enajenado de las leyes), se siente vacío en lo que se considera la existencia “normal”. Filmando siempre se sintió en su lugar, inundado por algo que ocurre sin haberlo elegido, cumpliendo con un destino predispuesto (como un tren que debe recorrer prefijadas estaciones y “sabe” cuánto tiempo debe

detenerse en cada una), encontrándose con amigos y congéneres oportunos en los momentos adecuados.

Lo que dice coincide con lo que señala (a partir de Nietzsche) Italo Calvino (uno de los insignes colaboradores que aparecen en el filme de Pettigrew): “eso” (y no “yo”) es quien cuenta, quien escribe y quien habla.

La mentira de la cual nos habla Fellini, y a la que en un cierto sentido reivindica (mencionando la importancia que le concede el psicoanálisis frente a la “pretendida” verdad), es la que vivimos en nuestra existencia onírica y en nuestras fantasías diurnas inconscientes, pero, como no podría ser de otra manera, también le otorga valor a nuestra vida de vigilia, cuando destaca la función que ha cumplido en su producción cinematográfica el deber, que lo condujo a respetar los compromisos asumidos las veces en que recibió un adelanto de dinero para filmar una película.

Por fin, si cabe preguntarse, frente al hecho de que “soñar y decir también es hacer”, ¿es todo lo que podemos hacer?, subrayemos que Fellini, explícitamente, responde: lo que no podemos hacer debemos contarlo.

EL LABURO, EL TRABAJO Y LAS VACACIONES

La palabra “trabajo” deriva etimológicamente de tortura. “Laburo” es un término coloquial que proviene del italiano *lavoro*, que corresponde al castellano “labor”, contenido en el vocablo “elaboración”, que alude a un proceso creativo y sano.

Por una circunstancia cuyos orígenes ignoro, las palabras “laburo” y “trabajo” funcionan invertidas en su uso popular, porque se suele considerar que un trabajo es valioso y deseable (de la afirmación: “El trabajo es salud”, ha surgido la ironía: “Entonces, que trabajen los enfermos”) y que un laburo podrá ser necesario, pero es algo forzado y penoso, hasta llegar, a veces, al extremo de constituir un injusto “castigo”.

Existe, además, un malentendido significativo: la confusión de la carencia de un empleo con la carencia de un trabajo. Un empleo es un trabajo encomendado por alguien que se compromete a otorgar una remuneración estable (el salario) que comienza por ser independiente de “la colocación” del producto realizado y llega, con frecuencia, a ser también independiente de

la cantidad o la calidad de aquello que el “trabajador” logra producir. En un mundo en donde “está todo por hacer”, podrán faltar los empleos (cuando disminuyen las personas que emprenden proyectos que aseguran remuneraciones), pero el trabajo “pendiente” (en el ámbito colectivo y en la intimidad de cada vivienda), en lugar de faltar, abunda.

Un malentendido de similar importancia reside en las vacaciones, que evolucionaron, desde ser anuales (o coincidentes con el *weekend*), a ser circunstanciales y repetidas en cada ocasión “propicia”. Lo que sucede en la semana permite señalar un equívoco que agrava la diferencia entre las vacaciones que deseo y las que logro y que surge de ignorar que, para que algo sea vacación, es necesario que interrumpa una actividad que consiste en trabajar. Es inútil negar que el placer que puede obtenerse “de viernes a lunes” es un placer complementario que “nace” del placer saludable que surge de las tareas realizadas, “de lunes a viernes”, en la actividad que define la forma en que cada persona se inserta en la sociedad que habita.

2

FRENTE A LA TURBULENCIA INEVITABLE

Desde tiempos inmemorables, navegar en el mar se ha constituido en una metáfora del transcurso de la vida, reiteradamente utilizada. De allí aprendemos que se puede “correr” un temporal, dejándose llevar por la fuerza de los vientos, cuando se tienen por delante aguas navegables. Cuando, en cambio, no es así, no queda otro recurso que capear, “contra viento y marea”, una tormenta de la que no se puede escapar. También aprendimos que hay tiempos para llorar y tiempos para reír y que no hay que olvidar el sol en la oscuridad de la tormenta ni el fragor del temporal cuando el mar está en calma.

En tiempos más recientes, la llegada del avión, que “navega” en el aire, ha enriquecido nuestros pensamientos con nuevas metáforas. Allí, la tormenta de “truenos y centellas” es, sobre todo, turbulencia, y ante un frente turbulento que no se puede soslayar no queda otro remedio que afrontarlo.

La física describe la turbulencia como un movimiento desordenado de las moléculas, de un fluido,

que engendra torbellinos. Pero en el terreno de las relaciones humanas, además del carácter destructivo de los estados emocionales desordenados, muchas veces violentos, se han llegado a identificar, con el nombre de “tormenta cerebral”, torbellinos intelectuales creativos que surgen en el trabajo intelectual colectivo de un conjunto de personas que abordan, al mismo tiempo, un determinado asunto.

Lo que “nos toca vivir” ahora engloba, en una turbulencia idéntica, y de manera insoslayable, tanto el mundo “social” que nos rodea como el espacio íntimo de nuestras relaciones entrañables. Duele que se reitere, por todas partes, un distanciamiento recíproco que persiste sin remedio y la ubicuidad de un malestar que en cada vínculo introduce un conflicto. En ambos territorios (sociedad y familia), y sin alternativas, tenemos que atravesar el temporal que “se viene”, para poder continuar en el camino. Pero hemos aprendido que no todo será pérdida pura; agotada la tempestad, nace la calma, y precisamente por eso, aunque sea con los mástiles rotos, valdrá la pena seguir hacia delante “haciendo de tripas corazón”.

CUANDO NO SE SABE QUÉ HACER

Un amigo me contó que su profesor de filosofía señalaba que la célebre y categórica sentencia de Sócrates, “sólo sé que no sé nada”, surgió precisamente de la sabiduría, lo cual le servía para reconocer que cuanto más se sabe más se ignora. Aquel profesor lo ejemplificaba mostrando que, si la superficie del círculo que representa la totalidad de lo que sabemos se agranda, crece inevitablemente la circunferencia que alude al perímetro que, de ese modo, nos pone en contacto con un sector mayor de lo que ignoramos.

Dado que el pensamiento nace de la necesidad de saber, “antes de actuar”, si las consecuencias de nuestros actos serán acordes con los fines que los motiven, cae por su propio peso que pensamos para saber qué hacer. Por eso pensamos cada vez que nuestras acciones automáticas (que se realizan con éxito de manera inconsciente) fracasan.

No cabe duda de que la situación que se manifiesta como “no saber qué hacer” (que conduce a expresiones como “no va a pasar nada” o “no se puede hacer

nada”, que se formulan como negaciones dobles que ocultan lo contrario) posee una enorme trascendencia por la extrema frecuencia con la que se produce.

Las reflexiones que expusimos surgen con el deseo de explorar si queda, en el fondo de la situación que hasta aquí describimos (que se presenta como un perturbador callejón sin salida), algo por hacer.

Encontramos una respuesta en el filme *Soy un gran mentiroso* (realizado por Damian Pettigrew), en donde la inconmensurable y conmovedora experiencia de Fellini nos revela (¡entre tantas otras cosas!) que, “cuando ‘no sabemos qué hacer’, todavía podemos contarlo”. Esa curiosa e innegable realidad (que lo que surge de la boca y la pluma de los seres geniales continuamente comprueba) no sólo nos acerca hacia la confianza fraterna que subyace en el fondo de toda psicoterapia. Es nada menos que la que sostiene la existencia de la literatura, que se constituye, como *relato*, para llegar a ser la auténtica forma, arcaica y original, de la historia.

4

LAS PALABRAS Y LAS COSAS

El significado de lo que se habla es indivisible en su totalidad, como el enunciado espontáneo que, artificialmente, solemos dividir en palabras. Nombremos a las cosas y a sus movimientos (de los adjetivos surgen sustantivos y de las acciones, verbos). Designamos conceptos “cerrados”, y “cosas”, como representaciones “abiertas” al conocimiento nuevo.

Desde antiguo se discute si la relación entre el signo lingüístico y su referente es convencional o arbitraria o surgen, ambos, desde una natural comunidad de origen. La cuestión (cuyos últimos retoños todavía subsisten) se remonta a la controversia entre Hermógenes y Cratilo (supuestos maestros de Platón). La tesis de Cratilo (que la investigación psicoanalítica, la biosemiótica y los hallazgos de Chomsky avalan) sostiene que las palabras crean lo que nombran (el insigne lingüista Todorov arriba a la misma conclusión). No sólo vivimos en un mundo que “prorrumpe” en una forma verbal (y las palabras se combinan entre sí en oraciones como las cosas se combinan en

el mundo), sino que además, como señala Dante en *La divina comedia*, las cosas son metáforas de sí mismas, las vemos como si fueran las palabras que las nombran, y sus cualidades constituyen una especie de escritura “encarnada”.

Mientras tanto, el reconocimiento de que nos suceden efectos de cosas que ignoramos dio lugar a la palabra “ignominia” para designar algo que “no tiene nombre”. Frente a tal desasosiego, tan actual, cabe señalar un recurso.

Lewis Thomas (en *The Fragile Species*) describe cuatro tipos de lenguaje. El lenguaje uno, cotidiano, con el cual nos hablamos para presentarnos, asistirnos y tolerarnos mutuamente. El dos, también habitual (inconscientemente metafórico), que procura esclarecer nuestros estados de ánimo y aquello que pensamos, sentimos y evocamos. Cuando estos lenguajes habituales fracasan, el tres, racional, cuyo paradigma reside en la universalidad de las matemáticas, no alcanza. Es necesario recurrir al cuatro, poético (difícil de “explicar”, como la música), que otorga resonancias e iluminaciones plenas de emotividad y es tan diferente del lenguaje habitual como lo son las matemáticas.

EL "IGNORADO" IMPACTO INCONSCIENTE

Tal como está organizado el "mundo" actual, funcionamos víctimas de un divorcio entre nuestros ingresos conscientes y parciales y nuestros ingresos inconscientes y "totales", que nos precipita en inesperadas consecuencias que explican una parte del desconcierto que hoy devora nuestra alegría de vivir. Lejos de pretender identificar culpables, inventemos un ejemplo representativo.

Podemos imaginar que encendimos nuestro televisor para recibir las noticias que nos comunican los conductores de los programas periodísticos que más valoramos, escuchando informes y reflexiones enunciados con seriedad y solvencia, que juzgamos verdaderos y confirman el respeto que habitualmente nos inspira un determinado periodista que apreciamos. Imaginemos, también, que de pronto se interrumpen las noticias para que el mismo comunicador trate de inocularnos la evidente mentira de que el lavarropas marca ZZ es el mejor que hay en plaza y que la crema cosmética XX es la única preparada con

placenta de tortuga (aunque sabemos que los reptiles no desarrollan placenta). Sabemos que es el precio que pagamos porque una publicidad, que se basa en el engaño, es la fuente del dinero que financia lo que se transmite. Para colmo vemos que, luego de comunicarnos una noticia triste y horrible, los integrantes del programa “diluyen” la información penosa introduciendo, con “excelente humor” (motivados tal vez por el propósito de no deprimir a la audiencia), un comentario personal “chistoso” sobre algún colaborador del noticiero. Casi siempre comprendemos, desde nuestras reflexiones conscientes, el equilibrio que debe realizar el periodista que apreciamos, pero deseo subrayar aquí que, si reparamos en que nuestro inconsciente “capta” incluyendo en un conjunto lo que ocurre en el entorno, registramos siempre la injuria que sufrimos y que nos precipita (aunque nuestra consciencia procure ignorarlo) en un inquietante desconcierto y en el malestar de ese desasosiego creciente cuyo origen sospechamos.

De más está decir que, frente a semejante contradicción ubicua que caracteriza al mundo entero, no podremos evitar el impacto que produce, pero en algo ayuda saber de dónde viene.

6

¿QUÉ LO-CURA?

Un padre que sabe que va a morir inútilmente en una guerra absurda se despide llorando de su pequeña hijita inundada de angustia. Enseguida, nos enteramos de que el yogur tiene antioxidantes que todo lo mejoran.

El mandatario de un pequeño país rechaza la violencia en un discurso altisonante, impotente y vacío. A continuación, vemos que, en una ciudad desbastada, una verdadera multitud huye despavorida cuando suenan las sirenas antiaéreas.

Nos informan que sube el precio del petróleo y el dólar se desvaloriza aceleradamente. Y acaba de ingresar en el mercado un automóvil de alta gama con los últimos adelantos de la tecnología, que nos otorgan “ese confort” que nos devuelve el bienestar que merecemos.

Vemos que los días martes podemos comprar, en el supermercado X, la carne para un apetitoso asado con un 20% de descuento. La pantalla cambia para mostrar a un niño pequeño que dice: “No quiero morir”.

Vemos incendios e inundaciones que arrecian y nos enteramos de que la biodiversidad se destruye, que crecen los estragos del dengue, la malaria y el coronavirus, al mismo tiempo que una nueva marca de cerveza nos ofrece felicidad y alegría.

Se publican, en gráficos, las cifras acerca de la pobreza y la indigencia para señalar que aumenta la “desigualdad” en el mundo, generando una “verdadera bomba de tiempo”, seguidas, inmediatamente, por la oferta de un lugar paradisíaco en el cual se podrá disfrutar de las deseadas vacaciones.

Qué debo hacer con el televisor. ¿Regalarlo? Pero ¿se puede, acaso, vivir sanamente prefiriendo pensar que es mejor no saber? ¿O es preferible seguir viviendo con los ojos abiertos? Mientras tanto, es bueno recordar que las preguntas nos acercan y nos unen y que las “certezas” nos separan y nos convierten en enemigos recíprocos.

No sé con qué, ni cómo, se podrá “curar” esta locura que, por ahora, se agrava y se “repica” en nuevas situaciones, sin que podamos divisar todavía cuál será el fondo desde donde, tal vez, se iniciará un “rebote” saludable.

GLOBAL Y COLONIAL

Tal como surge de lo que expone Lewis Thomas en *The Fragile Species*, nacemos programados de una forma que evidencia nuestra disposición hacia una vida social sin la cual nos sentimos aislados, desolados y desamparados. Tendemos a pensar, entonces, que la humanidad alcanzará su estado saludable e ideal, integrada en una civilización armónica y *global*, en torno de los mejores valores que la evolución produjo, y que se revelan en las “mores” o costumbres que constituyen la moral que funciona como la argamasa de los pueblos. Las redes, que hoy vinculan en segundos los distintos rincones del planeta, hacia allí nos inclinan, pero veamos lo que la biología nos enseña.

Una hormiga (o una abeja), privada de su coexistencia comunitaria y colectiva, no puede continuar sobreviviendo. En palabras de Maeterlinck, la abeja necesita periódicamente retornar a la colmena como el buceador que busca perlas tiene que volver a la superficie para poder respirar. Por razones similares, una vida humana en la condición del ermitaño

pierde su sentido de tal modo que resulta inconcebible en condiciones saludables.

Las hormigas viven en colonias denominadas hormigueros, que configuran “superorganismos” integrados que, como los seres pluricelulares (constituidos en última instancia por mitocondrias, undulopodios y cloroplastos, que son bacterias procariontas), defienden muchas veces su supervivencia luchando contra otros hormigueros. También solemos hacerlo los humanos defendiendo los estilos de vida que se configuran en las naciones, dentro de las cuales, y sólo allí, nos sentimos patriotas.

Hemos llegado, por fin, a la necesidad de preguntarnos: ¿es natural y sano o, peor aún, es siquiera posible, reducir la biodiversidad de *las colonias humanas* agrupadas en comunidades que se integran como grupos, pueblos y naciones, en la homogeneidad de un solo y universal estilo en el cual se mezclan, precipitadamente, tendencias que, con frecuencia, son contradictorias?

No cabe duda de que el malestar que nos invade adoptando la forma de abundantes litigios invade también a la familia. Entre las tradiciones que hoy, desaprensivamente, se traicionan, hay un proverbio que afirma: “El casado casa quiere”.

CUANDO LAS PALABRAS MUEREN...

En un apunte anterior (“Donde mueren las palabras”, del libro *Soñar y decir*), citamos palabras de Porchia y de Chuang-Tzu que reproducimos ahora.

Porchia afirma: “Lo que dicen las palabras no dura, duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas, y lo que dicen nunca es lo mismo”. Chuang-Tzu, hace más de dos mil años, escribió: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

En aquel entonces, todavía reciente, señalaba que las palabras nacen plenas de sentido y se convierten en metáforas marchitas, y que generalmente (pretendiendo lo que, casi siempre, solo logran los poetas) usamos, como trasfondo, un conjunto de palabras

moribundas, para que, desde un conjunto de ellas, sobresalgan unas pocas llenas con el vigor de la vida. Unas pocas con las cuales pretendemos actual y efectivamente transmitir lo que en el instante reboza desde nuestro corazón.

Reparemos en que Chuang-Tzu necesita, con urgencia, hablar, sólo con un hombre que haya olvidado las palabras. Lo que le sucede se comprende, porque cuando las palabras mueren el sentido redobla su vigencia, precipitándonos en la más auténtica de las soledades. Cuando las palabras mueren... la soledad nos ahoga. Es el “último” y verdadero sentido que dio origen al vocablo “descontento”, que (él también) nació pleno de sentido para decir lo que hoy sentimos y sobrevive ahora a duras penas, sin lograr transmitir lo que actualmente aprieta la garganta.

Suele afirmarse que nacimos con una natural disposición a reunirnos en comunidades solidarias. Lo cierto es que, sin ellas, sólo sobrevivimos como parias ermitaños que se lamen continuamente las heridas que han dejado los arrancamientos de los seres queridos. No cabe duda, entonces, de que en el mundo en que vivimos, sobrecargado de litigio y de dolor, es imprescindible saber qué es lo que nos falta.

EL HOMBRE DE LA CALLE

Luego de unos cien años en que el hombre de la calle (el hombre común, sin poder ni autoridad) que habitaba el mundo civilizado de occidente se sintió viviendo dentro de una serie de parámetros que, en una cierta medida, funcionaban de un modo previsible, sucedió en otros veinte o treinta, quizás, que todo fue cambiando (de una manera que al principio fue lenta y paulatina) para desembocar, bruscamente en los últimos dos años, en las profundas alteraciones que trajo consigo una pandemia rotulada COVID-19. Una pandemia que sólo “desaparece” cuando resulta sustituida por locuras mayores que, ya prefiguradas en la pandemia, eran previsibles.

Ahora, en cambio, vivimos en un mundo subvertido en el cual el hombre de la calle (que siempre, en gran parte, nos habita), por extraño que parezca, *necesita cotidianamente pensar para “saber” cómo vivir*. Esto, cabe repetirlo, es desde hace mucho una absoluta novedad. Porque los pensamientos nos conducen a conclusiones que experimentamos como certezas, y

conviene ahora recordar que, mientras las incógnitas que compartimos nos unen, las certezas nos dividen y separan hasta precipitarnos en los litigios que hoy abundan por doquier.

Cabe preguntarse ahora, desde tales discrepancias, hacia qué panorama caminamos. Si reparamos en los macroconflictos que ensombrecen actualmente el escenario con extremistas amenazas, hasta hoy inauditas, de una guerra nuclear que equivale a un suicidio colectivo, cabe recordar que los dinosaurios desaparecieron sin conducir al planeta a una completa desaparición de la vida.

LA DISTRACCIÓN COMO RECURSO

Un operario atraviesa caminado la frontera que lo separa del país vecino, con una carretilla cargada con insumos correctamente declarados, logrando que pase desapercibido que lo que no paga aduana es la carretilla. Contemplamos muchas veces, en las aventuras narradas en el cine o en distintos episodios de la vida cotidiana, circunstancias en las cuales la distracción es un recurso que procura disimular un acto que simultáneamente se realiza. Así procede el prestidigitador que, mientras retiene nuestra atención sobre lo que hace con su mano derecha, logra que no reparemos en lo que hace la izquierda. Nada de esto es algo insólito ni algo que ignoramos. Forma parte, por el contrario, de las cosas que preferimos descubrir.

Pero cabe señalar, en cambio, dos circunstancias importantes que cuentan con nuestra complicidad inconsciente y en las cuales, con frecuencia, nos inclinamos a negar que nos distraen.

La primera de ellas consiste en que la distracción nos seduce de tal modo construyendo, con astucia,

un suceso atractivo (sin importar que muchas veces sea dañino y, por motivos que no suelen ser conscientes, en el fondo nos complazca) que logra, de ese modo, alejarnos de lo que preferimos ocultar. Así sucede, por ejemplo, con accidentes “espectaculares” o con “noticias” que, si se proponen retener a la audiencia, no pueden dejar de ser funestas.

La segunda es peor, porque sucede cuando aquello que logramos “olvidar” es algo de gravedad inusitada que, precisamente por eso, nos duele o nos intranquiliza mucho asumir. Tomemos, por ejemplo, lo que ocurre con el COVID-19, dejando ahora de lado la cuestión de elucidar el grado de riesgo que deriva del peligro infeccioso y biológico que el virus lleva en sí. Porque lo que nos interesa subrayar ahora es cuán poco se esclarece (y cuán controvertida es) la cuestión de hasta dónde nos protegen o nos dañan los virus y vacunas que, mientras tanto, nos distraen de otros daños mayúsculos, como los que hoy suceden en Ucrania, y que, cuando aparecen, sin distracción alguna, nos muestran la locura “que estaba oculta detrás”.

NO VA A PASAR NADA...

Freud señaló acertadamente que la negación es un sucedáneo intelectual de la represión. En otras palabras: algo que permanece reprimido puede, a veces, ingresar en la conciencia, gracias a que se cumple con la condición de negarlo. Sin embargo, en algunas ocasiones, eso se realiza de una manera en que la negación es la que queda “desmentida” (recordemos que desmentir es deshacer una mentira demostrando que algo que se afirma es falso).

Así sucede (que la negación quede desmentida) cuando decimos que “no va a pasar nada”, porque lo que decimos lleva implícita una doble negación que, como negación, queda anulada. Reparemos en que decir “no de un no” equivale a decir “sí”; de modo que la expresión que ahora nos ocupa transmite precisamente la convicción, que se “oculta” con torpeza, de que algo va a pasar.

La experiencia nos demuestra que allí, en esa doble negación que estamos explorando, no se intenta esconder algo “porque sí”. Muy por el contrario,

huyendo permanentemente de algo que a duras penas se evita, como un prófugo que vive torturado por la constante amenaza de ser reconocido, en esas circunstancias nos impregna una angustia subyacente que busca en alguna forma su salida. Se une al sentimiento, persecutorio y perdurable, de que en cada uno de los días que vivimos puede suceder algo temido, porque, como dice el proverbio, “tanto va el cántaro a la fuente, que por fin se rompe”.

Las reflexiones que hasta aquí reunimos surgen dentro de un particular contexto que, actual y efectivamente, nos abruma y que abordamos en un apunte anterior, refiriéndonos al “hombre de la calle” que siempre, en alguna medida, nos habita. Luego de muchos años en que habíamos vivido sin la necesidad constante y cotidiana de “pensar para saber cómo vivir”, nos encontramos hoy desorientados en un mundo que repentinamente “cambió” hasta un punto en que nos lleva a interrogarnos acerca de “los grandes asuntos”. Cabe recordar las palabras de Nietzsche: “Muy trágicas han de ser las razones que hacen de un hombre un filósofo”.

EL ESCRITOR Y EL LECTOR

Para señalar la crisis del ecosistema terráqueo alcanza con mencionar la veloz disminución de la biodiversidad y el calentamiento del planeta. Pero frente a las mentes agoreras, que predicen grandes cataclismos, cabe recordar que, si bien un cambio catastrófico es posible, otras veces ya ha sucedido (la peste bubónica destruyó un tercio de la población civilizada), y la humanidad ha sobrevivido.

Cuando escuchamos, a veces, decir “ya lo veremos”, recordamos la humorada: “Es lo que dijo un ciego”. Pero hay una visión “interior”, intuitiva, y frente a lo que desde allí nos inquieta caben dos actitudes: pensar en otra cosa o, como hacen los niños, decir “el rey está desnudo”.

Si recordamos la sentencia de Sócrates: “Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y mantenerlo despierto”, no sólo surge el poder de una oratoria a la cual, muchas veces, “se la lleva el viento”, sino que además se dibuja mejor el valor de la escritura.

Dado que las cosas “fáciles” son las que se resuelven con automatismos inconscientes, y que la función de la consciencia consiste, precisamente, en ocuparse de lo difícil, no debe sorprendernos descubrir que los más valiosos y fecundos actos de consciencia duelen. Por eso, puede decirse que escribir, de manera auténtica, lo que dicta el corazón es renacer de las cenizas, como el ave fénix.

Si bien cabe decir que escribir es divertido (en el mejor de los sentidos de la palabra “diversión”, que por su origen se refiere a una versión distinta), también genera, paradójicamente, soledad.

Los antiguos romanos organizaban carreras de carros tirados por caballos, y es obvio que cualquier corredor que hubiera llegado a la meta montado en el caballo y sin el carro hubiese sido descalificado. La metáfora nos sirve para referirnos al escritor y sus lectores. Pero no debemos ser injustos, porque, aunque el lector sea el carro que el escritor debe arrastrar por obra de su oficio, también es cierto que, en la vida de cada lector, cada escritor, auténticamente descubierto, se transforma en un pesado carro.

ENVEJECER

En algún lado leí que en la Biblia está escrito que después de los 70 años lo que se vive es un “plus”, una especie de “bonus” azaroso. De una u otra forma, los 70 constituyen, sin duda, el haber llegado a vivir “en la vejez”. Más difícil es llegar a comprender lo que eso significa, porque no todas las vejeces son iguales. Hay, por ejemplo, vejeces en el cuerpo, y otras que son vejeces en el alma... Hay maneras de vivir que son pura nostalgia, y otras en que se conservan los anhelos...

Por detrás de todo esto que decimos, sobresale un asunto bien concreto: la convicción, frente a lo que se ha vivido, de que lo que resta carecerá de la “plenitud” de lo pasado. Y, sin embargo, dos cosas relativizan lo que digo. La primera es que aquella plenitud no fue sentida totalmente como tal en su momento, y la segunda, más importante, es que se trata de una plenitud que hoy, ya en la vejez, no se apetece.

Vivir es tener vida “por delante”, y es menester reconocer que, si los niños “viejos” son muy raros, los

viejos “niños” abundan. Es importante no confundir la vejez con el deterioro. Si, con frecuencia, se insiste en el principio contenido en la locución latina *mens sana in corpore sano*, pocas veces reparamos en que el cuerpo envejece mientras el alma añeja. Goethe sentenciaba: “El hombre industrioso ha de tener por lema la parcialidad”, pero llegar a viejo, envejeciendo bien, no es retroceder, sino avanzar continuamente hacia la comprensión de totalidades que cada vez son mayores y que conducen, por fin, hacia un “morir sano”, gozando hasta donde es posible, en íntima co-fradía con otras almas maduras.

VACUNARSE

Las vacunas tienen una historia iluminadora que comienza en 1796 con Edward Jenner y con la viruela, una enfermedad endémica caracterizada por pequeñas ampollitas, que se convierten en pústulas, en la piel de todo el cuerpo. Mataba entre un 20 y un 30% de los contagiados, dejándoles a los que se curaban cicatrices permanentes y profundas, que son muy típicas (especialmente en el rostro). Quienes no morían no volvían a sufrirla. Tampoco la sufrían los ordeñadores que, más allá de unas pequeñas lesiones en las manos, nunca se enfermaban de viruela. La intuición genial de Jenner, a pesar de su ignorancia de lo que descubriría Pasteur, lo condujo a frotar a las personas sanas con apenas un poco del pus extraído de las pústulas, logrando que padecieran una enfermedad debilitada. Así nacieron las vacunas. La primera fue la antivariólica, pero reparemos en que la viruela recién pudo ser erradicada en el mundo luego de 184 años, en 1980.

Otro jalón importante lo constituyó John Snow, quien creó la vacuna oral contra el cólera, luego de

descubrir que la enfermedad no se transmitía por el aire, sino por el agua contaminada. Pasteur fue quien esclareció la cuestión de los gérmenes y la importancia de la esterilización, generando, además, vacunas contra la rabia y el carbunco. Sabía, al contrario de lo que sucedía con sus precursores, que estaba utilizando bacterias debilitadas.

Hemos hecho un breve “periplo” sobre la historia de las vacunas, porque deseamos mostrar cuán lejos estamos de tener una idea clara cuando hablamos de vacunas contra el COVID-19. Carecemos de una adecuada identificación del virus, que muta con rapidez, y de una experiencia suficiente con respecto a la eficiencia, a corto y largo plazo, de las vacunas ensayadas y sus fenómenos adversos.

A pesar del efecto superficialmente tranquilizador, el resultado de vacunarse o no hacerlo está lleno de determinantes tan ignotos como los que rodean al hecho de que nos “agarremos” un virus, que ni siquiera es un ser vivo, y que con él nos enfermamos.

DOS CAMINOS PARA UN MISMO RESULTADO

En un chiste que nació con otros personajes, la CEO de una empresa aparece vistiendo un hermoso tapado, y cuando su secretaria se lo elogia ella le contesta: “Un amigo de treinta mil dólares”. Cuando, un tiempo después, la secretaria concurre con un tapado similar, la CEO se entera de que lo ha logrado con treinta amigos de mil dólares. El chiste nos demuestra que un mismo resultado se puede obtener por dos caminos diferentes. Pero, en realidad, ¿es un mismo resultado?

El caudal que arrojan diez mangueras de un centímetro de diámetro puede lograrse con una manguera de diez centímetros, pero mientras en el ejemplo del tapado entran en juego valores que tienen que ver con un deterioro que se asocia con la promiscuidad, en el ejemplo de la manguera la cuestión funciona en un sentido inverso, porque si la única manguera se perfora el daño puede ser mucho mayor que si se deteriorara una de las diez.

A veces, en la vida cometemos el error de no diferenciar entre dos caminos que sólo en apariencia

conducen hacia un mismo desenlace, y suele sucedernos porque nos seduce el “negocio” de optar por el más fácil. Hace ya unos años (en *¿Por qué nos equivocamos? Lo malpensado que emocionalmente nos conforma*), sosteníamos que hay dos clases de errores: aquellos que benefician y son la condición necesaria para el aprendizaje (dado que cuando repetimos una conducta exitosa en nada progresamos) y los otros, aquellos que no tienen vuelta atrás y nos precipitan a un daño irreversible. Para colmo, decíamos, no existe una “raya en el piso” que nos marque una línea que no hay que atravesar.

Cabe señalar que, sin embargo, no quedamos totalmente desamparados y a merced de una incertidumbre insuperable. Porque, más allá de lo que sucede cuando el pensamiento racional desemboca en un callejón sin salida, nos habita, desde el corazón, una intuición que, lamentablemente, engolosinados por el deseo de evitar un esfuerzo, con frecuencia desoímos. No es cierto que siempre “el fin justifica los medios”.

UN ENEMIGO PODEROSO...

Nos hemos referido antes a la consciencia socrática de que cuanto más se sabe más se ignora, y lo ejemplificábamos con un círculo que representaba la suma de nuestros conocimientos, para mostrar que cuando aumenta la superficie de ese círculo crece la magnitud del perímetro de la circunferencia que nos otorga, con su crecimiento, un acceso a nuevas ignorancias.

Entre tantos autores que han escrito acerca de la medicina como ejercicio “curativo” y como disciplina científica, sobresale especialmente la figura paradigmática de Lewis Thomas, distinguido con merecidos galardones por sus actividades como investigador, pensador y médico. En dos libros estupendos (*The Youngest Science* y *The Fragile Species*), con su sabiduría logra transmitirnos una esclarecedora visión de “cuántas cosas” ignoramos los médicos, a pesar de la insistencia con que nuestros pacientes prefieren creer que debemos ser gurús omnipotentes. Eso nos conduce también hacia la importancia que adquiere conocer

la magnitud de aquello que ignoramos, para valorar el principio rector contenido en la locución latina *primum non nocere*.

Si tenemos en cuenta lo que la psicopatología nos enseña (que, más allá de las apariencias, los procesos morbosos siempre trascurren “en cuerpo y alma”), comprendemos mejor la enorme vigencia de la enfermedad en el universo humano. Porque no sólo la encontramos en la historia de la civilización, sino también en los avatares actuales que ensombrecen nuestra relación con nuestros semejantes, con las otras formas de la vida y con el equilibrio del ecosistema que habitamos.

La observación de un pasado que continúa en el presente, iluminada por lo que Lewis Thomas lúcidamente nos enseña, nos demuestra que la enfermedad es un “enemigo” poderoso y “respetable” al que nunca hemos logrado doblegar. Un enemigo que volverá, una y otra vez, a ocupar, con un papel protagónico, el escenario en el que se despliegan las tragedias humanas. Pero es importante comprender que se trata de un proceso singular. Es un enemigo que, cuando triunfa, completando su designio masoquista, se muere con la víctima por obra de su propia destrucción.

EL MOTIVO DE TODAS LAS GUERRAS

Desde una amplia perspectiva, y habida cuenta de que toda contienda necesita un enemigo, cabe diferenciar muy bien tres “tipos” de guerra que podemos ejemplificar con un divorcio controvertido, la lucha contra una plaga y una lucha frontal y global de la humanidad “completa” dividida en dos bandos irreconciliables, cada uno de los cuales se identifica a sí mismo con el bien e identifica al otro con el mal. Así ha sido siempre, así es, y así, tal vez, seguirá siendo.

Lo que unifica ese asunto que conduce a cuestionarse qué es lo que motiva una guerra es que todas ellas necesitan identificar a un enemigo y, precisamente por eso, cabe preguntarse: ¿cómo surge ese enemigo? Una de las más capacitadas indagaciones que se han llevado a cabo para esclarecer ese tipo de cuestiones es la indagación psicoanalítica. Y desde allí surge, sin duda, que la primera forma de “fabricar” un enemigo es ver afuera algo de lo que se rechaza adentro.

No sólo el psicoanálisis sino también el pensamiento filosófico condujeron a que la humanidad

revalorice una forma particular de la verdad que sólo se conserva alojada en los mitos que, durante demasiado tiempo, la ciencia supersticiosamente ha despreciado. Hoy, retornando desde tales prejuicios injustificados, los mitos clásicos no sólo nos han iluminado aspectos de la cultura indebidamente ignorados, sino que además nos han sensibilizado para detectar una forma mítica actual que nuestra época ha producido. Señalemos, sin la pretensión de agotar tan fascinante tema, que en *La guerra de las galaxias* asistimos, nada más ni nada menos, que a la lucha de las fuerzas blancas del bien contra las negras del mal, y que allí contemplamos, y no por casualidad, la lucha capitaneada por el joven “caminador de los cielos”, intuitivo y vital, contra el ronco, maduro y enmascarado tirano de un imperio maligno y triste. No es menester mucho ingenio para descubrir en el libreto de una serie tan aclamada las sempiternas vicisitudes que Sófocles y Freud, desde el arte y la ciencia, inmortalizaron con el nombre Edipo.

FREUD TAMBIÉN PUDO EQUIVOCARSE

El clásico pesimismo de Freud frente a los “defectos” humanos fue el paradójico efecto de un falso optimismo que lo condujo a lo que expuso en “El sepultamiento del complejo de Edipo”. Allí declara que el paradigmático complejo “se va a pique” “a raíz de las dolorosas desilusiones acontecidas”, pero también “porque ha llegado el tiempo de su disolución”, como sucede con los dientes de leche, y además afirma que sucumbe por obra de las amenazas de castración (que vincula con la formación del superyó y la existencia de un período de latencia de la sexualidad). A pesar de que en el mismo texto señala que “no puede negarse el derecho” a las diversas explicaciones, en el “no” contenido en sus palabras vemos que “la negación es un sucedáneo intelectual de la represión”. Es posible, por lo menos, sostener que sus explicaciones intentan, con su multiplicidad, sustituir la debilidad de la argumentación que las sustenta.

La cuestión cambia de manera radical si abandonamos la idea de que, cuando el complejo de Edipo

“se va al fundamento”, lo que ocurre puede ser interpretado como una represión exitosa que no acarrea consigo el retorno de lo reprimido originando síntomas. Reparemos en que el gran descubrimiento de Freud (más allá de la existencia de un psiquismo inconsciente que ya fue señalado, por ejemplo, por san Agustín) fue, precisamente, ese retorno “camuflado” de lo reprimido.

Freud comprendió que la histeria, la neurosis obsesiva, la perversión y la psicosis surgían de esa forma, pero creyó, como Melanie Klein (y de ahí su pesimismo), que los cuatro gigantes del alma (la envidia, la culpa, los celos y la rivalidad) eran constitutivos del hombre, cuando, en realidad, ellos también son un retorno de algo reprimido que, por obra de un componente neurótico que todos compartimos, a todos, de manera ubicua, nos habita.

Si recordamos que “la neurosis es el negativo de la perversión”, cuando lo que se reprime es la condena cabe indagar, en la psicopatía, las formas encubiertas en que la condena reprimida retorna.

SER ALUMNO

Por su origen latino, la palabra “alumno” designa a quien es alimentado (hay opiniones que sustentan que el vocablo “alto”, derivado de *altum*, proviene de *alere*, y alude a que la altura es una consecuencia de ser alimentado). Como derivado del griego, en cambio, se discute si el término “alumno” designaba, en su origen, a quien era iluminado por alguien que le otorgaba una enseñanza (sosteniendo que “alumno” proviene de *a-lumen*, sin luz).

Si nos remitimos a lo esencial de su significado semántico (sinónimo de aprendiz), alumno (sinónimo, además, de discípulo) es el que aprende algo de alguien.

La razón que nos demora en estas precisiones es subrayar el hecho de que cualquier progreso en los procesos de pensamiento que nos ayudan a lidiar con la realidad es el producto de un aprendizaje. Negarlo constituye un error tremendo, y si es cierto que sólo progresamos, en lo acertado de nuestros pensamientos, a través del error, es doblemente cierto que los

grandes errores, una vez que se admiten, nos dejan grandes enseñanzas, aquellas que quedan certificadas, de manera precisa, por el dolor que producen.

Poco importa subrayar que uno puede aprender “por sí mismo”, dado que lo que realmente importa es comprender, junto con Porchia, que “nadie está hecho de sí mismo”. Que, por el contrario, es absurdo pretender que la adultez se alcanza gracias a que “ya” no se es discípulo de nadie, mientras sucede, en cambio, que el más humilde de los seres que habitan nuestro entorno funciona inevitablemente como un maestro que, sin cesar, nos enseña las múltiples maneras en que se vive la vida.

Volviendo sobre el absurdo de sentirse “realizado” y “a cubierto” de foráneas influencias, cabe recordar, otra vez, palabras de Porchia: “Si no levantas los ojos creerás que eres el punto más alto”.

Dado que vivimos (más allá de si lo aceptamos de manera consciente o, si en cambio, lo reprimimos o lo negamos) como permanentes aprendices de la vida, ser alumno, lejos de constituir una etapa “superable”, constituye la indeclinable condición del estar vivo.

SIN ENAMORARSE, ES IMPOSIBLE CRECER

El diccionario consigna que el perro es un “mamífero carnívoro doméstico de la familia de los cánidos que se caracteriza por tener los sentidos del olfato y el oído muy finos, por su inteligencia y por su fidelidad al ser humano”. Así sólo se logra transmitir, a quien jamás ha “visto” un perro, una representación muy pobre. Por eso omito describir y definir lo que es enamorarse. Pero es posible sostener que el enamoramiento coincide siempre con esa forma máxima del interés (del *inter-essere*) que denominamos entusiasmo. Es un sentimiento que no sólo pueden despertar las personas, sino también algunas cosas.

El enamoramiento contiene una ilusión que, tarde o temprano, casi siempre se pierde. A veces, se transforma en una antipatía que nos aleja de lo que amábamos, y otras, en una simpatía que, a pesar de sus valores, carece de entusiasmo. Hay una desilusión que, en sí misma, lleva implícito un proceso “en el fondo saludable”. Sin embargo, no

debemos menospreciar la sabiduría del proverbio que asegura: “De ilusión también se vive”.

Cuando nos enamoramos, quedamos expuestos, por lo menos, a dos riesgos importantes. Uno es el de no ser correspondido; el otro, ya mencionado, es distorsionar ilusoriamente la realidad que percibimos. Pero tampoco ayuda incurrir en la ilusión “contraria”, creyendo que evitar enamorarse protege de un sufrimiento grande, mientras que (renunciando al entusiasmo) aceptamos “por adelantado” una pérdida que, injustificadamente, consideramos menor. Si bien es cierto que elegir es perder para poder adquirir, es triste renunciar a lo que amamos pensando, equivocadamente, que así se pierde menos.

Vale para la empresa o la profesión que realizamos, para las transferencias recíprocas que surgen en un tratamiento psicoanalítico y para todo lo que hacemos en el para qué y para quién vivimos. En cada acto de consciencia, cada nueva adquisición surge hermanada con el dolor de un duelo, y es por eso que el crecimiento duele. Llegamos así a concluir que, dado que los dolores grandes surgen de los grandes amores, la magnitud del crecimiento depende de la magnitud del amor.

EXPLICAR NO ES LO MISMO QUE JUSTIFICAR

Explicar es esclarecer (des-plegar) el encadenamiento de factores que conducen al suceso en cuestión. Justificar, en cambio, es afirmar que es admisible, oportuno o adecuado aquello que se juzga. Aunque la diferencia es enorme, suelen confundirse. Una cosa es darme cuenta, por ejemplo, de que realicé “lo que me pide el cuerpo”, y otra es asumir que lo que hice “está bien”.

Cuando un adolescente mata a otro para robarle su celular, el delito se puede explicar atendiendo a las carencias sufridas en su infancia, y también “justificarlo” falsamente abandonando “su caso” para remitirnos a nebulosas consideraciones acerca de su ambiente social que conducen a que, con él, nada queda por hacer. Pero... ¿qué clase de justificación es esa? ¿En qué consiste nuestra propia responsabilidad social, cuando sabemos que, muy probablemente, repetirá su conducta?

Suele oírse decir, entre la inmensa mayoría de aquellos que se han visto profunda y dolorosamente agredidos

por gente como él (de todas las edades): “Que se pudra en la cárcel” o, con un poco menos de venganza, “así aprenderá”. El castigo, sin embargo (la cárcel mucho menos), jamás “corrige” una moral deficitaria. Recordemos lo que sostenía nuestro prócer Mariano Moreno, que las cárceles no deberían existir para el castigo de los reos reclusos en ellas, sino para proteger a la sociedad de la repetición del delito. De más está decir que cumplir con ese elevado requisito implica una erogación que recae, toda entera (aunque sea a través del Estado), sobre los ciudadanos honestos. Y que las cárceles “educativas” están muy lejos de nuestras posibilidades actuales.

En nuestros consultorios, asistimos con frecuencia a la tentación de usar la explicación como justificación. Lo que en el megaescenario de nuestra sociedad nos enfrenta con callejones sin salida nos ofrece, en las transferencias recíprocas, alternativas que nos “devuelven” aquellas responsabilidades que, proyectándolas, intentamos eludir. Allí aprendemos que debemos odiar, “creativamente”, a la enfermedad, y nunca al enfermo. Y también que es importante perdonar, y perdonarse, sin dejar de recordar.

UNA VEJEZ "EN FORMA"

Ortega señalaba que hay un vivir en forma y un vivir en ruinas, y que una ruina nos muestra lo que las cosas han sido y lo que hubieran podido, quizás, llegar a ser. Suele pensarse, con demasiada frecuencia, que en una vejez en forma todo "ha quedado resuelto", y se puede seguir adelante, por inercia, en una espléndida y utópica jubilación. Se encuentra por doquier, en cambio, la distopía de una vejez en ruinas. Pero son, precisamente, las utopías (que se configuran creyendo en la existencia de un lugar que no existe) aquello que conduce a las trágicas distorsiones que, con su abundancia, llevan a que con frecuencia se confunda la vejez con la calamidad.

Consignemos, brevemente, algunas precisiones.

La única vida "resuelta" es la que ya ha terminado. Lo saben el gato o el perro compañero. También, "en el fondo", lo sabe el ser humano, que comete muchas veces el error de considerarlo una injusticia.

Vivir es un hacer inevitable que nos carga (aunque no siempre de manera consciente) con la responsabilidad

por lo que hacemos. Ocurre hasta un punto en que sentimos que nuestra tolerancia con lo que no se justifica constituye una cruel complicidad con lo inmoral y malo.

La vida tiene más de un camino (privilegiar, por ejemplo, la familia o la espiritualidad colectiva), pero, dado que siempre hay que decidir entre lo justo y lo injusto, siempre se puede incurrir en la cobardía de menospreciar los valores. Traicionar valores equivale a traicionar personas, y, dado que la perfección es inalcanzable, solemos recurrir a un pretexto para evitar la condena que la realidad impone. Esa condena es una multa y, cuando se paga por anticipado, una coima que funciona como el precio de una cobardía. Por ese motivo, y porque siempre hay algo mejor que yo, a pesar de las diferencias en el significado, todo orgullo (por lo que soy y hago) es vanidad.

Nada tiene de extraño que nuestros apuntes de anciano se conviertan en cartas de un náufrago que siempre se pregunta: “¿Qué pensará el imaginado lector?”.

EN UNA ISLA...

Hoy, cuando cada vida es un mundo profusamente intercomunicado en una superficie que ignora las profundidades aisladas, la soledad de cada uno arrecia. Como un náufrago en una isla... con un pequeño bote que no cruza el atlántico... Un atlántico que “ayer nomás” (en tiempos del verso azul y la canción profana) era un riacho apenas, que se podía atravesar descalzo, para encontrarse sin animosidad... ¿No nos sentimos así? Vivimos, entonces, como si fuéramos uno de esos antiguos frascos de farmacia con las etiquetas borroneadas hasta el punto en que ya nadie sabe lo que guardan adentro, mientras transitamos en un ámbito poblado por multitudes bulliciosas que reclaman una solución perentoria. Una solución que ignoramos cuál podría ser, dado que, si se atiende a cualquiera de los reclamos incesantes, lo que a unos satisface a otros perjudica. Es difícil vivir en un mundo en donde existe muy poca gente dispuesta a reconfigurar lo que ambiciona.

Nos vemos obligados a ingeniarnos en un constante tira y afloja en donde cada encuentro es una

difícil transacción que es imprescindible negociar, y allí, para colmo, no se puede ceder en algo sin contrariar a alguien.

En un mundo en donde predomina que aquello que se logra tiene sabor a poco, se confirma lo que repite el dicho: “A quien no se conforma con poco, nada lo conformará”.

Pero marchamos ahora, con fragor inocultable, en la errónea dirección. A sabiendas de que más de lo mismo fracasa, insistimos en movernos dentro de la pobre alternativa que nos ofrece sostener que el dinero, la venganza o el “tener razón” nos darán la esquiva satisfacción que, frente a nuestro anhelo, persiste inalcanzable. Si no alcanza la reivindicación en el dinero, si el triunfo de “la lógica” y el odio no son suficientes, ¿qué otra cosa puede hacernos falta que no sea el amor? Pero el amor, aunque para sobrevivir, a veces, se ve forzado a odiar todo aquello que lo daña, dado que no puede florecer en un desierto, deberá empeñarse en curar a la maldad vencida.

TODO PALABRAS...

Palabras... palabras... todo palabras, dice Hamlet. Lacan afirma: “Usted puede saber lo que dijo, nunca lo que el otro escuchó”. Porchia señala: “Las palabras duran, pero lo que dicen no dura, porque las palabras son siempre las mismas, pero lo que dicen nunca es lo mismo”.

En la pantalla de mi computadora, dos encantadores gatitos nacidos de una misma camada “me miran”, y lo que de pronto me sorprende es que no me miran “igual”. ¿Cómo podré transmitir, con palabras, esa diferencia que siento? Porque esa conmovedora experiencia resume y además simboliza (lejos de una coincidencia casual) que los seres humanos, a pesar de ser “fraternos” integrantes de una misma especie, llevamos entre pecho y espalda los avatares de una historia individual y compleja.

Sabemos que las palabras son puentes que, una vez atravesados, ya no son necesarios, y en este punto la sabiduría oriental y lo que citamos de Shakespeare, de Lacan y de Porchia nos recuerdan la importancia

que posee evitar olvidarlo. La dificultad que enfrentamos es dura, porque se trata de atravesar un “vacío” de magnitud desconocida, “lanzando” (como lanza un ancla el escalador de una montaña) un puente que se ampara en la esperanza de que en la otra orilla se afirme. De este modo, llegamos al meollo emocional de toda relación, y, aunque a primera vista parezca exagerado, si no confundimos los roces ocasionales que sólo nos perturban con los vínculos auténticos que nos enriquecen, más allá de ese meollo nada importa.

Que todos sepamos “en el fondo” por dónde pasa lo que nos afecta “en serio” no quita que las distintas estrategias con las cuales eso se reprime sean lo que más abunda. He leído de un escritor anónimo: “No importa cuánto avance la medicina, a todos nos duele alguien”. El camino que, más allá de las palabras, necesitamos recorrer es difícil, porque se trata sobre todo de un mirar hacia afuera, mientras se mira hacia adentro. Porchia lo señala cuando dice: “Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras, y escucho mis palabras”.

EL CANSANCIO Y LA TRISTEZA

Hay dos formas de cansancio. Uno saludable que, como producto de un esfuerzo placentero, se resuelve descansando, es decir, luego de un tiempo en que el esfuerzo cesa. El otro, en cambio, encubre con el rótulo “cansancio” un desánimo penoso, “deprimido” y triste, que no logra superarse por más que se descansa. Dado que se trata de un malestar en el cual hoy vivimos inmersos, se comprende que tales circunstancias nos inviten a realizar algunas reflexiones.

En primer lugar, sobresale la tristeza. También allí encontramos dos formas de “tristeza”. Una genuina, que inicia de manera saludable la segunda fase en los procesos de duelo. Aquella que señala que la pérdida que duele se ha aceptado finalmente y vuelve, entonces, la posibilidad de disfrutar de las alegrías, grandes o pequeñas, que nos ofrece la vida. La otra, espuria, perdura como un proceso inacabable sin que jamás el bienestar retorne, y esconde, con el ficticio nombre de “tristeza”, los sinsabores de la melancolía.

Melancolía, entonces, no tristeza, es lo que, precisamente, hoy abunda y se difunde (plagada de autorreproches inconscientes), cuando nos resistimos a enfrentar los duelos y los acumulamos como deudas postergadas hasta un punto en que ya son impagables. Una melancolía en la cual, según sabemos, florecen las acusaciones y las quejas que procuran ubicar una “culpa”, que todo lo tiñe, en algún lugar en que moleste menos. En esa nueva versión del juego de “El gran bonete”, “pre-ocupados” por dónde estuvimos o por dónde estaremos, evitamos asumir dónde estamos y la responsabilidad que nos compete. Pero sabemos que la penosa culpa del “pude y no quise”, aun siendo torturante, se sostiene con fuerza, porque, con frecuencia, nos permite esconder un “quise y no pude”, que nos enfrenta con una impotencia que nos aterroriza.

En un “clima” en el cual el permanente y ubicuo intercambio de reclamos es un signo dominante de los tiempos actuales, cabe preguntarse cuáles serán los horizontes que encontrará nuestra tristeza actual cuando, por fin, se haya resuelto el duelo. En el borde de esta caja de Pandora, se desliza todavía la sempiterna esperanza.

¿QUÉ FUE LO QUE DIJE?

Hace poco citábamos a Porchia: “Cuando me parece que escuchas mis palabras, me parecen tuyas mis palabras, y escucho mis palabras”. Es necesario volver sobre la conmovedora sabiduría que esa frase contiene. Señalemos, en primer lugar, que las palabras que escuchas son “tuyas” y que, cuando frente a lo que luego de haber hablado, nos sucede, si escucho “de nuevo” las palabras que dije, debo reconocer que mi enunciado, a juzgar por su efecto, muy poco se parece a lo que quise decir. No sólo nos ocurre en las penosas distorsiones conflictivas de nuestra convivencia cotidiana, porque son muchas las veces en que, sin notarlo siquiera, “nos comprendemos” mal.

Las palabras son símbolos, y un símbolo (desde su etimología) es una contraseña que, como tal, sólo funciona cuando el que la recibe posee, en su acervo, “la otra mitad”. Esto puede ser dicho de múltiples maneras, afirmando, por ejemplo, que cuando el dedo (el índice) que señala tiene éxito en la tarea de indicar una presencia, es porque se comparte la idea

de aquello que hay que ver. La mayoría de las veces, esa idea es un sobrentendido, y cuando los sobrentendidos, que nunca son explícitos, no coinciden, se ingresa, inevitablemente, en un malentendido que no puede aclararse sosteniendo, simplemente, que “no es eso lo que quise decir”.

Así andamos, por la vida, “tú y yo”, sufriendo muchas veces insospechados tropezones, que suelen ocurrir por la asunción ingenua de que “hablando uno se entiende”, sin reparar en el hecho, trascendente, de que las condiciones necesarias para “empezar a hablar” de lo que más nos importa no siempre “surgen solas”. Muy por el contrario, sucede con frecuencia que las dificultades, sostenidas por prejuicios que, en su mayoría, ni siquiera son conscientes, obstruyen la posibilidad de encontrar un acuerdo que sirva de apoyo para poder ingresar en un auténtico diálogo. Dado que “la delicia de insistir es el premio del vencido”, crear “las condiciones” podrá ser imprescindible, pero conviene tener en cuenta que nunca es posible en todo tiempo y lugar.

SINERGIA

Vemos que la forma de la corola de una flor particular y la del pico de un pájaro que, mientras se alimenta, se cierne agitando sus alas sin cambiar de lugar funcionan “armónicamente”. Sabemos que también sucede, al mismo tiempo, que la “química” del néctar sólo existe para nutrir a esa determinada ave, precisamente la única que, en recíproca dádiva colaboradora, transporta el polen hacia otra flor fanerógama de la misma especie. (Reparemos en que la “dosis” de néctar la alimenta, pero no la sacia, ya que, si la saciara, no volaría hacia otra flor.)

Estamos en condición de afirmar que la selección natural no explica esa armonía (tal como lo señala Gordon Rattray Taylor en *El enigma de la evolución*). Ignoramos, por lo tanto, cómo pudo ese conjunto evolucionar hasta llegar a semejante sinergia. Sabemos, sí, que la naturaleza está llena de sinergias similares que “pululan”, inclusive, en las formas microscópicas que constituyen una fisiología inconsciente que otorga a los organismos pluricelulares la posibilidad de existir.

Frente a un mundo plagado de incógnitas que ponen siempre un límite a los valiosos conocimientos que la ciencia nos ha dado, usamos la palabra “misterio” (cuyo origen, griego, sólo tardíamente pasó a significar “desconocido”) para designar lo que encontramos, inevitablemente, cada vez que llegamos a los axiomas (“evidentes pero indemostrables”) en los que se apoya, en última instancia, toda ciencia.

Desde allí, desde el misterio implícito en todo lo que existe, los seres asumimos, en lo fundamental, dos “creencias”. Una “religiosa” y milenaria que recorrió los avatares del politeísmo y el monoteísmo, y otra, atea y laica, que sostiene que todo lo que existe no ha surgido como el producto de un acto voluntario que lleva implícito un propósito.

Quienes sustentan los distintos credos religiosos opinan que los ateos carecen de un sector muy valioso de la vida anímica. En la opinión de los ateos, en cambio, los dioses son prejuicios infundados que derivan de restos persistentes del animismo primitivo. Sea cual sea la creencia, una cosa es segura: la magna complejidad del universo es una maravilla.

DÓNDE Y QUÉ

La vista y el oído, los dos sentidos distales de nuestra organización sensorial, nos ubican en un mundo perceptivo dentro del cual tratamos de armonizar “dónde estamos”, con las intuiciones que nos brindan el tacto, el gusto y el olfato, los sentidos proximales que, por motivos que son “más que comprensivos”, usamos para aludir a capacidades indefinibles (como “la cosa de piel” o “la química”), que inclinan nuestro ánimo y nos despiertan indescriptibles afectos.

Antonio Porchia, el autor de su “único” libro *Voces*, que traducido al francés, inglés, italiano, alemán, ruso y chino circula en muy diversos países y en numerosas copias espontáneas (tal como consignan, en una excelente introducción de una edición argentina de Alción Editora, Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo), en un diálogo con Guillermo Boido dice “en voz viva”: “Creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”.

En su libro, las “voces” están escritas en palabras que se ven y que nos otorgan claridad, que iluminan nuestra oscuridad con luces y reflejos. Pero el título del libro apunta a subrayar que son sonidos que se oyen y que llenan nuestros silencios con sus resonancias, sus cadencias y sus ecos. Apunta, además, a destacar que las “voces” no se expresan en palabras aisladas, ya que la unidad de toda comunicación es un enunciado que, como bien sabe el poeta, las combina.

Del precioso tesoro que contiene su obra elegiré tres sentencias que conmueven con resonancias distintas.

La primera apunta a la pretensión de la prioridad en el amor: “Quien te quiere a ti, si te quisiera a ti, y solamente a ti, no podría quererte, porque no sabría como a quién quererte”.

La segunda se refiere a los procesos de duelo: “Todo es nada pero después. Después de haberlo sufrido”.

La tercera nos habla de un pensar interminable: “Las cosas, unas conducen a otras; y son como caminos que sólo conducen a otros caminos”.

PENSAR MAL SE PAGA CARO

En las distintas circunstancias que configuran nuestro entorno, lo “normal” es que oscilemos, en forma permanente, entre un estado de bienestar que transcurre de manera “automática” inconsciente y otro, en el cual la consciencia se “despierta”, que ocurre cuando nos enfrentamos con algo que necesitamos resolver y que, surgiendo de los datos que nos ofrecen los órganos sensoriales, se nos presenta (“por delante”) bajo la forma de una dificultad. Tal como lo ha señalado Erwin Schrödinger, inconsciente es lo que se sabe, y consciente, lo que se está aprendiendo. Somos, entonces, seres conscientes en la medida en que necesitamos enfrentar dificultades.

Así nace el pensamiento, que funciona de un modo imaginario anticipando las consecuencias de la acción. En otras palabras: pensamos para saber qué hacer (en los “quehaceres” que nos presenta el día), pensamos para poder seguir viviendo.

El pensamiento, muy lejos de ser un entretenimiento de unos pocos intelectuales que se “divierten

filosofando”, es un recurso de los organismos vivos que no sólo reconocemos en nuestras “mascotas”, o en los hallazgos de la zoología, como inteligencia animal, sino también en las ocasiones en que nos hemos encontrado con una sabiduría inconsciente dentro de la cual se cumplen con éxito imprescindibles logros “fisiológicos” que se repiten como producto de “paquetes prepensados” que “una vez” fueron conscientes. (Recordemos la afirmación de Freud acerca de que el ello contiene las innumerables existencias anteriores del yo.)

No cabe duda de que la inteligencia es un valor y de que toda contradicción “livianamente asumida” conduce a un desastre si no se la enfrenta responsablemente, como sucede con una paradoja que, sólo cuando se la “toma en serio”, nos marca el camino hacia un enriquecimiento mental.

Vale la pena subrayarlo hoy, cuando basta encender el televisor para quedar estupefacto ante tanta contradicción que queda impune y a la cual, con frecuencia, se intenta otorgarle una carta de ciudadanía pretendiendo que se la confunda con una “libertad” del pensamiento que, sin otras consecuencias, debería facultarnos para vivir en armonía, sin “grietas” ni conflictos.

TRES LIBROS

Borges señala que, así como el microscopio y el telescopio son extensiones de la vista, y el micrófono y el teléfono, del oído y de la voz, o el arado y la espada, del brazo, el libro es una extensión de la memoria y la imaginación. Son, dice, instrumentos que, como el martillo y la tijera, han nacido tan “perfectos” que han perdurado sin requerir modificaciones. Así funciona el libro, como un amigo que nos acompaña y “se duerme” con nosotros en el asiento de un tren. Necesitamos, a veces, un considerable esfuerzo para reencontrarlo en la pantalla de una *tablet* en la cual, para volver a treinta páginas atrás, es necesario un procedimiento que no siempre es habitual. Sabemos que, precisamente, esos vínculos que las páginas de un libro facilitan constituyen un hipertexto que emerge como el relato de una historia que se pierde cuando la única correlación que se establece es cronológica.

Mi editor me informa que el papel para libros escasea, que los costos de producción han aumentado

mucho, que las ventas disminuyen (sobre todo si no se escribe sobre los temas que todo el mundo espera) y que no alcanza para justificar la edición de mil quinientos ejemplares, de los cuales, si tenemos en cuenta que mis libros se pueden leer gratuitamente en nuestra página web, se venderán unos doscientos. Pero nunca lo malo es solamente malo, y así, mientras acompañamos los signos de esta época en la que “nos toca vivir”, publicamos tres volúmenes de la serie *Apuntes de todos los días*, que incluiremos en nuestra página web.

LA GENTE Y EL "SE"

Tal como señala Ortega, usamos la expresión "la gente" para referirnos, a un mismo tiempo que a todos, a nadie en particular. También sucede así cuando decimos, por ejemplo, "se piensa" o "se dice". Cabe preguntarse acerca del significado implícito en esa "dilución" de la existencia que transcurre habitualmente mediante la relación entre personas, que procede a contrapelo de lo que sentimos cuando pensamos con pronombres como yo, tú, él o nosotros, vosotros y ellos. La etimología nos ayudará a comprender la profundidad afectiva que la cuestión arrastra.

La palabra "gente" proviene del latín *gens*, que alude a engendrar o generar (de allí derivan genética y génesis) y queda vinculada, por su origen, con el vocablo *gnasci*, cuyo significado es nacer. Pero lo importante radica en que *gens* (en lugar de referirse simplemente a un conjunto de personas, en plural, como algunas veces erróneamente se ha creído) designa a quienes provienen de un mismo linaje, unidos por una misma identidad "de sangre", y constituyen

un pueblo que trasciende la amplitud de una familia. (También de allí derivan “gentío” y “gentuza”.) La palabra “tribu”, en cambio, nombra a una población que se define por su ocupación territorial. Los antiguos romanos adquirirían un nombre “personal” (como Lucius) y dos apellidos heredados, uno de linaje, o gentilicio, y el otro de familia (por ejemplo, Cornelius Sulla).

Solemos usar la expresión “gente como uno” con dos sentidos distintos. En uno de ellos, “toda la gente es como uno”, y en el otro, arrogante y antipático, que trae consigo toda la fuerza de un pasado que, por detrás de lo que registra la consciencia, continúa obrando en el presente, “sólo la gente como uno es gente”.

Queda, por fin, la necesidad de ser “como la gente”, una expresión que, “curiosamente”, en la Argentina utilizamos, por fuera de lo que se refiere a las personas, involucrando a las diversas cosas. Podemos por eso sentirnos maltratados porque el bife que en el restaurante nos han servido no cumple con el requisito de “ser como la gente”.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ENEMIGO

En un tiempo en que se presta tanta atención a las grietas que caracterizan a los distintos escenarios sociales, es difícil darse cuenta de la actualidad que alcanza ocuparse de la construcción del enemigo. En espléndidas palabras de Umberto Eco:

Al parecer no podemos pasarnos sin el enemigo. La figura del enemigo no puede ser abolida por los procesos de civilización. La necesidad es connatural también al hombre manso y amigo de la paz. Sencillamente, en estos casos, se desplaza la imagen del enemigo, de un objeto humano a una fuerza natural o social que, de alguna forma, nos amenaza y que debe ser doblegada, ya sea la explotación capitalista, la contaminación ambiental o el hambre del Tercer mundo. Ahora bien, aun siendo estos casos virtuosos, como nos recuerda Brecht, también el odio hacia la injusticia desencaja el rostro.

Pero una cosa es darse cuenta de la necesidad de un enemigo y otra muy distinta es que permanezca clara la diferencia entre hacerlo, sin miramiento alguno, torpemente o, por el contrario, construirlo en un proceso responsable, en forma noble.

Es menester reconocer que, mientras vivimos en los sinsabores que nos procura “tanta grieta”, la solución no provendrá jamás de suprimirla, sino de que la contienda se desprenda de un componente espurio y banal que la denigra, para alcanzar los valores responsables que procuran obtener un bienestar que, más allá de las promesas insinceras, sea genuinamente compartido. Sólo se podrá lograr si se desplaza “lo que está mal” desde los enemigos humanos a las cosas. Es lo que hacemos los psicoanalistas cuando odiamos la enfermedad, conservando el amor por el enfermo.

Como lo expresa Weizsaecker con elocuencia (en “Educar y ayudar”), oscilando entre Hipócrates y Paracelso: aunque el enfermo, desde su sufrimiento “propio e intrínseco del alma”, nada sabe sobre lo infinito y universal del espíritu, aunque la tarea del médico, entre cuatro paredes, se sustrae a la mirada colectiva, la espiritualidad de su profesión “es perpetua, acaso eterna”. “Tiene una historia, pero, además, participa en el desarrollo de la historia”.

LA MALSANA HUMILLACIÓN

El triunfo y la derrota (dos condiciones que surgen de los juegos de suma cero, que derivan de las distorsiones que introduce en la civilización el ubicuo complejo de Edipo) son, según dicen que está escrito en el camino que introduce a “la arena” de Wimbledon, dos grandes impostores. Y es cierto que lo son, porque, como veremos en sucesivas reflexiones, los juegos de la vida no son de suma cero (en los cuales, para que uno pueda ganar, otro debe perder).

Por una relación que se establece entre la fuerza muscular (que aumenta como una superficie, en dos dimensiones, y que depende del “diámetro” del músculo) y el peso corporal (que, en proporción con el volumen, crece en tres), si un elefante no tuviera patas gruesas se aplastaría contra el suelo, y si se cayera desde una altura cien veces mayor a la suya moriría. Nada de eso le sucede al mosquito. Si todo aumentara súbitamente de tamaño, los jamones que cuelgan en una taberna se caerían, porque su peso sería excesivo para la cuerda que los sostiene.

Más allá de que el elefante y el mosquito no compiten en el mismo “nicho”, el ejemplo de las limitaciones que la física impone nos sirve como metáfora de lo que ocurre cuando una “elefantiasis” del ego, que se manifiesta como un crecimiento desmesurado de la arrogancia, conduce a sentirse malévolamente humillado frente a cualquier contrariedad. De más está decir que una persona que aprendió a ser humilde (lejos de incurrir en el frecuente equívoco de confundir la humildad con el sometimiento y la pobreza, que reclaman clemencia) nunca podrá ser humillada. Pero la auténtica humildad solo se obtiene aprendiendo a sobrellevar que siempre habrá sectores frente a los cuales somos impotentes.

Mis apuntes de todos los días no son, pues, el producto de algo que necesito buscar. “Me acontecen” y funcionan como algo, inalcanzable y esquivo, que se me impone y siempre me supera. Como dice Porchia: “Cuando digo lo que digo, es porque me ha vencido lo que digo”.

EL OSCURANTISMO TECNO-LÓGICO

Entre la caída del Imperio romano de occidente en el año 476 y 1492, cuando Colón descubrió América o, mejor, 1453, la caída del Imperio romano de oriente (fecha de la invención de la imprenta), mil años acontecidos entre los siglos v y xv, transcurrió el período denominado Edad Media. Se suele decir que fueron años de oscurantismo (una actitud, una práctica deliberada, contraria a la difusión de la cultura en la sociedad). Se habla, inclusive, de años vacíos o perdidos.

Sin embargo, también se ha sostenido que en el Medioevo, caracterizado por el arte gótico, el ser humano, sin bien no progresó en el conocimiento del mundo hacia el cual se abren los sentidos, profundizó “volviéndose hacia sí mismo” en la sensibilidad espiritual.

A fines del siglo xv y en los albores del xvi, aparece en Europa (y más tarde en la recién descubierta América) el período que va desde Colón hasta Galileo, que condujo a la Edad Moderna, y que se denominó

Renacimiento. En opinión de Jules Michelet, sustituyó el feudalismo por la democracia, la burguesía y el capitalismo. Surgió como una suerte de humanismo que, reivindicando la cultura clásica griega y romana, se volcó nuevamente hacia la percepción de la naturaleza y hacia nuevos desarrollos de las artes, la política, la filosofía y la ciencia.

Si hay algo que caracteriza sin duda a nuestra época actual, son sus desarrollos tecnológicos, cuyos insospechados poderes nos maravillan con sus ribetes de “magia”, que nos llevan a olvidar muchos de sus efectos nefastos. No sólo son fenómenos “objetivos” como los desastres ecosistémicos o los ataques a la biodiversidad; me refiero, sobre todo, al menosprecio de los crecientes malestares psíquicos que nos aquejan como personas y afectan al espíritu de nuestro tiempo (constituido por lo que es común en un conjunto de almas). La expresión oscurantismo tecno-lógico es un tanto excesiva, porque no se trata simplemente de una práctica “deliberada” contraria a la cultura, dado que la limitación exclusiva a lo que es técnico y lógico es nociva “en sí misma”.

CUANDO UN AMIGO SE VA...

“Cuando un amigo se va / queda un espacio vacío / que no lo puede llenar / la llegada de otro amigo”. Ninguna de las palabras que contiene esta muy lograda estrofa (de una canción de Alberto Cortez) podría sustituirse sin disminuir su capacidad de tocar el corazón. Podemos, en cambio, reflexionar acerca de la conmovedora experiencia a la que alude.

Una separación indeseada pero inevitable con quienes más nos significan, sea cual fuere su causa, y más aún si se asume que es definitiva (decisiva y concluyente), genera una pérdida irreversible (ese “vacío” del cual habla Cortez), que se experimenta como una “posibilidad de vida” que ya no será recorrida. La fuerza de ese deseo, ahora imposible, nos convence de que la realización de ningún otro lo podrá sustituir. No sólo sucede con la muerte o el alejamiento de los seres queridos, que ocurren “normalmente” en toda vida; también pasa con “las cosas” en el proceso natural de envejecer. Hay acontecimientos irreversibles e inevitables que, si los hemos “elegido”,

no ha sido “a sabiendas”. Sólo nos queda ese proceso que denominamos duelo, que nos lleva a encaminarnos en otra dirección, y que, mientras se produce, nos conduce a sentirnos con “un poco menos por delante”. A pesar de que el duelo nos ayuda, nuestras pérdidas nunca son inocuas, porque siempre se llevan algo que no se recupera.

Siempre ha sido así, desde el día en que nacimos, pero cuando éramos pequeños y nuestra vida “futura” se perdía en una lejanía nebulosa, temíamos al sufrimiento, al dolor y, a veces, al fantasma de la muerte, pero no a una muerte “verdadera”. Cuando envejecemos, “sabemos” que nos acercamos a la muerte, y suele suceder que tememos sufrimientos irreales, dentro de ella, que requieren, para sentirlos, estar vivo. Mientras tanto, imaginamos una vida ultraterrena que también tememos. No es fácil admitir que, más allá de todos los fantasmas, en el fondo nos sentimos y “somos” inmortales, porque, como dice Epicuro, si estoy vivo la muerte no me llega y si estoy muerto tampoco.

DONDE SE HABLA DE SER Y DE PODER

Si bien lo que sentimos (desde nuestras sensaciones) es lo que otorga su grado de significancia a cada instante que vivimos, vivimos “normalmente” (desde nuestras percepciones) “volcados hacia el mundo” hasta el punto (en cierto modo “enajenante”) que lo condujo a Freud a sostener que la introspección funciona a “contrapelo”, como un movimiento “antiperistáltico” del tubo digestivo.

Si invertimos la dirección habitual de la mirada, vemos que el alma de cada uno, comenzando por la propia, se compone con un inconsciente que opera “por su cuenta” (sin que yo me entere) y una consciencia que “hace lo que puede” y que me otorga eso que llamamos “yo”, dado que, “por fuera” de mi consciencia, ignoro mi existir. Conviene aclarar que no me refiero aquí al “yo” como “metapsicológica” agencia psíquica (que “pacta” con tres “amos”: el ello, el superyó y la realidad que configura nuestra circunstancia), sino al “metahistórico” pronombre personal. Es este último “yo”, que no surge de un

esquema descarnado, sino que, por el contrario, es el habitante del discurso humano, el único que puede conmover.

Por eso aparecen, recién allí, otros problemas. Surgen el “ser o no ser” de Shakespeare, o el “ser siendo” de Heidegger y Ortega, que convocan, de manera inevitable, la alternativa entre un “poder o no poder”. Toma una forma lúcida en dos sentencias de Porchia: “Me das todo lo que puedes, pero sin nada de lo que no puedes. Me das un cuerpo sin alma”, y “Lo que somos es para algo que no somos”. ¿No es el alma, acaso, el único lugar en donde puedo “darme cuenta” de mi “querer lo que no puedo”?

Pero el colmo va mucho más allá. Simenon nos habla (en *La ventana de enfrente*) de los ojos claros de una niña, que no ven nada de “*la vida que se dirige a su encuentro*”. Porchia también lo dice: “El hombre no va a ninguna parte. Todo viene al hombre, como el mañana”. Y también, con una simpleza escalofriante: “Las distancias no hicieron nada, todo está aquí”.

EL "PROCESO" DE DUELO

Estamos acostumbrados a entender el duelo, que surge frente a una pérdida, como un proceso "normal", con su evolución y sus fases, que se suceden en un tiempo cronológico, y que difiere de la patológica melancolía. Un proceso es, precisamente, un acontecimiento que "cursa atravesando" el presente desde un pasado hacia un futuro.

Pero el psicoanálisis (y también la filosofía y la física cuántica) nos ha otorgado un concepto distinto del tiempo y del presente a través de dos ideas de conmovedora trascendencia. Una de ellas es la de un tiempo kairológico, cualitativo, que no se "muestra" por el recorrido de las manecillas de un reloj, sino por la importancia que reviste lo que en cada uno de sus "momentos" ocurre. La otra es la de un presente atemporal que, en lugar de intermediar entre un antes y un después, se caracteriza por un pasado que es todavía presente, dado que no ha dejado de ocurrir, y un futuro que es presente, porque ya ha comenzado.

Veamos las con-secuencias de uno y otro enfoque cuando, frente a una pérdida, nos acontece un duelo.

Frente al primero, cronológico, siempre pensamos en un proceso que se completa cuando algo, terminado y olvidado, ha quedado en el pasado. Y sin embargo la experiencia nos lleva a reconocer un tinte melancólico casi inevitable (en letra de tango: “La historia vuelve a repetirse... el mismo amor... la misma lluvia...”) que nos obliga a pensar que los duelos (más allá de la teoría “habitual”) son incompletos, y que una pérdida actual renueva el viejo dolor de aquella otra, más importante y anterior.

En el segundo enfoque, kairológico y atemporal, nos impregna la convicción de que (en palabras de Porchia): “Las distancias no hicieron nada, todo está aquí”. Cabe añadir: vivo y coleando. En el transcurrir de los innumerables avatares cotidianos, y huyendo, siempre, de lo imprevisible, “vemos”, entonces, los más y menos de un futuro actual, el único que es posible concebir, mientras sentimos que la vida, incesante en dolores y en anhelos, se nos viene encima.

LA ASIMILACIÓN DEL PSICOANÁLISIS

Miles de personas intentan en el diván de su psicoanalista elaborar algunos sufrimientos que entorpecen su vida cotidiana. A pesar de tales circunstancias, la civilización no ha logrado, entre sus adquisiciones culturales, la asimilación del psicoanálisis.

El aeroplano de los hermanos Wright y el descubrimiento de Freud son coetáneos, pero su difusión fue muy diferente en los ciento treinta años transcurridos. La aceptación de los hallazgos de Pasteur sólo requirió la mitad de ese tiempo.

Cuando hablo de la asimilación del psicoanálisis, no me refiero a la cantidad de gente que (como una gota de agua en el desierto) acepta y utiliza sus valores. Me refiero a incorporar, en la cultura vigente, y en todas las formas del quehacer humano (espontáneo o reflexivo), la manera de pensar que lo caracteriza.

Hoy, cuando frente a cualquier trauma se recomienda un psicólogo, suele pasar desapercibido, sin embargo, que los valores esenciales del psicoanálisis quedan limitados a unos pocos reductos

que funcionan como islotes aislados en un mar de simplificaciones que muchas veces son inútiles o perjudiciales.

Consignemos, con brevedad taquigráfica, tres puntos esenciales que no sólo prosiguen en la dirección de Freud, sino que conservan también su espíritu “renacentista”.

- La consciencia es inherente a la vida. Todo ser vivo (intencional y automóvil) “ejerce” su particular forma de consciencia y “contiene en su organismo” consciencias inconscientes para su consciencia “habitual”.
- Nadie está hecho “de sí mismo”. No sólo vivimos “cableados” con otros seres vivos con los cuales “conscientemente” convivimos. Los microorganismos digieren nuestros alimentos en nuestro intestino, y nuestras células no podrían existir sin las bacterias que funcionan en sus protoplasmas.
- Los diseños que “la vida ensaya en cuerpo y alma” no siempre son perfectos. Lo prueban, por ejemplo, la ubicación del cerebro (alrededor del tubo digestivo) en el langostino, y el complejo de Edipo de la especie humana, que nos deja con cuatro gigantes inevitables en el alma (la envidia, la culpa, los celos y la rivalidad) y con un torturante malestar en la cultura.

SABER CON QUIÉN ESTOY

De acuerdo con Ray Carpenter, especialista en primates, cuando un mono se encuentra con otro animal, de manera inesperada, debe resolver en un cincuentavo de segundo para saber “a tiempo” cuestiones como estas: ¿es mono o no-mono? Si es un no-mono, ¿es promono o antimono? Si es una hembra, ¿está seducida? Si es un macho, ¿es adulto? Si es adulto, ¿pertenece a mi grupo o a otro? Si pertenece a mi grupo, su rango ¿está por debajo o por encima del mío?

Los seres humanos poseemos capacidades inconscientes semejantes que nos permitirían “siempre” *saber con quién estoy*, si no fuera porque las desoímos muchas veces, “gracias” a efectos “secundarios” de nuestra civilización (un aprendizaje civil, ciudadano). Precisamente allí nos encontramos con la única cosa importante que (recuperando sus dormidas capacidades ancestrales) debe revitalizar un psicoanalista para poder cumplir con su específica labor. Es lo que vemos hacer a la abuelita que llega con una golosina y,

“anticipándose” a lo que puede sentir el amiguito con quien su nieto está jugando, parte el chocolatín por la mitad. La prueba de que, desde allí, nace el psicoanálisis es que siempre lo hemos caracterizado como un “descubrimiento” de Freud, y nunca hemos hablado de un “invento”.

Dado que la psicoterapia psicoanalítica es un servicio que se contrata y que se paga, es pertinente recordar con precisión en qué consiste el bien que se intercambia por dinero. Quitémosle un aditamento espurio representado por las connotaciones emotivas de una predominante simpatía. Aunque no siempre estorban nuestra específica tarea, y con frecuencia, incluso, pueden ayudarla, revisten una importancia secundaria que no debe confundirse con la tarea principal.

El psicoanálisis, como psicoterapia, posee características propias que consisten en que la relación que el paciente establece con el facultativo no se finiquita llevando a término los impulsos que buscan realizarse en actos, sino que, enviando la excitación en dirección retrógrada, procura llevar a la consciencia, desde un permanente *nothing personal*, las motivaciones inconscientes que, en ambos protagonistas de ese proceso “teatral”, se despiertan.

LA MONTAÑA

Cada ser humano, a lo largo de su vida, sube una montaña, de base amplia y de pico estrecho. Emprendemos el camino junto con otros compañeros que marchan en la misma dirección y, a medida que vamos progresando, nos quedamos cada vez más solos, porque no son muchos los que continúan subiendo. Nos enfrentamos, entonces, con el inevitable dilema. Si no nos detenemos, deberemos “despedirnos” de quienes interrumpen su progreso, y si no queremos despedirnos, deberemos dejar de progresar.

No todo el que se aleja de un contingente que está escalando su montaña a su manera lo hace con la actitud genuina de ofrecer un proyecto mejor. La mayoría de los distanciamientos y conflictos surgen de distracciones, tentadoras, que son vueltas y rodeos que ocultan el propósito de postergar el esfuerzo que demanda progresar “en realidad”, en el camino de una vida que, sin saberlo o a sabiendas, siempre “se profesa” con distintos grados de autenticidad.

De acuerdo con lo que nos enseña la historia, los casos en que se “realiza el destino” de alcanzar la cima de la montaña que se escala no son frecuentes. Sin embargo, queda claro que, cuando sucede, desde allí será posible divisar, en un círculo completo, los puntos cardinales, y en ese panorama veremos, desde lejos, que otros seres semejantes han alcanzado otras cimas. Desde allí, también será más fácil comprender que “lo que la vida nos da” se realiza en la multiplicidad de horizontes que el panorama revela y la verdad contenida en la sentencia de Hernández: “Cada lechón en su teta, es el modo de mamar”.

Reparemos en que, a pesar de la distancia que separa los picos de las distintas montañas, un nuevo “compañerismo” ha surgido. Un punto de encuentro entre futbolistas, cocineros, científicos y jefes de Estado, al cual sólo quienes alcanzan, intrépidos, tales alturas tienen acceso. Allí, en esa cumbre desguarnecida, en donde, por más que el sol caliente, el viento arrecia, surgen “para todos” los mismos obstáculos, inquietudes, conflictos, sufrimientos y tristezas, pero también los mismos alivios, placeres, alegrías y entusiasmos sublimes.

LAS DISTINTAS MANERAS DE ESTAR VIVO

En palabras de Simenon, que no puedo ahora ubicar con precisión, he leído dos ideas trascendentes que explícitamente refieren a sendas afirmaciones de Freud. Una de ellas sostiene que la fecha más importante en la trayectoria vital de todo ser humano es aquella en la cual ocurre la muerte de su progenitor del mismo sexo. Con ella, heredamos la responsabilidad de corregir lo que ayer criticamos. La otra, que además de conmovedora es extraña, señala que una persona no se muere “realmente” hasta que ya no quede nadie que la haya conocido viva. Frente a ella, debemos admitir que, si los fantasmas no existen, sus acciones, sin embargo, perduran.

¿Qué significa, entonces, estar vivo? ¿Hay una forma de vivir dentro de un alma ajena? En primer lugar, cabe reparar en la profunda influencia que, en cada uno de nosotros, ejercen nuestros allegados más significativos, y especialmente aquellos frente a los cuales sentimos que “para ellos” vivimos, “dedicándoles” (de manera manifiesta o encubierta) la

parte más valiosa de todo lo que hacemos (las fotos que obtenemos, las ropas que vestimos, los premios recibidos y cuanta cosa nos produzca orgullo). En segundo lugar, pero mucho más importante, nuestra vida entera carecería de sentido si nos viéramos obligados a tener que transitarla sin ninguna posibilidad de compartirla. No sólo en sus momentos más penosos; más aún, y sobre todo, en aquellos otros, agradables, que nos inundan de alegría.

En ambas situaciones, tiene un cierto sentido sostener que, en la intimidad de nuestra vida anímica, “están vivos”, como “deudos”, aquellos a quienes algo siempre le debemos. Lo cierto es que, por la magnitud de su influencia, que otorga un inconfundible matiz a nuestros actos, continúan existiendo como seres anímicos que “intervienen” en todo lo que hacemos y que, cuando no nos animan, nos inhiben.

No siempre aceptamos darnos cuenta de lo que “hablamos” con ellos, y menos aún lo aceptaremos si el diálogo surge perturbado por resentimientos antiguos que infectan nuestra vida cotidiana con un desasosiego oscuro que nunca se ventila.

ARTE POÉTICA

A partir de Freud, llegamos al concepto denominado “presente atemporal”, al cual se han referido en varias ocasiones otros colegas (como Fideas Cesio o Emilio Rodrigué). Se puede decir que se constituye con un pasado que no ha cesado de ocurrir y un porvenir que ya ha comenzado. Se trata de un concepto que “salta”, desde un tiempo cronológico a un tiempo kairológico (que se llena, o se vacía, por el valor de lo que en él ocurre), pero que no se queda allí, porque progresa hacia un presente continuo y eterno.

Sin embargo, es necesario reconocer que, a pesar de reiteradas referencias al valor del concepto “presente atemporal” (en Luis Chiozza, “Hacia una teoría del arte psicoanalítico”, de 1978, por ejemplo), no hemos logrado incorporarlo vivencialmente en el ejercicio de nuestra práctica psicoanalítica habitual.

No debe asombrarnos de que, precisamente, el genio singular e incomparable de Borges sea el que llene ese hueco con un texto que, dados los desarrollos a

que nos ha conducido el psicoanálisis, constituye un lugar privilegiado dentro del cual nuestra ciencia puede seguir progresando. Me refiero a seis “improvisaciones verbales”, que pronunció en Harvard en 1967, reunidas en un libro titulado *Arte poética*. Cada una de sus páginas conmueve, pero me limitaré a señalar tres entre sus numerosas y certeras estocadas.

- A través de Don Quijote y Sancho, y de Sherlock Holmes y Watson, nos conduce hacia la consciencia de que es imposible pensar (vivir) sin dialogar con “alguien”.
- Centrado en el eterno presente, nos dice: “Somos mortales porque vivimos en el pasado y el futuro: porque recordamos un tiempo en el que no existíamos y prevemos un tiempo en el que estaremos muertos”.
- Volvamos sobre el Quijote y Sherlock para transmitir lo que afirma con profundidad abismal. “Da igual” considerar que las andanzas de uno y los descubrimientos del otro son puros inventos que no acontecieron. Las hazañas y los relatos son meros “recursos” (como los acontecimientos que narran los pacientes). Lo único que “cuenta” son los nuevos “amigos” que viven en nosotros, como el ingenioso hidalgo y el encantador detective.

OPACIDAD Y TRANSPARENCIA

En *Intimidad, sexo y dinero. ¿Alguien sabe quién soy?*, exploramos a fondo la opacidad y la transparencia tal como se manifiestan “biológicamente” en la constitución de nuestros órganos y “sociológicamente” en la convivencia con nuestros semejantes. Ambas (opacidad y transparencia) poseen una importancia fundamental como valores que rigen el ejercicio de un vivir saludable. La biología nos enseña, por ejemplo, que los seres simétricos son transparentes y que la asimetría es un “progreso” que, por razones que ignoramos, se esconde cubierto por una piel opaca. La exploración de la organización humana colectiva nos revela, además, que una parte de nuestra vida es pública, que disponemos de otra, privada, y que hay una tercera que, secreta, a veces sólo se presenta, ante nuestros propios ojos, de manera borrosa.

Precisamente por eso, porque opacidad y transparencia constituyen valores funcionales, es imprescindible subrayar que tanto una como otra suelen

trascorrir en formas insalubres y tratar de comprender por qué sucede.

En cuanto a las formas patológicas de la transparencia, podemos decir que derivan de una cierta condición maníaca que, negando pretensiones que no se sustentan en verdaderas cualidades, da por sentado que logrará obtener, de ese modo, como un premio a una “sinceridad parcial”, las ventajas de una tolerante “consideración” frente a todo “lo que falte”.

Las formas patológicas de la opacidad, en cambio, suelen ocultar (la inmensa mayoría de las veces, sin lograrlo más que en un tiempo lastimosamente breve) los sentimientos persecutorios que genera la conciencia (“tenue” pero inevitable) de que “todo” aquello que se da por adquirido se sustenta en un engaño cuyo sostén se torna más difícil cada día. Todo ocurre en el territorio, muy tortuoso, de “crimen y castigo”. Allí, la necesidad de lidiar con lo que fatalmente llega conduce a que se intente, “a duras penas”, refugiarse en una explicación alternativa que permita “salvar la cara” frente a un superyó contradictorio que condena, con igual sadismo, el descalabro moral y la despreciable “tontería” de no aprovechar las supuestas “ventajas” que la inmoralidad trae consigo.

FEALDAD Y BELLEZA

Se ha escrito mucho sobre la fealdad y la belleza, pero más allá de las dificultades que entraña definir las, es posible establecer algunas precisiones. Suele admitirse, por ejemplo, que cuando un hombre y una mujer se eligen recíprocamente para unirse en matrimonio cada uno de ellos reconoce, en la contextura del otro, la posibilidad de engendrar hijos saludables con cualidades que se desarrollen en adecuadas y equilibradas proporciones. Puede sostenerse, entonces, que hay una afinidad inconfundible entre percepción de la belleza como intuitivo reconocimiento de un equilibrio armónico en el conjunto entero de las funciones vitales y la fealdad como un mórbido testimonio de su incongruente inestabilidad y su deterioro.

¿Ha de extrañarnos, pues, que sea tan difícil encontrar viejos “lindos”, como encontrar niños feos entre los muy pequeños? ¿Es posible agregar, al bienestar que nos producen los niños que nos enamoran, algún plus que provenga de aumentar el número de ancianos hermosos?

Habida cuenta de que toda enfermedad es, en el fondo, el desenlace de una conducta insalubre que trasgrede las “buenas costumbres” (las “mores” que constituyen, en un sentido amplio, la moral de un pueblo), podemos intentar internarnos en los orígenes más profundos de la decrepitud.

Podemos decir, entonces, que la historia de la civilización nos arroja, como vicios malditos, dos comercios insalubres y espurios que habitan en el sótano de la naturaleza humana y nos ayudan a comprender “con qué bueyes aramos”, aclarando que no todas las vejeces “en ruinas”, que hoy nos ocupan, incurrir en los vicios extremos que de allí derivan. Me refiero al “comercio” del poder en el hombre (el tráfico de influencias) y al “comercio” de la sexualidad en la mujer (la prostitución). Cuando, por obra de la vejez, tales “negocios” terminan, el hombre que no logra sobrevivir como un funcionario otrora influyente (que ya muy pocos saludan) se encontrará con la pobreza de una jubilación achacosa, y la mujer que no acceda a “entretenerse” en algo similar a la administración de un prostíbulo deberá resignarse a la zozobra de no lograr más clientes.

COMPLEJO DE EDIPO

En repetidas ocasiones, nos hemos referido a que la “sabiduría” que solemos atribuirle a la naturaleza parece proceder mediante el ensayo y el error, y que no todos los organismos biológicos provienen de “proyectos” tan exitosos como los que observamos en la cucaracha y el ratón. Ha sido señalado, por ejemplo, que constituye un “error de diseño” que el cerebro del langostino se desarrolle rodeando su tubo digestivo. Encontramos un “defecto” equivalente en la infortunada circunstancia de que forme parte de la “culturalidad” humana (integrada por una cultura y naturaleza que son inseparables) un insoslayable complejo de Edipo.

Tal como se desarrolla el drama, “calcado” de la leyenda de Sófocles, el niño (o el joven) Edipo, enamorado de su progenitora, debe luchar contra un padre rival al que, trágicamente, por un lado, odia y, por el otro, ama.

Nos impresiona que Freud, con una “presencia de espíritu” admirable, haya descubierto “su Edipo” en

el psicoanálisis de sus propios sueños, pero no solemos reparar en el hecho de que aquellos sueños, lejos de ser los de un niño frente a una madre adulta, fueron los de un hombre de 40 años con una madre joven y un padre anciano.

No debe ser casual que Freud quedara “seducido” por la leyenda de Sófocles. ¿Qué hubiera sucedido en la trayectoria de nuestra comunidad psicoanalítica si, condicionados por diferentes circunstancias, hubiera “trazado” el complejo nodular de las neurosis a partir de *La piedad*, de Miguel Ángel?

¿Qué es lo que vemos allí, en esa escultura excepcional, dotada de una perdurable capacidad conmovedora? Vemos a un hijo adulto, lastimado, “abandonado” y dolido, en brazos de una madre cuya juventud, perdurable, es un “verdadero” milagro. Una cosa está clara: el complejo de Edipo no es “una cosa de niños”; muy por el contrario, inunda y “empapa” todo nuestro mundo, y estamos muy lejos, adultos o ancianos, hombres o mujeres, de haberlo “superado”. Nuestros cotidianos sueños, aquellos que “asumen” nuestros anhelos más íntimos, no son los infantiles que perduran en Sófocles, sino los que Miguel Ángel inmortalizó en el mármol.

LO IMPORTANTE ES DARSE CUENTA

Alguien me comentaba, hace poco, que uno de sus amigos repetía, de una manera completamente ajena a toda referencia al psicoanálisis, que lo importante es darse cuenta. La aclaración de que se trata de una afirmación espontánea, que nace desde un territorio completamente ajeno al psicoanálisis, es necesaria para subrayar su singularidad, porque psicoanalizar es, precisamente, hacer consciente algo inconsciente, y entre las palabras de uso habitual que pueden caracterizar a la función de la consciencia (que consiste en “tomar noticia”), nada mejor que esas dos: “Darse cuenta”.

Antes de proseguir con el tema, hagamos una pequeña lista, forzosamente incompleta, de algunas cuestiones, elegidas entre los cientos de “cosas” que necesito “saber”. ¿Dónde estoy? ¿Con quién? ¿Qué estoy haciendo? ¿Con qué consecuencias? ¿Qué busco lograr? ¿Qué busco evitar? ¿Para qué (o para quién) hago lo que hago? ¿Por qué lo postergo? O, por el contrario, ¿de dónde surge mi “apuro”? ¿Qué me sucede

ahora? ¿Por qué me sucede? ¿Por la influencia de quién (o de qué) me sucede?

Es suficiente con una decena de “cosas”, puestas en palabras, para comprender el valor que el psicoanálisis adquiere por su capacidad para aclararnos por qué es tan importante “darse cuenta”. Pero aquí queda implícita otra cuestión fundamental representada por una realidad compleja que se manifiesta a través de “contradicciones” que configuran conflictos. Podemos representarla mediante un enunciado que nos conduce hacia una aparente paradoja. Necesito darme cuenta de que hay “cosas” frente a las cuales evito “darme cuenta” (y que “me resisto a saber” conscientemente, aunque siga declarando que lo importante es darse cuenta).

De lo dicho hasta aquí, surge la evidencia de que las mayores dificultades con las que tropieza el psicoanálisis nacen de actitudes contradictorias que permanecen inconscientes, y que la única posibilidad de progresar en su esclarecimiento se obtiene por obra de una interpretación que, teniendo en cuenta las tendencias en pugna, logra conciliarlas trascendiendo el conflicto. Ese y no otro, como a veces erróneamente se supone, es su cometido, el único importante.

LA CERTIDUMBRE DE LAS HISTORIAS

A pesar de *Rashomon*, un filme de Akira Kurosawa (1950), y de *Seis personajes en busca de un autor*, de Luigi Pirandello (1920), y de todo lo que hemos aprendido acerca de las diferencias entre la historia como relato y la científica historia, como registro “objetivo” de los hechos que han sucedido (la lengua inglesa distingue entre *story* e *history*), no podemos desprendernos de la idea de que es posible saber lo que “realmente” ocurrió. En esa idea se apoyan el ejercicio del derecho y todas las instancias jurídicas, que no existirían si no fuera posible averiguar (que significa, por su etimología, verificar).

En nuestra existencia cotidiana, nuestros actos o propósitos pero también nuestros deseos despiertan la “opinión” de nuestro superyó, que, desde nuestros propios ideales, nos elogia o nos condena. Sin embargo, aunque a veces nos obstinamos en amargar nuestra vida pretendiendo lo contrario, no todo lo que en la vida nos sucede reclama la presencia (interna o externa) de una sentencia judicial. Una cosa

es aprender a no repetir nuestros errores y otra, muy distinta, son los inútiles reproches acerca de aquello que ya no tiene “vuelta atrás”.

Hace ya muchos años (los actores de aquel drama ya no viven), cuando expuse a la consideración de mis colegas una serie de elaboraciones teóricas acompañadas por un “historial” (“Cuando la envidia es esperanza”, de 1963) acerca del psicoanálisis de Mary (una paciente que consumaba el incesto fraterno en su edad adulta y vivía torturada por su cancerofobia), sostuve que los antecedentes familiares y personales que, en ese momento, se podían consignar inevitablemente cambiarían mientras su tratamiento psicoanalítico fuera trascurriendo.

¿Qué sucede, pues, con las historias? Dado que su significado es sempiterno (como el “érase una vez” de los cuentos infantiles, una expresión que existe en italiano, inglés, francés y alemán, por lo menos), que coincidan, “más o menos”, con lo que ha sucedido no constituye ya el asunto que en realidad nos importa. La sabiduría popular no lo ignora, porque a menudo aduce: “No me vengas con historias”.

FUERA DE SÍ

La expresión “fuera de sí” suele utilizarse para referirse a una persona enajenada que pierde el dominio de sus actos, actitudes y emociones. La usaremos restituyendo a la frase el sentido primigenio que deriva de las palabras que la integran, porque estar fuera de sí es lo contrario de estar ensimismado, “mirándose el ombligo” y prestando atención hacia aquello que uno piensa y uno siente.

Freud sostenía que la introspección, imprescindible para el psicoanálisis y equivalente a mandar en dirección retrógrada los procesos de excitación (que se dirigen normalmente hacia su descarga en la acción), es un movimiento a contrapelo (que se asemeja a un movimiento antiperistáltico del intestino).

Hay dos formas de estar ensimismado. En una de ellas, elogiada por Ortega y Gasset, uno logra conocerse mejor; en la otra, en cambio, se vive enajenado en un mundo propio, aislado del entorno. Desde allí, en nada se progresa, y se dan vueltas y revueltas, disgustándose frente a todo lo que “sale mal”.

Vale la pena retornar sobre este tema, ya que la forma patológica del ensimismarse coincide con lo que, desde otro ángulo, constituye la “hipertrofia” de un ego que se designa con el pronombre personal “yo”. (Sin un problema acuciante, el yo desaparece.) Esa palabra (yo), en esas condiciones, revestida con una majestuosidad ilusoria, se convierte en la cosa “enamorate” que más importa, aconteciendo en una vida que, de ese modo, transcurre desquiciada (como la de una serpiente que en lugar de avanzar hacia adelante se devora a sí misma).

Aunque los casos extremos no suelen abundar, la patología que aquí describimos sucede con insospechada frecuencia. Y sin embargo sigue siendo cierto que los orígenes de todo aquello que hicimos y somos “vienen desde lejos”. Tal como lo señala Alberto Manguel (en su libro *Una historia natural de la curiosidad*): “De adolescentes somos únicos, cuando nos hacemos adultos nos damos cuenta de que ese ser especial del que hablamos orgullosamente en la primera persona del singular es, en realidad, un mosaico hecho de otros seres que en mayor o menor medida nos definen”.

UNA PÁGINA SOBRE LA COSTUMBRE

En un libro extraordinario y trascendente (*Marcel Proust. Máximas y aforismos*, compilados por Carles Besa), me encuentro con una página sobre la costumbre (extraída de la monumental obra de Proust *En búsqueda del tiempo perdido*) que me complace transcribir aquí, precedida por cuatro de sus “perlas”.

- “Las ideas son sucedáneos de las penas”.
- “Los hombres pueden tener varias clases de placeres. El verdadero es aquel por el que abandonan el otro”.
- “Actuar es muy distinto de hablar, aun con elocuencia, y de pensar, aun con ingenio”.
- “Los ‘aunque’ son siempre ‘porque’ ignorados”.

“A veces la costumbre de pensar impide sentir lo real, inmuniza contra ello, y hace que parezca también pensamiento”.

“¡La costumbre! Instaladora hábil pero muy lenta, que empieza por dejar que nuestro espíritu sufra

durante semanas en un arreglo provisional; pero que a pesar de todo se siente feliz al encontrarlo, pues sin la costumbre y reducido sólo a sus medios, el espíritu sería incapaz de hacernos habitable morada alguna”.

“Es nuestra atención la que pone objetos en una habitación y la costumbre lo que lo retira y deja espacio para nosotros”.

“La costumbre se encarga de encariñarnos con los compañeros que al principio nos habían desagradado, de dar otra forma a los rostros, de volver simpático el sonido de una voz, de modificar la inclinación de los corazones”.

“De todas las plantas humanas, la costumbre es la que menos tierra nutricia necesita para vivir y la primera que aparece en la roca aparentemente más desolada”.

“La constancia de un hábito suele estar en relación con su absurdo. Las cosas brillantes solemos hacerlas de repente”.

“Si la costumbre es una segunda naturaleza, nos impide comprender la primera, de la que no tiene las crueldades ni los hechizos”.

“Sólo conocemos de verdad lo nuevo, lo que de repente introduce en nuestra sensibilidad un cambio de tono que nos sorprende, algo que la costumbre aún no ha sustituido por su pálidos facsímil”.

“En los lugares nuevos, donde las sensaciones aún no están amortiguadas por la costumbre, el dolor se fortalece y reanima”.

LOS MATICES DEL VERDE

Mezclando, en distintas proporciones, amarillo y azul (que según lo que sostiene Goethe son los dos colores primarios y simbolizan la luz del día y la oscuridad de la noche), se obtiene una interminable variedad de verdes en matices también innumerables.

En algún lugar, he leído que los esquimales disponen de once palabras para denominar las distintas clases de blanco que encuentran en su mundo. Si tenemos en cuenta que se calcula que, mientras el mundo animal (seres humanos incluidos) constituye entre el 0,1 y el 0,4% de la biomasa del planeta, la vida vegetal (cuyo color, gracias a la clorofila, es verde) integra entre el 99 y el 80%, no debe extrañarnos que el verde sea el color en el cual distinguimos una inmensa cantidad de matices.

Sabemos que en la comunidad humana, en el proceso que va desde la gestación y constante atención de los neonatos que (por obra de una neotenia que emana de su naturaleza) surgen a la vida extrauterina sin poder sostenerse sobre sus propios pies hasta

la crianza de los hijos que han crecido, la función materna premia el esfuerzo y la paterna, el resultado. Además, ambas funciones se reparten en distintas proporciones entre los dos miembros de la pareja que los ha engendrado o entre las personas que asumen su cuidado. También sabemos que los niños generados por “los mismos” progenitores, dado que no se interrelacionan con ellos de una manera idéntica, nunca se encuentran con “los mismos padres” que tuvieron sus hermanos, y que aun cuando se trate de gemelos univitelinos jamás se desarrollarán sin comenzar a diferenciarse psicofísicamente ya desde el inicio de su gestación.

El amarillo y el azul, como progenitores de los innumerables matices del verde, nos regalan, a través de esa cruz de especies que constituye la metáfora, la contemplación de una población humana conformada por siete mil millones de habitantes. En ella, aunque predomine una radical similitud, nuestra percepción, condicionada de modo natural hacia la diferenciación de los matices que se nos presentan en polifacéticas maneras (tonalidades, iluminaciones, sombras, contrastes y reflejos), no encontrará jamás dos seres iguales.

SER USADO

Puede decirse que en las relaciones que establecemos con nuestros semejantes solemos otorgar y obtener el bienestar de un afecto que nos complace y que en algunas ocasiones se manifiesta en regalos, y también beneficios que constituyen ayudas y que, cuando se retribuyen con dinero, se denominan servicios.

Cuando el equilibrio entre lo que se da y se recibe se altera, o se “siente” y se juzga alterado, sucede de un modo que puede describirse, esquemáticamente, con dos extremos distintos. En uno de ellos, la “reacción” es violenta y conlleva un enojo que puede conducir a un litigio o “pelea” agresiva; en el otro, la violencia es subliminal y adquiere la forma de una “sensación enojosa” que produce “disgusto”: la sensación de “ser usado”. ¿Puede a un hombre complacerle, por ejemplo, que una mujer lo busque para que funcione únicamente como un reproductor que la embarace y que se utiliza y se abandona como un objeto descartable o, peor aún, que para lograrlo finja estar enamorada?

Hay un proverbio hindú que suena muy mal (especialmente hoy, cuando se registran “violaciones” en todos los sentidos en que puede usurparse violentamente un derecho): “Si te violan, relájate y goza”. ¿Cómo puede sostenerse semejante desatino? Tal vez, en el fondo, algún tipo de “saber” intente transmitirnos (como la novela de Dostoievski *Humillados y ofendidos*).

Si exploramos en búsqueda de los orígenes del malestar que produce la sensación de ser usado, descubrimos que la humillación ocupa un lugar tan sobresaliente que opaca todo lo demás. Precisamente por eso descubrimos que “humillación” viene de “humus” (el mantillo de tierra que constituye el suelo fértil y el solar que habitamos), cuyo significado se conserva en el vocablo “humilde”, pero también en palabras como “humano” y “hombre”.

Frente a la sensación de ser usado, lejos de pretender “cobrar” lo que me fue “quitado” sin ser retribuido, cabe recordar la importancia de vivir a cubierto de cualquier humillación, confortado por el hecho, incontrovertible, de que una persona humilde no es una persona pobre, sino la que vive dignamente “con los pies en el suelo” y no puede ser humillada.

PREJUICIOS

El vocablo “juicio” alude a un proceso racional que afirma o niega, mediante el verbo ser, la identidad entre dos términos de un enunciado. Con la palabra “prejuicio”, designamos, en cambio, un juicio “preformado” que se utiliza sin volver a cuestionarlo. Cae por su propio peso que no podríamos vivir si tuviéramos, en cada instante, que repensarlo todo. Vivimos, pues, gracias a que asumimos como ciertos a un conjunto de prejuicios que determinan nuestra conducta cotidiana. Aquello que el psicoanálisis, en sus formulaciones metapsicológicas, denomina “yo”, como una agencia psíquica que rige y administra determinadas funciones (atención y memoria, por ejemplo), puede ser descrito, entonces, como un conjunto de prejuicios que, dado que permanecemos vivos, funcionan adecuadamente. Eso le quita, desde ya, a la palabra “prejuicio”, la connotación negativa con la cual se la pronuncia casi siempre.

Estamos de acuerdo, pues, en que podemos vivir gracias a que omitimos repensarlo todo. Sin embargo,

también es cierto que los signos que definen a “los tiempos” que vivimos evolucionan y cambian, oscilando entre épocas de calma y otras turbulentas, y que, si tuviéramos que definir escuetamente en qué consiste la turbulencia que hoy nos abruma, elegiríamos decir que aquello que la caracteriza es la forma en que se alteran, y funcionan mal, un conjunto muy grande de los prejuicios que hasta ayer nos acunaban.

Forma parte de la cuestión más espinosa el hecho de que sea absolutamente necesario tener en cuenta que los prejuicios exitosos lo son en la medida en que funcionan compartidos por la misma existencia colectiva que los ha gestado de una manera que conduce a comprender que todo cambio “en ellos” deberá llegar “hasta allí” para otorgar sus beneficios.

Inútil es pre-ocuparse (“antes de tiempo”) frente a la magnitud de la tarea que mancomuna la cultura (cultura y naturaleza en realidad, culturaleza) con la civilización “humanitaria” entera, porque no sólo “es” así, sino que siempre lo ha sido. Se trata de arregangarse, pues, para meter las manos en la masa, en ese proceso interminable que otorga un sentido, “por delante”, constituido porque siempre hay algo que “nos hace falta”.

EL CELULAR

Es lamentable constatar lo que tantas veces se repite. El teléfono celular, convertido hoy en una computadora que lo transforma en un asistente incomparable y en una fuente de información valiosísima, lejos de limitarse a los servicios que brinda una herramienta “pasiva”, avanza de manera insalubre sobre la “normalidad” de nuestra vida. No sólo se introduce en nuestras motivaciones inconscientes, sino que también se inmiscuye en nuestras emociones, hasta un punto en el que suele estimular la secreción de neurotransmisores que alteran nuestro ritmo circadiano y la calidad del sueño de todos los días. No es un secreto, como ya dijimos, que el celular ha generado una adicción malsana que lo convierte en una máquina maldita que se apodera de muchas horas de la vida de un gran número de usuarios que sucumben indefensos frente a su maléfico encanto.

A pesar del predominio que alcanzan sus efectos insalubres, vale la pena reparar en las posibilidades que ofrece potenciando la información y el

pensamiento y contribuyendo, de un modo inigualable, a su difusión en una forma que es muy difícil censurar. Si bien es cierto que las noticias falsas se difunden con una eficacia seis veces mayor a lo que sucede con las verdaderas, la razón de una proporción tan negativa no puede atribuirse, esta vez, a la ingeniería cibernética, ya que sabemos que deriva de una motivación inconsciente “natural” del ser humano, que dirige siempre su mayor interés hacia todo lo que constituye una desgracia.

Si, por obra de una serie de circunstancias acerca de las cuales sería muy difícil reclamar “mérito propio”, logramos, sorteando sus peligros, disfrutar los beneficios de esa magnífica herramienta, puede suceder que encontremos en ella un espléndido colaborador que nos ayude a “crear”, sacando, en cualquiera de las distintas formas del arte, lo que llevamos escondido entre pecho y espalda. Pero, como si no fuera suficiente con esa maravilla, nos encontramos enseguida con otra, conmovedora, que resulta ser mayor. Todo lo que en ese pequeño y compañero aparatito logramos puede devenir “naturalmente” público, ofreciéndonos los resultados de un polifacético y extraño *feedback*.

EL DESEO DE VIVIR

Estamos acostumbrados a considerar que el deseo de vivir es algo consubstancial, inseparable de la vida. Cuando uno está vivo, dice la teoría, operan en su interior las pulsiones (instintivas) que, en forma de deseos de otras cosas, como alimentarse y procrear, lo mantienen vivo y, más allá de sí mismo, tienden a mantener viva su especie. El psicoanálisis también ha postulado pulsiones de muerte que (más allá del principio del placer) representan la continua tentación de retornar a lo inorgánico.

Lo cierto es que, para vivir, deseamos otras cosas, dado que es imposible desear aquello que se tiene. Y sin embargo el “deseo de vivir”, como expresión, existe. ¿Qué significa, pues? Otra expresión, de uso frecuente, “esto no es vida”, nos aclara el panorama, porque con ella se sostiene que hay una forma de vivir a la cual, por ser muy mala, se le debe quitar el nombre “vida”.

Nos queda por definir la “vida buena”, y aunque no es fácil decir en qué consiste, la exploración de lo que

llamamos “deseos de vivir” nos marca un rumbo. Las primeras descripciones que acuden son banales. Dinero y poder, adquisiciones materiales y gratificaciones “pulsionales” de tintes paradisíacos (como comer y beber, copular y “descansar”), y sin embargo “sabemos” que no alcanza. Por “detrás” de todo eso, muy otro es el motor que nos insufla vida. Una vida que “ofrecemos” completa, en nacimiento y muerte (porque su norte, con consciencia o sin ella, siempre es ofrenda).

En nuestra vida intrauterina, “fuimos” en un mundo que, además de ser mundo”, era también un “otro” que, al mismo tiempo, era una parte inseparable de nosotros mismos. Junto con ese ser femenino, y custodiando una simiente masculina, fuimos, y si un día iniciamos la aventura de asumir esa distancia que denominamos nacimiento, jamás hemos dejado de transportar dentro del alma los pertrechos de aquella unión tripartita indestructible. De allí para adelante, nunca dejaremos de vivir para ella, la “transferiremos”, sobre cualquier espacio que habitemos, y para ella será todo lo que hagamos, el “para qué vivimos”.

LA RENDICIÓN DE CUENTAS

Solemos asociar la rendición de cuentas con un balance numérico en donde sobresalen las columnas del debe y el haber, y que, mediante restas y adiciones, nos arroja un preciso resultado. Pero el significado de la expresión es más amplio, ya que involucra, por ejemplo, tener que asumir una deuda moral que, como una espada de Damocles, trascurre pendiente y demorada. Comprenderlo de esa forma constituye ya un “darse cuenta” pletórico de afecto. ¿De qué depende, entonces, que nos “caiga esa ficha”?

Cuando algo, que adentro de uno, ya mutado, gravita con un peso diferente que altera el punto de vista que ayer nos complacía, nos impide “mirar hacia otro lado”, nos alcanza, y con frecuencia nos conmueve, la verdad del proverbio: “Cuando a otro veas afeitarse, pon tus barbas a remojar”.

Si intentamos recurrir a nuestro ingenio sabiendo que la vida tiene más de un camino, a veces buscaremos, en la vitrina de los juguetes que la vida nos ofrece, sustitutos espurios que nos parecen adecuados.

La existencia de alimentos de distintas fuentes testimonia que los organismos admiten, en los mismos lugares, distintas piezas de recambio para satisfacer sus necesidades metabólicas. Es cierto que “sea pato o gallareta” ambos se comen, pero, cuanto mayor es la oferta, más difícil es atinar con la elección. Ya lo dice la sabiduría de una sentencia popular: “Padre estanciero, hijo caballero, nieto pordiosero”.

Dado que es más fácil descubrir los defectos ajenos, ¿con qué recursos contaré para descubrir en cuánto y en dónde “me estoy equivocando”, antes de cruzar una línea que no tiene retorno? Sé que no debo ignorar la magnitud del peligro ni confundir lo que está mejor con lo que más abunda, y sin embargo hace falta algo más. Es necesario comprender que, con inusitada frecuencia, tal como lo señala Juan de Dios Peza, son muchas las veces en las cuales “en las almas que el dolor devora, el alma llora cuando el rostro ríe”. Para ver, no basta con mirar; es necesario comprender lo que se está mirando.

DOS MANERAS DE ESTAR LOCO

Solemos creer que, cuando dormimos, nuestro cerebro “descansa” y nuestra vida anímica se reduce a los “absurdos” sueños, retazos persistentes de actividades anteriores. Pero no sólo Freud les “otorgó” un sentido. Weizsaecker ha señalado que nuestro cerebro, tal como nuestro corazón o nuestro hígado, jamás descansa, y que el dormir que nos “retira” de la vida de vigilia “procede” como el “cerrado por balance” de un comercio, que pone cada cosa en su lugar.

Nuestra vida se reparte en dos periodos que son muy distintos y que, sin embargo, con frecuencia se mezclan. Uno, onírico, que ocupa unas ocho horas nocturnas de un vivir “dormido”, y el otro, de vigilia, que transcurre en los restantes dos tercios de un diurno estar “despierto”.

Sin el menor ánimo de entrar en el territorio de una taxonomía psiquiátrica, conviene reparar en que hay dos maneras muy diferentes de “estar loco”. En ambas se funciona “a despecho” de un juicio de

realidad (es decir, contrariando las conclusiones de un juicio que, con frecuencia, preferimos desoír).

En la primera manera de estar loco, la enajenación de un vivir onírico y alucinado es total y “asumida”. Una parte menor de ese estado “permanente” en el cual, conducidas por deseos, que no siempre son conscientes, se creen, sin dudar, cosas inciertas (a favor o en contra y a cubierto de cualquier “descrédito” o contienda) abunda en personas “normales”.

En la segunda, se ve con claridad que el juicio de realidad de una persona funciona bien o mal, en la inmensa mayoría de las veces, según cuáles sean los intereses que “tiene puestos en juego” en aquello que tiene que juzgar. Pocas veces se piensa que los famosos núcleos psicóticos (sean “grandes o pequeños”) de un paciente neurótico no surgen “porque sí” ni operan “todo el tiempo”. Pertenecen a una locura “defensiva” y estratégica que nace de un motivo que es lo único que importa. Es cierto que el mundo podrá estar “loco, loco, loco”, pero también que se suele aducir eso para ocultar nuestra propia incertidumbre.

SER PERSONA

Lo llaman el Colorado, porque es pelirrojo, como su abuelo. Tiene la nariz del padre, pero los ojos son los de la madre. Así puede decirse de su carácter, de su manera de caminar o de que a cada rato repite “al fin de cuentas”. Todo de algún lado vino. Suyo, lo que se dice suyo (¿su yo?), “no tiene nada”. Pero, sin embargo, es aquel en donde todo lo que dijimos aparece junto. Si su pelo fuera negro, sería “otro”. Sus “señas particulares”, como sus huellas dactilares y su grupo sanguíneo, integran la “ficha antropométrica” que testimonia su particular identidad. A pesar de todo, si se siente siendo él, no es sólo por coincidir con esas señas.

Pensemos en nosotros. Si bien reconocemos, a veces con cariño o con orgullo y otras con disgusto, la peculiaridad de nuestros rasgos “personales”, los cambios que en cualquiera de esos rasgos ocurran no alteran, por más que nos afecten, la continuidad de ese “nuestro” ser un alguien que, a pesar de las vicisitudes que atraviesa, permanece reconocible, “siempre

el mismo”. Más allá de en qué “lugar” del organismo se configura un esquema corporal y personal psicosomático, es imposible concebirlo de otro modo que como un “núcleo” que conserva una invariancia que le otorga continuidad y, al mismo tiempo, evoluciona de una manera que convierte cada instante en una “reedición modificada”.

Recordemos que “persona” (derivada de *per-sonare*, un sonar mayúsculo) era la máscara con la que se representaban, en el teatro griego, “personajes” (que los ingleses denominan un “carácter”). Mientras la mutilación de nuestros órganos no nos impida continuar viviendo ni destruya la conciencia humana que normalmente nos habita, continuaremos siendo “esa” persona. Pero no puede suceder sin que cada cual se integre, a su manera, con “la obra” que en “su” comunidad se desarrolla. No siempre nos damos cuenta, sin embargo, de algo que a veces nos sucede, frente a los avatares de la vida (en formas leves y precarias o en otras, duraderas, que no son tan moderadas): que “lo que somos” se diluye y se “despersonaliza”.

DIOS SE LO PAGUE

La viejita que camina con pasitos cortos le dice agradecida al médico que en el puesto sanitario la alivió de sus dolores: “Dios se lo pague”. El joven doctor no tiene todavía clientela y vive “por ahora” con sus progenitores. El Dios que le paga es el Estado, pero, dado que percibe menos de lo que gana un “experimentado” camionero, “sabe” que una parte de Dios está en su padre. Ver cómo la patología se presenta en la clínica al principio le generó cierto entusiasmo, pero la desidia que encontró en su entorno y la escasez de los insumos necesarios para el ejercicio de una medicina “razonable” consiguieron muy pronto desmoralizarlo.

Los padres del pequeño Felipe no estaban suficientemente contentos con la escuela en la que su hijo cursaba el tercer grado de la enseñanza primaria. Dejemos de lado los programas de lo que debieron enseñarle y que nunca respetaron, porque la gravedad de los problemas progresó rápidamente. No sólo se suspendieron cada vez más clases y los feriados se

multiplicaron, sino que además sucedió que no hubo tiempo ni lugar suficiente para que los compañeros se familiarizaran, y a la frecuencia con que las maestras estuvieron ausentes se agregó su progresiva falta de interés en la tarea. Una sola cuestión reunió las voluntades en una misma queja: el unánime reclamo por un “Estado ausente”.

Podríamos repetir episodios similares en el terreno de la justicia o de los distintos emprendimientos que gestiona el Estado. En todos ellos, y no por casualidad, encontraríamos dificultades similares, pero necesitamos el espacio para otras reflexiones.

De acuerdo con lo que dijo un periodista, Borges señalaba que *los argentinos negamos que nosotros somos el Estado* (el mismo al cual todo le pedimos). Desde un punto de vista intelectual, constituye una verdad de Perogrullo, pero “dicho así”, con tal “limpieza”, el genio de Borges, rebosante de armonía y de belleza, nos conmueve de la misma manera en que lo hace la fuerza ineludible y majestuosa de una puesta de sol, o la espléndida y misteriosa placidez del arco iris.

EL BALUARTE

Entendemos (Willy Baranger mediante) que el baluarte se constituye como aquello de uno mismo que nadie está dispuesto a resignar (cambiar de signo), ni siquiera para resguardar su propia vida.

Veamos aquello que, investigando en sus orígenes, hemos aprendido. *Dado que soy reo de un delito inadmisibile* (“sin perdón de Dios”, y con el cual oculto una impotencia que me aterra), *sólo me perdonan las personas que “no cuentan” para una verdadera absolución*. Estoy “convencido” de que no pueden “absolverme” quienes, por ser ingenuos, no me han descubierto en mi maldad, pero tampoco aquellos que si luego de conocerme es verdad que me aceptan es porque son “tan malos como yo”. (Una antigua novela, *La ciudadela*, de A. J. Cronin, gira en torno a ese “problema”.)

“Una cosa” que los años de experiencia psicoanalítica comprueban es que, por obra de la “psicodinamia” implícita en la constitución de una instancia superyoica, cada cual (es decir, “todo el mundo”)

vive custodiando su baluarte. Y la “otra cosa” que también nos enseñan es que, en virtud de esa particular constitución, destinamos una parte, más grande o más pequeña, de nuestra agenda cotidiana a las operaciones de negación, como las fiestas y gratificaciones compartidas, o de soborno, como donaciones y regalos.

Volvemos, otra vez, sobre el territorio ya trillado. Fiestas, gratificaciones, donaciones y regalos son cosas buenas en sí mismas. Su componente de maldad reside en la cuota de falsedad con que, desde un baluarte, se revisten.

Si es verdad que cada cual custodia su baluarte, “debo ser” uno más de los que viven inmersos en su inevitable “maquinaria”. Como en el inolvidable y conmovedor estribillo de “El cuervo”, de Edgar Allan Poe: “Sólo eso, y nada más”. Con una copa de alcohol que, acercándome a la etapa de cordero, intenta convencerme de que todos somos “en el fondo” buenos, comprendo mejor lo que significa escribir. Cuando algo se cocina, dentro de la olla, con el vapor a presión, hace falta una válvula de palabras que, periódicamente, evite la catástrofe de una incontralada explosión.

LAS TRANSFERENCIAS RECÍPROCAS

Se suele escuchar que los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla. Freud sostuvo que ocurre lo mismo con las personas. Pero su trabajo monumental nos demostró algo más. Dado que recordar es comprender, en su contexto pretérito, las circunstancias y la forma en las que un determinado acontecer fue “sentido”, ocurre que, cuando el recuerdo permanece reprimido, se procede, en la situación actual, actuando de la misma manera en que se procedió con aquella, re-sintiéndola. Esto puede conducir hacia una acción eficaz y adecuada a lo que hoy acontece (y si estamos vivos “sin necesidad de análisis” es porque así sucede en la inmensa mayoría de las veces), o concretarse, por el contrario, en un acto inoportuno y dañino. El psicoanálisis dirá que, en ambos casos, el adecuado y el inoportuno, la persona en cuestión transfiere la situación pretérita sobre el acontecer presente y re-siente “esta” como si fuera aquella.

Sólo a través de obtener ese re-sentimiento “en la consciencia”, logrará el psicoanálisis la suficiente

convicción necesaria para obtener un verdadero cambio. Por este motivo, Freud sostuvo que finalmente (y más allá del intelecto) todo deberá ser batallado en la transferencia.

En el vínculo entre un paciente y su psicoterapeuta, las transferencias son recíprocas, y dado que allí se reproducen los ligámenes entrañables que surgieron en la infancia, ambos sentirán, junto con algo concordante con lo que siente el otro, “algo propio”, complementario, que constituye la respuesta que la coparticipación genera. De más está decir que en cada uno de ellos puede predominar la complementariedad o la concordancia. Las dos son imprescindibles para que el psicoanálisis proceda. Pensar que no es así conduce a distorsiones que lo convierten en un sustituto espurio. Una regla fundamental del arte sostiene que es “casi siempre” preferible (porque siempre disminuye el trauma) “interpretar” desde una contratransferencia concordante, pero una cosa es interpretar *desde lo concordante*, algo que cuesta hacer consciente, y otra, muy distinta, es *limitarse a concordar*, omitiendo todo aquello que “duele” admitir.

SENTIMIENTOS Y PROBLEMAS

Suele decirse que una persona necesita psicoanálisis porque “tiene problemas” que no puede resolver y no lo dejan tranquilo. También suele decirse, con respecto a ese “tipo” de “cosa” que perturba, que son “dolores de cabeza”.

Aunque vivimos protegidos por un conjunto de “lemas” con los cuales procedemos sin tener que meditar en cada paso dónde ponemos el pie, si la cabeza duele (“pulsas y late” como si fuera la víscera cordial) es por obra de un “dilema” que acontece cuando la razón elige un lema y el corazón pugna por otro.

Dado que el hígado representa la inteligencia práctica, el corazón la emocional, y el cerebro la racional, frente a los acontecimientos no sólo surgen “problemas” que, bajo la forma cerebral de lo que debo hacer, nos ocupan (y a veces, para peor, nos pre-ocupan), sino que también surgen fracasos bajo la forma hepática de lo que puedo hacer, y frustraciones bajo la forma cardíaca de lo que quiero hacer.

No es casual que el psicoanálisis haya comenzado con el descubrimiento de que los síntomas desaparecían cuando se lograba, recordando un suceso reprimido, “liberar” el afecto. Reparemos en la rotunda afirmación freudiana: el único motivo de la represión es impedir el “desarrollo” de un determinado afecto. La palabra “desarrollo” alude, allí, a que el conjunto de acontecimientos secretores y motores, que configuran “ese” afecto, se producen. Freud sostuvo que los afectos son “procesos de descarga”, y que era necesario llevarlos a la consciencia para su “abreacción” (creando un nuevo término).

¿Pueden “desarrollarse” los afectos de manera inconsciente? Sí, pero no “de la misma manera”, porque si así fuera la represión no encontraría “una razón de ser”. ¿Qué debemos entender, entonces, por “de la misma manera”? A eso se refería Freud cuando afirmaba que, “hablando con propiedad, no existen sentimientos inconscientes en el mismo sentido en que existen ideas inconscientes”. Las ideas inconscientes son disposiciones permanentes; los afectos inconscientes, actualidades transitorias, que dependen de aquellas, y que sólo se registran y se desarrollan plenamente cuando logran acceder a la consciencia.

ACERCA DE LA CULPA

Sabemos que la culpa constituye uno de los cuatro gigantes del alma, que persisten como remanentes de un complejo de Edipo que, lejos de ser elaborado y “disuelto”, se reprime, “yéndose al fundamento” (en palabras de Freud) de un modo que (a pesar de lo que él dice) dista mucho de ser una represión exitosa. Veamos a qué nos conduce investigar en sus efectos.

La observación de lo que ocurre con los sentimientos de culpabilidad desmiente (y convierte su acontecimiento en una verdadera rareza) la difundida idea de que la culpa conduce a una eficaz reparación de lo dañado. Nuestro mundo está lleno de culpables que no mejoran su destino personal ni el colectivo. Freud señaló que los sentimientos de culpabilidad suelen conducir al delito. Lo cierto es que tales sentimientos despiertan fantasías de castigo que no se dirigen hacia la reparación de lo dañado, sino que, por el contrario, se agotan en la satisfacción neurótica que producen las actitudes reivindicatorias que se rigen por el principio “ojo por ojo y diente por diente”.

Para comprender lo que sucede con el “inmenso” problema de la culpa, puede ayudarnos acudir al significado de la palabra “crítica”. Es “pariente”, por su etimología, de los vocablos “discriminación”, “crimen” y “crisis”, y se la utiliza en dos sentidos. Uno, popular y reduccionista, se detiene en el significado de reproche. El otro alude a una noble tarea de elaboración que profundiza en su sentido.

Sólo en el primero de estos dos significados (que conduce al enorme y célebre capítulo resumido en la célebre frase “crimen y castigo”), la crítica (autogenerada o ajena) y los sentimientos de culpabilidad se juntan, consolidando ese “artefacto” inútil, malsano y maldito que a nada bueno conduce y que denominamos “culpa”. En el segundo significado, cuando la crítica lleva implícita una cuidadosa discriminación, el crítico avezado se transforma en un verdadero y amoroso “maestro” que engendra bienestar, aunque sólo lo sea en el instante en que ejerce adecuadamente su función. Tal como ocurre con una auténtica interpretación psicoanalítica que nace de las transferencias recíprocas, todo maestro genuino sigue siendo un alumno.

ACERCA DE LA ENVIDIA

Entre los cuatro gigantes del alma que nos quedan como remanentes de un complejo de Edipo que, en lugar de disolverse como producto de su completa elaboración, permanece reprimido, y “socialmente” atemperado, por obra de un proceso que, por ser predominante y habitual, suele considerarse una “represión exitosa”, la envidia sobresale, porque constituye un sentimiento que influye no sólo en la configuración de la culpa, sino también alimentando los celos y la rivalidad.

La etimología de la palabra “envidia” (ese “dragón de ojos verdes que aborrece al alimento que la nutre”), derivada de *invidere* (una mirada que “se mete adentro”), y la convicción popular de que constituye un “mal de ojo” corroboran que aquello que se envidia es algo que se ve y certifican que aquello que “entra por los ojos”, reactivando el dolor de una carencia, genera, como “defensa”, la fantasía omnipotente de que se puede dañar con la mirada. Es obvio, sin embargo, que por encima del ilusorio “mal de

ojo”, solemos disponer de recursos más eficaces para lograr destruir lo que envidiamos, cuando actuamos convencidos de que “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Lo que nos interesa ahora descubrir es cómo nace la envidia y cómo alcanza esa “conducta envidiosa”, inútilmente destructiva. El diccionario nos aclara que el vocablo también designa un “deseo honesto” y que ese significado ha caído en desuso en castellano. Se conserva en francés, en donde se dice habitualmente, por ejemplo, “tengo envidia de dormir”. Ese deseo originalmente “honesto” suele surgir acompañado por una disposición sentimental, por una inclinación del ánimo que podría llevarnos a pensar “qué lindo sería sí...”. Pero ¿sólo pensamos así después de algo que hemos visto realizado por otros? O, por el contrario, ¿lo que ahora vemos es aquello que “desde siempre” habíamos “soñado”?

Lo que convierte nuestro “deseo honesto” en una conducta inútilmente destructiva es la íntima convicción, jamás “duelada”, de que no realizaremos completamente nuestros sueños. Nunca envidiamos lo que los otros sienten, envidiamos lo que imaginamos que sentiríamos si estuviéramos viviendo “en su lugar”.

ACERCA DE LOS CELOS Y DE LA RIVALIDAD

Entre los cuatro gigantes del alma (que provienen de la persistencia de un complejo de Edipo que, aunque atemperado por los requerimientos del convivir, subsiste impertérrito e influye desde “los fundamentos” inconscientes de la conducta), es posible reconocer, junto a la envidia y la culpa, los celos y la rivalidad que, en un cierto sentido, “derivan” de aquellas.

Con la palabra “celos”, designamos a un estado afectivo torturante, que nos introduce en un capítulo fundamental de la “psicopatología”, cuya presencia ubicua, universalmente compartida, merece algunas reflexiones. Constituyen un sentimiento muy distinto de aquel al cual nos referimos con el vocablo “celo”, que alude al afecto positivo con el que se cuida y se custodia todo aquello que se ama.

Señalemos, en primer lugar, que ese dolor particular, que denominamos celos, entre cuyas características esenciales sobresale la pertinacia con la que se perpetua en un continuo sufrimiento, se apoya en la íntima y errónea convicción de que el único

amor verdadero es aquel que nos coloca en la primera prioridad.

En segundo lugar, pero no menos importante, nuestros celos llevan, implícita, la tortura “culpable” de lo que sentimos como una secreta deshonestidad, porque, cuando sufrimos celos, convencidos de que no merecemos el amor que pretendemos de esa maravillosa persona que amamos, vivimos siempre temerosos del “inevitable” instante en que, “muy pronto”, lo descubrirá.

En cuanto atañe a la rivalidad, reparemos en que con esa palabra (que deriva de la lucha, muchas veces superflua, por las aguas de un río, establecida desde sus dos riberas) nos referimos a una actitud que, si bien puede comprometer un sentimiento, constituye ante todo una conducta. Cabe señalar que, con demasiada frecuencia, se confunde la competencia, que designa una capacidad efectiva, con la competitividad, que alude, precisamente, a una conducta motivada por la rivalidad.

Constituye un error “de los gobiernos” el pensar que la competitividad estimula, sin más, el desarrollo, porque sólo puede funcionar hasta el punto en que se derrota al rival, dado que, a partir de allí, conduce al monopolio.

EL TEMOR DE LOS ÁNGELES

En 1987, se editó un libro maravilloso: *El temor de los ángeles. Epistemología de lo sagrado*, de Gregory Bateson y Mary Catherine Bateson. En ese libro, luego de la muerte de Gregory, su hija Mary publicó el contenido de “las conversaciones” que ambos sostuvieron bajo el signo de un proverbio que afirma: “Los tontos caminan sin cuidado donde los ángeles no se atreven a pisar”.

En el texto, encontramos el “credo” de Gregory:

Mi concepción de la magia es la inversa de lo que ha sido la ortodoxia en antropología. Es ortodoxo creer que la religión es un desarrollo de la magia. En cambio, yo miro la magia como un producto de la decadencia de la religión. [...] Los procedimientos mágicos presentan cierta semejanza formal con la ciencia y con la religión. La magia puede ser una forma degenerada y aplicada de la ciencia o de la religión [...] Estas dos especies de superstición,

estas epistemologías rivales: la sobrenatural y la mecánica, se alimentan la una a la otra.

El interés que me llevó a investigar en el “psiquismo hepático” me introdujo en su relación con lo ideal y con la inevitable bipolaridad entre lo angelical y lo demoníaco que adquiere lo sagrado, dado que ambos se relacionan inexorablemente de tal modo que lo uno no resulta concebible sin lo otro. La concepción de un paraíso no sería necesaria si no existiera el infierno que nos conduce a concebirlo.

Cuando de religión se trata, podemos comprender la meditada afirmación de Goethe: “El que tiene arte y ciencia tiene religión; el que no tiene ni arte ni ciencia que tenga religión”. Sin embargo, ante tanta basura santurrona, cuya hipocresía, lejos de construir, destruye lo que toca, no podemos evitar sufrir un desanimante desengaño.

Los tontos caminan sin cuidado... Nada más cierto hoy... cuando en un noticioso televisado una persona, siempre con su misma cara, se ríe “divertida” mientras denuncia una inmoralidad, enuncia “seriamente” una tragedia que conmueve y recomienda, sin intervalo alguno, un producto que considera espurio, como si realmente creyera que no existe otro mejor.

ENTENDER LO QUE SE SIENTE

En sus diálogos con Guillermo Boido, Porchia dice, refiriéndose al sentir y al comprender (con el sentido de entender) la poesía: “Creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”, y en seguida añade: “Quien dice la verdad casi no dice nada”. Solemos pensar que todo se resuelve al entender los motivos de lo que se hace y de aquello que se siente, y ese prejuicio ha calado tan hondo como para que se piense que allí reside el objetivo de la terapéutica psicoanalítica. ¿Por qué decimos que es prejuicio?

Cuando escuchamos el “Sueño de amor”, de Liszt, o la “Patética”, de Beethoven, y nos conmueven, no sólo acontece que sentimos mucho, también ocurre que, si no nos motiva el intento de “deshacer” lo que sentimos, no necesitamos entender los pormenores de su construcción armónica o melódica, porque la experiencia nos enseña que una y otra cosa (entender y deshacer un sentimiento) van unidas. ¿Por qué sostenemos, entonces (repetimos), que allí se halla

implícito un prejuicio que invade el ejercicio del psicoanálisis?

Si tenemos en cuenta que la interpretación psicoanalítica hace consciente lo inconsciente reprimido y que el único motivo de la represión es impedir el desarrollo de un determinado afecto, ya no se trata, entonces, de “entender lo que se siente”, es decir, explicarlo de manera racional y reflexiva, gracias al “cerebro” del psicoanalista, sino de “admitir” lo que se siente, y eso ocurre cuando, a través de su “corazón” (permeabilizado en su propio psicoanálisis), el psicoterapeuta logra tramitarlo mediante su intuición “senti-mental”.

No se trata, pues, de “la verdad de los hechos” ni de la verosimilitud de sus versiones; se trata, en cambio, de la operatividad de los mitos (o, si se prefiere, del poder transformador de las fantasías conscientes e inconscientes), porque, tal como señala Borges, usando como ejemplos a Don Quijote y Sancho y a Sherlock Holmes y Watson, poco importa la “realidad” de sus presuntas hazañas, sólo importa el maravilloso encanto de la amistad que sentimos hacia ellos.

LO QUE LE SUCEDE A JUAN PÉREZ

Porchia expresa, en una de sus conversaciones (que se publicó en la revista *Confirmado*): “Uno no se encuentra como yo, como uno. Se encuentra como cosas, como personas, como tiempo”. Señala, así, que nuestra consciencia “normal”, más allá de que, al percibir, siempre sentimos, trascurre volcada hacia la percepción del mundo en que vivimos. La experiencia nos enseña que, cuando estamos “bien”, sin ningún problema acuciante de por medio, jamás se presenta en nuestra mente ni acude a nuestros labios la palabra “yo”.

Si pensamos en lo que sucede con Juan Pérez (ilustre representante de “la gente”), veremos que ese modo de transcurrir “hacia afuera” no le impide invertir, con frecuencia, la dirección de su mirada, para contemplarse en lo que logra y descubrir a qué distancia está de ser como quisiera.

En las innumerables veces en que asume la actitud de reparar en todo aquello que “le falta”, lo hace convencido de que podrá, “sabiendo lo que busca”,

acercarse a la meta que persigue, aunque aquello que, cada vez que lo hace, suele sucederle es encontrarse, siempre, demasiado lejos. Así, debatiéndose, entre la desmoralización y la queja, prosigue torturado, sin encontrar el alivio que desea.

Si nos preguntamos ahora qué podría liberar a Juan Pérez de su reiterada tortura, lo primero que acude a nuestra mente es que, además de mirar aquello que le falta, no se olvide de reparar en todo lo que tiene. ¿Por qué no lo hace? ¿Siente, tal vez, que necesita ocultarlo para lograr que le otorguen lo que desea recibir? Su-brayemos, además, que nada le impide irse a dormir en el living, mientras restaura el techo del dormitorio en donde gotea cuando llueve.

Recurriendo, una vez más, a la sabiduría de Porchia, recordemos que escribe: “En todo mal hay algo bueno, y eso bueno ¡qué bueno que es!”. ¿Por qué no recorrer, entonces, en un sucinto panorama, y justamente en los momentos en que lo malo apremia, lo bueno que hoy tenemos, en aquello que hemos logrado y en lo que somos?

EL SUEÑO Y LA VIGILIA

“Silencio en la noche, / ya todo está en calma, / el músculo duerme, / la ambición descansa”. ¿Será así, como lo recita esa canción? ¿O sucede lo contrario? ¿Cuántas veces nos hemos despertado diciendo que, por suerte, ha sido un sueño? Pero, dado que soñar es algo que realmente sucede, ¿en qué clase de realidad sucede lo que en los sueños con tanta fuerza sentimos? ¿No dice Shakespeare que estamos hechos con la tela de la que están hechos los sueños? Junto a la materia, perceptible, que se puede describir, existe lo que alucinamos en los sueños, que suele desvanecerse sin adquirir un nítido contorno.

El tercio onírico de nuestra vida cotidiana ¿no será tres veces más “intenso” que los dos tercios que transcurren en vigilia? Sabemos que dormir no es descansar, sino cerrar las puertas y ventanas para acomodar “en los estantes” lo que, a través de ellas, acaba de ingresar.

La realidad cronológica de los hechos materiales, transitorios y cambiantes, es mortal y temporal. La

onírica es “otra realidad”, intemporal e inmortal, que siempre renacerá de las cenizas, como el ave fénix. Las palabras que procuran atrapar un sentido se marchitan durante la vigilia, como se degradan los hechos materiales. El sentido, siempre escurridizo, que se alcanza y se diluye en significados inconexos, inmarcesible e inmortal, perdura, inabarcable, en la vida onírica, en donde emerge como un sueño sensorial.

Lo que el cerebro racionalmente divide en antecedente y consecuente constituye una forma cronológica exclusiva que surge junto con otra, “cardíaca”, diferente e intuitiva que, ocurriendo en un presente atemporal (que unifica presentimiento y recuerdo), es inclusiva.

El pensamiento racional, exclusivo, que permanece “inconcluso”, y el sentimiento intuitivo, inclusivo y concluyente, penetran en la configuración de un ego que sólo puede ser siendo con otros. Ambos (lo exclusivo e inconcluso y lo inclusivo y concluyente) se construyen lidiando con los “sueños” (diurnos) ideales de un yo-tú que, inalcanzable en la vigilia, oscila entre la nostalgia y el anhelo, pero que se realiza, perdurable, en el alucinado mundo de los sueños.

LAS PESADILLAS Y LOS SUEÑOS

La palabra “sueños” (que difiere del vocablo “sueño”, que designa el dormir, una empresa activa que se dedica a elaborar los “restos” del día transcurrido) alude a tres significados distintos, íntimamente vinculados. En primer lugar, designa las alucinaciones, predominantemente visuales, que transcurren mientras dormimos, y que algunas veces, ya despiertos, podemos, en parte, recordar. Existen, además, “sueños diurnos”, ensoñaciones a las que “nos entregamos” en algunos momentos de nuestra vida de vigilia. También aludimos con esa palabra a un ferviente deseo cuya realización se juzga improbable.

El psicoanálisis permite afirmar que los sueños “oníricos” (pero también las ensoñaciones diurnas o los intensos deseos que durante la vigilia se hacen conscientes) no sólo representan la realización enmascarada de deseos reprimidos de naturaleza erótica o destructiva, sino también la elaboración de situaciones traumáticas (ligadas tanto a su frustración como a su satisfacción) que permanecen vigentes.

Pero lo que nos interesa destacar ahora es que Freud subrayó que el primer y universal propósito de los sueños “oníricos” consiste en evitar que el dormir se interrumpa “trucando” lo que con ellos se intenta elaborar, para poder “sortear” la represión. Cuando esa función “protectora” fracasa “a raíz” de una producción onírica “perturbadora”, utilizamos la palabra “pesadilla” (cuyo significado se extiende, luego, para involucrar situaciones torturantes interminables) para designar, precisamente, ese tipo particular de producción onírica que conduce, siempre, a que la persona que sueña despierte angustiada.

Solemos distinguir, entonces, los sueños que ya despiertos recordamos, con distintas connotaciones afectivas, de las pesadillas, que muchas veces hemos preferido atribuir, ingenuamente, a perturbaciones digestivas. Sin embargo, si tenemos en cuenta que (en íntima concordancia con lo que nos revelan los trazados de la neurofisiología y especialmente el registro de los movimientos oculares) es muy probable que la actividad alucinatoria onírica (a pesar de su predominio visual) sea, cuando dormimos, multisensorial y permanente, deberíamos pensar que, frente a la actividad “completa” del soñar, esos pequeños “retazos” que a veces recordamos funcionan como minipesadillas que alteraron la placidez de nuestro dormir protegido por sueños que permanecen ignotos.

EL DÍA QUE ME QUIERAS...

Decíamos en un apunte anterior que, en nuestra vida intrauterina, antes de ser alguien, fuimos empezando por ser “algo”, en un mundo constituido por otro ser que era todavía una parte inseparable de nosotros mismos. Allí fuimos un huevo que “custodiaba” dos simientes. Mucho mucho “tiempo biológico” después, de allí “salimos” asumiendo esa distancia que se llama nacimiento, sin dejar de trasportar en cuerpo y alma recuerdos inconscientes de aquella “historia” intrauterina de reconocimiento “químico”, entretejida con sabores, perfumes y sonidos. Nunca dejamos de vivir “para ella”, transfiriéndola en nuestra relación “de piel” con otras cosas y personas, y la primera de esas transferencias ocurrió con nuestra madre neonatal, que nos dejó, como añoranza primordial, un infantil “rescoldo” con el que nos reunimos cuando, enamorados, nos sentimos conviviendo un enamoramiento que es correspondido.

¿Por qué volver ahora sobre el mismo asunto? Nos interesa comprender qué nos sucede en los

abundantes momentos que trascurren muy lejos de un enamoramiento recíprocamente compartido.

Ortega y Gasset, en “La carta del rey”, relata la historia de un niño muy enfermo que desde la ventana del lugar en donde está internado divisa, en otro edificio, la bandera de España, y así se entera de que una oficina entrega “cartas” que los seres humanos, unos a otros, se dirigen. Pregunta si podrá entonces enviar una carta al rey, y ante la respuesta afirmativa una luz de ilusión brilla en sus ojos. Todos vivimos, señala Ortega, instalados en una ilusión semejante, y sin ella ya nos hubiéramos entregado a la muerte, como un can reventado, en el costado de la ruta.

Vivimos “pudiendo” conservar esa ilusión, que nos llena de esperanza, pero también sin haber logrado jamás consolidarla. Por eso, cuando alguien, entre las personas que habitan nuestro entorno, se enoja o se ofende por algo que hemos hecho, sentimos, con mayor o menor consciencia, que algo nos “aterra”.

Mientras tanto, en el fondo del oscuro túnel de la indignidad, una luz de esperanza, inseparable de la vida, da lugar a una canción: “El día que me quieras”.

LOCO SÍ, PERO ¿CUÁNDO?

Sabemos que establecer un juicio es relacionar un sustantivo con un adjetivo (sujeto y predicado) mediante el verbo “ser” (en forma afirmativa, negativa o interrogativa). Un sano juicio es una función del intelecto que, en distintas circunstancias, puede trascurrir perturbada. Cabe distinguir las alucinaciones y delirios, como deformaciones de la realidad objetiva, de las distorsiones emocionales “interpretativas” (catatímicas) de una subjetividad que constituye otra realidad. En el primer caso, solemos hablar de psicosis; en el segundo, de neurosis. Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas.

La lúcida sentencia de Wilfred Bion (el insigne psicoanalista inglés), cuando señala que toda la diferencia entre un genio y un loco radica en la cantidad de gente que ambos logran convencer, o de la afirmación “desde la calle”, que la tragedia de un loco reside en que un cuerdo no lo comprende pero otro loco tampoco, no agotan la cuestión.

Un delirio, desde la psicopatología, consiste en la acumulación de datos, argumentos e interpretaciones

que procuran justificar una conclusión previamente asumida. Por su magnitud y por el grado de “compromiso”, se distingue de las racionalizaciones frecuentes. Reparemos en que la psiquiatría describe un “delirio sistematizado”, que el enfermo teje en secreto, y que suele permanecer oculto para las personas con las cuales convive.

Cuando, en un tratamiento psicoanalítico o en nuestra vida cotidiana, los habituales avatares de los trastornos emocionales con los cuales lidiamos se agravan ante la emergencia de episodios que atribuimos a “un núcleo psicótico”, solemos asumir que ese núcleo “que allí permanece” teñirá todo lo que la persona “que lo padece” produzca. Y, sin embargo, no será de esa manera como el trastorno funcione. De un modo similar a lo que ocurre con aquellos que se describen como sistematizados, el delirio sólo surgirá cuando algo “toque” ese punto sensible. Es importante tenerlo presente. No sólo porque “de poeta y de loco todos tenemos un poco”, sino también porque vivimos en una época en la cual las situaciones críticas aumentan, día a día, de un modo acelerado que “se hace insoportable”.

ACERCA DE LA ERUDICIÓN ESPURIA

En una época como la que transitamos hoy, en donde tanto abundan los eruditos falsos (que, para colmo, acostumbran opinar ignorando los inevitables límites de toda disciplina), duele contemplar la impune repetición del incesante fárrago de argumentos inútiles que pretenden identificar a los presuntos culpables de lo que ocurre, justificando un desatino ubicuo de raigambre compleja.

Exponer una vez más lo que sentimos frente a la injustificada arrogancia (con la que se intenta, con un palabrerío inconsecuente y con pensamientos inauténticos, ver la paja en el ojo ajeno, ignorando la biga que obstruye el propio) no tendría sentido si no fuera porque me anima el deseo de subrayar un aspecto singular que prefiero transmitir a través del relato de una experiencia que labró una huella profunda en mis años juveniles.

Emilio Gouchón Cané (sobrino nieto de Miguel Cané, el conocido autor de *Juvenilia*) fue mi profesor de Lógica en el Colegio Nacional Juan Martín de

Pueyrredón, en donde transcurrió mi educación secundaria. Entre sus alumnos, algunos asistíamos fascinados a sus inteligentes comentarios sobre las más diversas cuestiones. Nunca le molestó que el resto de nuestros compañeros apenas lo escuchara.

Un día en el que entró al aula sonriente y “divertido”, nos contó lo que había sucedido en el salón en donde solían reunirse los profesores en los intervalos entre clases. Si lo reproduzco ahora, es porque, además del enorme significado que acumulan los errores de pensamiento como el que surge del episodio que relato (que son muy frecuentes), el ingenio con que fue destacado produce un efecto humorístico que imposibilita su olvido.

En la reunión de profesores, Emilio estaba diciendo que no sabemos “qué es” eso que llamamos instinto, cuando recibió, con asombro, la siguiente afirmación: “Ustedes, los filósofos, lo ignoran; nosotros, los médicos, sabemos qué es el instinto”. Emilio, naturalmente, le pidió a esta persona que se lo definiera, y cuando recibió como respuesta que “el instinto es la manifestación externa de una necesidad orgánica”, se entregó al placer de contestarle: “Creo que en lugar de definirme el instinto, me has definido el sorete”.

HASTA DÓNDE...

Antes de introducirnos en el tema que nos ocupa, cabe referirse al proceso que denominamos “duelo”, para señalar la importancia que posee distinguir las ocasiones en que la oportunidad reside en insistir, de aquellas en las cuales es preferible desistir.

Es necesario reparar en que, sean cuales fueren nuestros logros, siempre representarán una transacción entre lo que obtenemos y el duelo por aquello que debemos resignar. Surge, entonces, la necesidad de comprender que nuestra capacidad para enfrentar el dolor de la renuncia inevitable que caracteriza, en general, a todo duelo aumenta en proporción directa con el crecimiento de nuestra posibilidad de concebir otras metas, adecuadas y saludables, con las cuales podremos sustituir lo que nos falta.

Indagar en la cuestión de “hasta dónde” es posible llegar con la psicoterapia psicoanalítica, que surge desde el campo de nuestra práctica profesional, lleva implícita otra, más amplia, acerca de las inevitables circunstancias que limitan nuestros deseos de ejercer

una influencia benéfica sobre los seres que amamos y, en última instancia, ¡sobre nuestros propios defectos! Entre los dilemas que constituyen nuestros “dolores de cabeza”, quizás no haya otro como este, que ahora nos ocupa, porque, dado los afectos que compromete, se nos presenta como nuestra peor disyuntiva.

¿Qué podemos decir, entonces, frente a la intensidad del dolor que nos alcanza cuando llegamos a la conclusión de que las circunstancias nos imponen una distancia, jamás imaginada, precisamente con aquellos seres, muy significativos, que han recibido “desde antiguo” la transferencia del rescoldo que guarda los recuerdos entrañables de nuestra tierna infancia, que se “proyectan”, hoy, en aquellos para quienes vivimos, haciendo todo lo que al vivir hacemos?

Inútil es decir que es algo que hemos elegido. Hemos nacido sin querer, y sin querer morimos, y es por eso que no tiene sentido sostener que lo que fue pudo ser de otra manera. Frente al presente, en cambio (con su repercusión en el futuro), nos sentimos libres, y es allí en donde, duelo mediante, lo que podemos lograr vale la pena que, inevitablemente, trae consigo.

**PADRE... TÚ NUNCA ME HAS ABANDONADO,
FUI YO**

Siempre creíste en mí, y en lo que yo podía,
y en las horas tristes en que la maldad acontece,
pudiste comprender lo que sentía,
pero insististe en que lo bueno siempre prevalece.

Ya en la soledad de tu vejez,
cuando en el canto del jilguero encontrabas
[compañía,]
nunca dejaste de recordarme en mi niñez,
y supiste comprender la enormidad de lo que yo
[desconocía.]

Yo me alejé... sin duda, me alejé creyendo que sabía.
Con la confianza que pusiste dentro de mí,
pensé que ya habría tiempo para volver... un día.
¡Recién comprendo algo de lo que de ti perdí!

Ahora, padre, yo soy el viejo que ya vio,
y comprendo, como tú entonces comprendiste,

qué fácil es llegar a lo que siempre sucedió,
repitiendo, una vez más: “¿Por qué no me dijiste?”.

He avanzado más años que tú, en las claudicaciones
[del anciano,]
y si nunca se ha desdibujado mi diálogo contigo,
es porque recuerdo cómo me llevabas de la mano
y he sentido, siempre, que tu corazón late conmigo.

Hoy sé lo que yo no pero tú sí sabías,
porque tú ya una vez, como fui yo, habías sido.
Hoy puedo entender lo que entonces decías,
recién ahora, cuando crecí, y cuando ya te has ido.

Junio de 2022

ROMANTICISMO

Entre las formas encubiertas de la melancolía, la más sutil es, sin dudas, el romanticismo, que ha generado productos cautivantes de singular belleza. Dado que, en nuestra civilización occidental, hubo un período con un claro predominio de la producción romántica, cabe preguntarse a qué se debe que haya ocurrido de ese modo. Dado también que, como psicoanalista, mis conocimientos sobre la civilización y la cultura no son suficientes para esclarecer el tema desde la sociología, procuraremos comprender en el ser y proceder de cada cual qué motivos sostienen una inclinación romántica que fue tan predominante (en una época bien delimitada).

La cuestión nos conduce hacia nuevas reflexiones acerca de los procesos de duelo, que sólo aparentemente nos alejan del romanticismo. Solemos pensar que la realización de un duelo apaga el dolor de lo perdido gracias a la verdad de un triple aserto: “No hay mal que dure cien años”, “el tiempo todo lo cura” y “a todo se acostumbra uno”. Forma parte de lo mismo

sostener que añorar aquello que se ha ido constituye, en cambio, la melancolía. Sin embargo, vale la pena retornar sobre ese asunto “clásico”, para reparar en algo “nuevo” que motiva nuestras reflexiones sobre el “encanto” de una versión romántica.

Recordar con beneplácito y cariño las cosas muy buenas que tuvimos, lejos de configurar, inevitablemente, una penuria, puede constituir, en verdad, una fuente de bienestar y de alegría. Porque descubriremos entonces que conservamos un acervo “desatendido” (por un exagerado temor al sufrimiento) de recuerdos que continúan en nosotros vivos. Por qué desperdiciarlos, entonces, cuando podemos volver “sobre ellos” desde hoy, para obtener, repasando y rumiando sus detalles, un placer nuevo que completa aquel otro, de ayer, que sólo parcialmente tuvimos en su origen.

La sabiduría que se conserva en los dichos populares resume en una frase la riqueza de ese acervo que tantas veces despreciamos, cuando expresa, desde una vitalidad que persiste: “Quién me quita lo bailado”. Nada tiene de soberbia, ser capaz de resentir, en la boca, el gusto de lo que ayer se ha saboreado.

CUANDO EL PÁJARO SE PARA EN LA ESCOPETA

Cuando un colega supervisa con otro de mayor experiencia el material de una sesión, podemos ver, por ejemplo, que su paciente comienza diciendo que se siente mejor, y que esto puede ser interpretado como una huida hacia la salud. Podría decirse que esta situación que describimos (o alguna otra similar) constituye un acontecimiento que, por su frecuencia, puede ser considerado típico. Trascurre con la aceptación, por parte del paciente, de que sus actos, más allá de la intención manifiesta que evidencian, satisfacen una intención oculta y reprimida que puede ser interpretada por el psicoanalista.

Es muy distinto, sin embargo, lo que sucede cuando el paciente asume que no todo lo que vive, mientras se psicoanaliza, surge motivado por una intención distinta de aquella que conscientemente reconoce. La cuestión carecería de importancia si no fuera porque suele suceder que, precisamente en ese punto, es donde se esconde el peñón más abrupto que limita la posibilidad de obtener el progreso más

valioso. La enorme repercusión que esa actitud adquiere (dentro y fuera del psicoanálisis), en el destino de una persona, suele pasar desapercibida, en primer lugar, para sí misma, porque cuando alguien la asume el grado de elaboración que puede conservar en esas circunstancias se reduce a un mínimo insignificante. Pero es necesario reconocer además que habitualmente trascurre de manera inconsciente también para un entorno que no le presta suficiente atención.

Encontramos un ejemplo muy esclarecedor en la caracterización del personaje protagónico de la película *About Schmidt* y en su patético modo de debatirse procurando evadir una cárcel que él mismo se ha forjado desde una pseudolucidez que esconde su verdadero grado de inconsciencia, en diálogos absurdos con un interlocutor ficticio. La herida por donde su vida se desangra permanece abierta, de ese modo, porque no ha logrado encontrar un sustituto para su labor de actuario, que a nadie parece interesarle, para su mujer, que se ha muerto sorpresivamente, ni para su hija, que casi no lo necesita, o lo necesita para algo que a él no lo satisface.

"A QUIENES HOY EXTRAÑO..."

He llegado de pronto, "como quien no quiere la cosa", a la necesidad de adquirir un cierto derecho a la impudicia que, inevitablemente, si no se la declina (por temor al ridículo) se adquiere por el simple transcurrir de una vejez que insiste en perdurar y se resiste a refugiarse en el silencio.

En algún lado están quienes conmigo son. Lo prueba el hecho de que puedo hablarles. Frente a ese inmenso cielo azul... carece de sentido el insistir en una subsistencia material de lo que amamos, cuando la realidad nos testimonia que a los castillos de arena muy pronto se los lleva el mar, mientras una fantasía, que se renueva en cada ser, recrea permanentemente el palacio soñado.

Podemos hablar, eso sí, ahora "entre nosotros", aunque, para lograrlo, tengo que imaginar lo que dirían..., y la verdad... es que, hasta cierto punto, puedo. No estaba claro, sin embargo, que, cuando ustedes abandonaran mi entorno cotidiano, se llevarían una parte tan grande de mi vida. ¿O debería decir de mi

historia? Pero ¿importa acaso esa diferencia? ¡Vaya a saber quién soy!

Cuando ustedes se fueron, se llevaron una parte del amor que me otorgan otros seres queridos de mi entorno. ¡Un amor que funciona sostenido por el amor que me otorgaron! Con una dedicación indudable, casi nunca se propusieron traicionarme (¡sólo me exigieron, a veces, que traicionara la vocación que orienta mi camino!). Con frecuencia, admiraron mis logros como si fueran vuestros y, en parte, ¡siempre lo fueron!, aunque algunos de esos logros hayan surgido en aquellas ocasiones en que me abandonaron (porque no hice, o no fui, lo que querían).

Cuando veo el contexto en que se desarrollaron nuestras vidas, veo una mezcla sorprendente entre ustedes y yo. Reconozco que he llegado a lamentarme, estúpidamente, de funcionar “contaminado”... como si fuera una “desgracia” no ser “únicamente yo”. Pero es absurdo que alguna vez me haya disgustado esa supuesta contaminación de mi destino, mientras me agrada, y me conmueve, haber sido, con ustedes, lo que hoy somos.

ENTRE FALLIDO Y FALLUTO

En virtud de su origen, “fallido” y “falluto” significan lo mismo, un fracaso de algo que debió ser de otra manera. Conviene reparar en que fracasar casi nunca constituye una verdadera tragedia. Por su uso coloquial en Argentina y Uruguay, “falluta” (también “fayuta”) alude a una persona traidora, desleal e hipócrita y, dicho de una herramienta que falla, denota que pierde su resistencia. Algo similar ocurre con el uso de la palabra “trucho”, que se supone proviene del lunfardo, en donde adquiere el significado de “hacer pasar una cosa por otra” presentando una cara (una trucha) que no es la legítima.

No tendría sentido reparar en los significados que hemos resumido si no fuera porque vivimos en una época en la cual abundan, en cualquier tipo de oficio o profesión, se trate de políticos, médicos, ingenieros, abogados, profesores, maestros o artesanos, una cantidad “predominante” de representantes que desde la falsedad de sus méritos, y de sus actitudes, se han convertido en truchos. La cuestión de una

“fayutería” actual, invasora y ubicua nos conduce, con urgencia, hacia otras reflexiones.

Debemos tener en cuenta que creer que lo que viene siempre es igual a lo que fue, y que “se repite en lugar de recordar”, se completa comprendiendo que las supuestas reiteraciones son, en verdad, reediciones que contienen algún cambio que no siempre logramos asumir. Si es cierto que (de acuerdo con Antonio Machado) “se hace camino al andar”, y que (como señala Jorge Manrique) los caminos de la vida fenecen en el mar, que es el morir, también es cierto que “contigo aprendí” que, a pesar de cuánto duele, “no hay mal que por bien no venga” o, para decir lo mismo de otra forma, “que el conocimiento vale lo que cuesta”. Es fácil comprender, desde allí, que “proyectar” no sólo es prepararse frente a las inclemencias del destino, también es arrojar hacia adelante, con incauta simpleza, la ilusión que nos sostiene, como el náufrago arroja la botella con la carta que concentra la ucronía de encontrarse con aquello que perdió.

Y LOS SUEÑOS... SUEÑOS SON

En la obra *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca, el rey Basilio mantiene a su hijo Segismundo (que ha demostrado ser cruel y despiadado) recluido en una torre, en donde permanece confuso y sin poder alternar, de manera cotidiana y sucesiva, entre el dormir normal y la vigilia. Dejando de lado la profundidad con que aborda el drama edípico y sus trágicas repercusiones en la sucesión del reinado, el relato nos recuerda episodios similares que se han utilizado, como método de tortura, con algunos prisioneros a los cuales se les impedía dormir. La obra culmina con un monólogo final que se cita con frecuencia: “¿Qué es la vida? Un frenesí. / ¿Qué es la vida? Una ilusión, / una sombra, una ficción, / y el mayor bien es pequeño, / que toda la vida es sueño, / y los sueños sueños son”.

Con la palabra “sueño” (que solemos utilizar para referirnos al acontecimiento cotidiano que también denominamos dormir), designamos una producción psíquica peculiar, “onírica”, caracterizada por

un claro predominio de imágenes visuales y, por fin, aludimos con ella a un deseo muy intenso cuya realización parece improbable (recordemos el célebre discurso de Luther King “Tengo un sueño”).

Conmueve reparar en el intenso componente afectivo que compromete la palabra “sueño”, aunque falta todavía mencionar un aspecto que fue señalado por Freud cuando sostuvo que los sueños constituyen la *via regia* del psicoanálisis. Esa importante sentencia (con frecuencia banalizada en el malentendido de que se refiere al análisis de los sueños durante la sesión psicoanalítica) subraya que comprender la “ingeniosa productividad” de la actividad onírica nos familiariza con el modo en que procede lo inconsciente.

El lenguaje popular no ignora las premoniciones que los sueños revelan, ni el hecho, incontrovertible, de que constituyen “el lugar” en donde se suele presentar, por primera vez, lo inusitado. Lo prueba una sentencia que con cierta frecuencia se repite “esto no se me hubiera ocurrido ni en sueños”. Pero también es cierto que allí (¡y sólo allí!) perdura, inmarcesible y “vivo”, todo aquello que, porque no se ha logrado, nos otorga un motivo.

PSICOANALIZARSE

En una época en que tanta gente “se psicoanaliza” o recurre al psicólogo (y se oye decir que Freud “ha sido superado”), es necesario admitir que, con nombres demasiado parecidos, se hacen cosas distintas. Si hacer consciente algo que permanece reprimido despierta una tenaz resistencia (que procura imponer un “ritmo” a la tarea), ya no nos asombra que procedimientos tan diferentes se adjudiquen resultados sin fundamentar su pretendida eficacia.

Repasemos algunos lineamientos esenciales. El más simple (y el más erróneo) es el modelo “médico mecánico”, de acuerdo con el cual se trata de un aparato descompuesto y el psicoterapeuta debe componerlo, mientras el paciente se limita a consentir pasivamente, delegando su responsabilidad en el profesional que ha contratado. Aparece, de inmediato, el modelo “pedagógico”, que confunde el psicoanálisis con un puro aprendizaje. Allí debemos funcionar como un “gurú” que “se las sabe todas”, o una especie de *personal trainer*, y el buen paciente es dócil y obediente.

Una variante frecuente deriva de la incorporación del psicoanálisis dentro de una psiquiatría denominada “dinámica”, especialmente proclive a que un mismo facultativo mezcle las interpretaciones con la prescripción de fármacos.

Podemos abandonar ahora estos modelos perimidos para mencionar las dos formas vigentes y correctas de ejercer el psicoanálisis. La primera, “clásica”, racional y reflexiva (que encontramos en Freud), deriva de la afirmación freudiana de que lo intelectual también es un poder, aunque de los que actúan “a la larga”. La segunda, mucho más difícil y eficaz, proviene de una actitud senti-mental e inclusiva que, derivada del reconocimiento de que vivimos en un presente atemporal, huye del enfoque cronológico (caracterizado por el aquí y ahora como allí y entonces) para afrontar la permanente vigencia de un punto de urgencia ubicuo que, por obra de la contra-transferencia operante, la interpretación, en lugar de “vehiculizar” (como creímos), en realidad acompaña. Si es cierto que “yo lo vendo, pero Dios lo cura”, el psicoanalista hará consciente lo inconsciente, pero será siempre el paciente quien ponga carne en la herida.

PAÍSES Y PERSONAS

Los países, como las personas, pasan por períodos mejores y peores, y en eso se parecen, a pesar de que solemos dar por sentado que son muy diferentes. Con frecuencia, sostenemos que para mejorar nuestra vida cotidiana alcanza con “expatriarse”, emigrando del terruño en que nacimos (desoyendo al viejo Vizcacha cuando afirma: “Vaca que cambia querencia / se atrasa en la parición”). También asumimos “naturalmente” que el destino de los países depende de quienes los gobiernan, y el de las personas, de la voluntad con la que enfrentan sus dificultades.

Una creencia popular afirma que, si cuando se pasa por debajo de un puente en el momento en que lo atraviesa un tren se formula un deseo, ese deseo se realizará. Podemos aducir, a su favor, que los deseos que se nos ocurren súbitamente son deseos genuinos, y que por eso se cumplen con mayor frecuencia que los falsos. ¿Habría un equivalente, en los países, de aquello que en las personas configura un auténtico deseo?

Recuerdo un diálogo entre periodistas en el que se discutía sobre dónde reside el poder que gobierna un país. ¿En el Poder Ejecutivo, el Judicial, el Legislativo? ¿En la información que se conserva en los servicios de espionaje? A poco que lo pensemos, llegaremos a una verdad de Perogrullo: lo único que logra ejercer ese poder es la “opinión pública”, en su mayor parte inconsciente, que habita en la comunidad que se reúne en torno de un Estado.

Cae, entonces, por su propio peso que (en países o en personas) *pensar bien o mal se ha convertido en un asunto grave*. Pero ¿es esta, acaso, una conclusión extraña? Vemos una y otra vez que lo mal pensado (y no me refiero a la malicia) que emocionalmente nos conforma (con el “encanto” de los caminos fáciles) nos conduce reiteradamente a equivocarnos.

Para colmo, no sólo la consciencia (condicionada para registrar “lo que no anda”) siempre nos lleva a ver el medio vaso vacío, sino que además (como lo ha dicho Proust) la costumbre “retira” lo que la atención nos muestra.

DENTRO DE TODO

Hemos subrayado que la consciencia humana está condicionada para prestar especial atención a todo aquello que, en nuestra relación con el entorno que constituye nuestra circunstancia, impide que nuestros deseos se realicen plenamente. (Recordemos que Ortega señala que mi vida se constituye con mi circunstancia y eso que denomino “yo”.) También reiteramos, en numerosas ocasiones, que tal disposición nos conduce a que prestemos una preferente atención a las *fake news*. Y que cabe suponer, además, que el hecho de que las noticias falsas se difundan con una velocidad seis veces mayor que las verdaderas sucede porque satisfacen nuestro deseo de atribuirles “la causa” del malestar que nos aqueja.

Así, cuando funcionamos apresados en una justificación que nos libera de la responsabilidad, pagamos desaprensivamente, por la “inocencia” que adquirimos, el excesivo precio de declararnos impotentes. Es obvio que, si aducimos no ser parte del problema, tampoco lo seremos de la solución. Frente a tales

circunstancias, que derivan de que nos refugiamos en la irresponsabilidad, ¿qué remedio nos queda?

Si recurrimos, para encontrarlo, a las metáforas que la navegación nos otorga (recordemos que Freud suscribió el lema de la Confederación Hanseática, que reza: “Navegar es necesario, vivir no”), reparamos en el consejo de que, además de no olvidar, en la dorada bonanza, la posibilidad de precipitarse en la oscuridad de una tormenta, vale tener presente, en plena turbulencia, que el sol no ha dejado de brillar.

En otras palabras: si existe un proverbio que se atreve a proponernos resignificar toda desgracia, afirmando con resolución valerosa “que no hay mal que por bien no venga”, bien podríamos decir “dentro de todo”, como a veces lo hacemos, motivados porque nuestras tendencias vitales no siempre se agotan frente a la adversidad. En última instancia, es cierto que nadie puede privarnos de lo que Porchia llamaba “nuestras cuatro costumbres inocentes”. Pero también, y sobre todo, deberíamos tener en cuenta lo que afirma cuando señala que “el hombre juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto: el minuto presente”.

EN EL DÍA DEL AMIGO

Una distinguida señora, a quien conocí por Instagram (y con la cual llegamos a intercambiar libros que habíamos escrito sin llegar nunca a encontrarnos “en presencia”), a propósito de una publicación que realicé por ese medio y que finalizaba con la siguiente frase de Porchia: “El hombre juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que sólo juzga un minuto: el minuto presente”, insertó este comentario: “Lo mismo ocurre cuando entramos en la ‘vida idílica’ que nos muestran las redes... confundir la foto con la vida y no comprender que lo que se comparte es sólo un momento. Es bueno que nos lo recuerde”. Sus palabras me suscitan algunas reflexiones.

La verdadera incógnita no surge de la frase “comprender que lo que se comparte es sólo un momento”, porque partimos de allí y, tal como lo dice Porchia, no puede ser de otra manera. El punto que me intriga reside en la expresión “la ‘vida idílica’ que nos muestran las redes”.

Recuerdo las palabras de Luigi Pirandello (extraídas de *Seis personajes en busca de un autor*) que publicó otro amigo de Instagram: “Tenemos todos dentro un mundo de cosas: ¡cada uno un mundo suyo de cosas! Y como podemos comprender, señores, en las palabras que yo digo doy el sentido y el valor de las cosas como son dentro de mí, mientras que el que escucha inevitablemente las recibe con el sentido y los valores que tiene por sí mismo, del mundo que tiene él mismo dentro. Creemos entender, ¡pero nunca entendemos nada!”.

Volvamos, entonces, sobre “la vida idílica” que nos muestran las redes. ¿A qué nos referimos? Es cierto que suelen publicarse fotos hermosas que no alcanzan para otorgar la “solución completa” que sin cesar buscamos, pero también es cierto que lo que nos mueve a “publicar” es una profunda necesidad de “compañía” que, aunque no siempre quede completamente satisfecha, en algo nos conforta. Esa extraña hermandad que se produce cuando lo que uno lee arroja nueva luz, cambiando “un poco” lo que hasta entonces sentía.

SALIR

La acción que denominamos “salir” se define como pasar de un lugar cerrado o limitado a un espacio exterior. Con frecuencia, suele usarse, sin embargo, con un significado que trasciende las estrecheces de un “espacio físico”, porque cuando una persona busca de manera perentoria, entre sus posibilidades, un “programa” que le ofrezca un atractivo (se trate de espectáculos o de encuentros con amigos), queda claro que su único motivo se configura como una inconfundible necesidad: evadirse de una situación dentro de la cual oscila entre el aburrimiento y el desasosiego. Creo que un significado similar (el de evadirse) queda implícito en una expresión que utilizamos con frecuencia cuando decimos, por ejemplo, que Enrique “sale” con Adriana.

Si reflexionamos acerca de lo que se halla comprometido en la manera “invertida” en que describimos un movimiento (cuando, en lugar de definirlo por “hacia dónde” se dirige, priorizamos el hecho de que huye con la palabra “sale”), nos encontramos con que el

malestar del cual se desea salir se parece mucho a un “cierto tipo” de cansancio.

Mientras el diccionario define el cansancio como una “debilidad o falta de fuerzas, generalmente provocadas por la realización de un esfuerzo o un trabajo”, curiosamente incluye, como una segunda acepción, el “aburrimiento o hastío, generalmente provocado por una falta de interés”. Pero esta clase de cansancio define, precisamente, a ese “cierto” tipo de cansancio que, a diferencia del primero, jamás desaparece descansando, revelando de ese modo que, en realidad, no se trata de cansancio, y que, por el contrario, se procura ocultar con ese nombre un diferente malestar.

El recorrido que hemos realizado no sólo apunta a señalar un “estado” colectivo que hoy abunda y que, sin duda, se ha transformado en endémico, dentro de un “sálvese quien pueda” (y al cual solemos referirnos como desazón, ansiedad, desconcierto, irritación, mala disposición y molestia crecientes). Nos proponemos, además, subrayar el hecho trascendente de que evadirse “saliendo” hacia una “vacación” ilusoria y forzada nos devuelve, demasiado pronto, hacia una inmodificada y desatendida tortura.

HAY MOMENTOS Y MOMENTOS

En la sesión psicoanalítica, distinguimos un “tema” fundamental que constituye lo que denominamos “el punto de urgencia” y subrayamos que ese tema, “actual”, únicamente puede ser registrado si es compartido, es decir, si sucede, en alguna medida, que también tiene en el psicoanalista una actualidad suficiente.

En el conjunto entero de la vida, hay, como en el proceso psicoanalítico, momentos de coincidencia (o aun de disidencia) que son (o no son) oportunos y, dado que influyen en el curso que los acontecimientos adquieren, establecen esas diferencias que solemos atribuir a la suerte, y culminan en que las cosas que tememos y las que deseamos sólo a veces sucedan. Suele decirse que “a la ocasión la pintan calva”, para referirse a que no se nos ofrece algo desde donde sea más fácil de apresar.

Ya nos encontramos con el tema de la oportunidad en nuestra tierna infancia. Cuando en la calecita no lográbamos atrapar la sortija, sabíamos que

deberíamos esperar hasta la próxima vuelta, y aprendimos muy pronto que, si teníamos que “confesar” alguna trasgresión, era peor si nuestros padres estaban atravesando un mal día. También ellos sabían, cuando impulsaban nuestras hamacas, que deberían empujarlas justo en el momento en que el asiento alcanzaba su punto más alto.

No cabe duda de que hoy vivimos en un tiempo muy particular y que el espíritu de nuestra época ofrece algunas distorsiones que nos conducen a decir que padecemos de una *espiritopatía*. No sólo lo testimonian el desconcierto, la irritación, la ansiedad, el desasosiego y las múltiples carencias de las cosas más elementales que hoy hallamos por doquier; la cuestión esencial de “este momento” pasa por otro carril.

Hemos subrayado muchas veces que la satisfacción de los apetitos fundamentales no alcanza para obtener una vida saludable. Si aceptamos que no se vive para comer, sino que se come para vivir (y lo mismo vale para copular y descansar), comprendemos que el inevitable “para quién y para qué se vive” revela la vigencia de una trascendencia que hoy, encerrada en un círculo vicioso, subyace trastornada.

LA ENFERMEDAD Y LOS SÍNTOMAS

Cuando, frente a los síntomas que una persona sufre, ignoramos cómo se producen y su causa (su patogenia y su etiología), si nuestra terapéutica sólo procura aliviarlos, corremos el riesgo de dañar lo que pretendemos curar (puede suceder, por ejemplo, si disminuimos una fiebre desconociendo su origen). No cabe duda, entonces, de que tratar “la causa” es ejercer una mejor medicina.

Sin embargo, nuestros conocimientos no se agotan en ese punto (el de la etiología), porque el psicoanálisis nos ha mostrado que algunos acontecimientos humanos (más allá de si sabemos o ignoramos sus causas) pueden comprenderse en función de un “para qué” suceden.

Esa “lógica final” que el psicoanálisis subraya, y que constituye “una meta”, configura una teleología, de la cual la fisiología y fisiopatología (que fundamentan a la medicina) nunca han podido prescindir. Una lógica del *telos* que ya se haya incluida en la palabra “motivo”, que no sólo implica una causa

que “empuja desde atrás”, desde el pretérito, sino también un atractivo que “succiona desde adelante”, desde el futuro. Una medicina integral, por lo tanto, no sólo buscará las causas, sino también los significados inconscientes de los trastornos que la medicina estudia.

Pero lo que ocurre con las personas también ocurre con los pueblos, y así como alguien puede producir una hipertensión esencial con un significado preciso, una comunidad puede ser víctima de la inflación, la pobreza o el descenso progresivo del producto bruto per cápita sin percibir lo que sostiene a esas lacras sociales ni cómo perduran desde una opinión pública que funciona mal de manera inconsciente. Dado que será imposible librarse mientras suceda de ese modo, descubrimos, de pronto, que el psicoanálisis, como cultura, posee una función pública que por lo visto, en su mayor parte, se ignora y, de esa manera, se ejerce muy lentamente.

Cabe una última reflexión. La verdadera tragedia surge cuando la inteligencia de la opinión pública inconsciente alcanza para perfeccionar la maldad, pero no es suficiente para comprender que a nadie beneficia y sólo satisface a un persistente resentimiento.

INSTANTÁNEA

En una placa radiográfica de tórax, podría verse, por ejemplo, una imagen que revela la presencia de un tumor en el pulmón izquierdo. Suele haber coincidencia, entre distintos colegas con suficiente experiencia, en la interpretación del significado de ese tipo de imágenes, y sólo en unos pocos casos las opiniones divergen. Reparemos en que, una vez obtenida una conclusión semejante, mejor que insistir sobre la misma placa es seguir explorando en sucesivas “tomas”. Lo mismo sucederá con lo que logremos registrar durante una indagación psicoanalítica, porque es mejor continuar explorando, y dirigirse hacia la próxima sesión, que insistir con aquello a lo que ya le hemos sacado casi todo su jugo.

Cuando, durante un ejercicio teórico-clínico, nos reunimos en torno al “material” de una sesión (que se trae escrito en unas pocas páginas), contemplamos una situación similar. No cabe duda de que ese material, que refleja lo que ha sucedido en aquella sesión, puede ser comprendido como una “foto instantánea”

o, a lo sumo, como un pequeño “video” (si es que, entre el comienzo y el final, algo ha cambiado) de lo acontecido en un “encuentro” de un psicoanalista y su paciente.

Si afirmamos que el psicoanálisis es una ciencia, es porque hemos comprobado muchas veces que, luego de un momento de “diástole”, en el cual las opiniones divergen, es siempre posible discutir para elaborar, en una fase “sistólica”, una síntesis similar a las que se obtienen en otras especialidades médicas.

Podemos comparar una tal “instantánea” con la foto, siempre igual, que una persona lleva en su documento, pero es mejor hacerlo “desde otro punto de vista”, reparando en que no iniciamos la jornada todos los días con la misma cara. Sólo podremos lograr “ver lo que pasa” si es que conseguimos permanecer permeables frente a aquello que del paciente emana. En otras palabras, si lo que sentimos (nuestra contratransferencia) surge porque aceptamos consentir (sentir con) en lugar de reprimirlo y únicamente “disentir” con lo que siente el paciente, podremos progresar “junto con él” y, en nuestro trabajo, en lugar de intoxicarnos, florecer.

¿QUÉ SIGNIFICA CURAR?

Quien ame las manzanas odiará los gusanos que “las infectan”. Así procede una madre cuando, en el borde de la cuna, superando su repugnancia, aplasta una alimaña. El amor, pues, no existirá sin el odio que custodia y preserva a los que amamos, y el odio, sin el amor que lo motiva, no es más que un exceso innecesario y dañino.

Años atrás, cuando escribimos *¿Por qué nos equivocamos? Lo mal pensado que emocionalmente nos conforma*, señalábamos que equivocarse es el único modo de aprender, porque cuando acertamos no hacemos más que repetir, otra vez, aquello que sabíamos. Pero también subrayamos que es imprescindible distinguir entre los errores a los que “no tienen vuelta atrás”. La experiencia nos muestra que, en el suelo que pisamos, no existen “dibujadas” las marcas de un umbral que, una vez atravesado, no nos permite volver.

Los médicos hemos aprendido a odiar la enfermedad para curar (cuidar) al enfermo. Eso nos lleva

a que continuamente nos encontremos con la necesidad de tolerar los límites que la realidad impone a ese deseo nuestro, hasta un punto que lo ha llevado a Wilfred Bion (el insigne psicoanalista inglés) a sostener que debemos aprender a liberarnos del deseo de curar para poder ejercer adecuadamente nuestra profesión.

Cuanto llevamos dicho nos conduce hacia una situación penosa que no sólo se nos presenta “a veces”, sino que, bien mirado, forma parte, en verdad, de todo tratamiento, en una cierta proporción. Nos estamos refiriendo a determinadas situaciones que nos conducen a pensar que (expresándolo en una sintética y dramática sentencia) La enfermedad “se ha comido al enfermo”. ¿Qué es, entonces, lo que podemos y qué lo que “deberíamos querer”?

Recordemos que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno, pero que tampoco conviene siempre “conformarse” por miedo a lo peor. Es necesario comprender que aceptarlo es imprescindible para ejercer la tarea que hemos elegido. Acostumbrarnos a “esa idea” es otra forma de referirnos a un inevitable proceso que forma una parte inseparable de la vida, y que denominamos “duelo”.

LAS COSAS DE LA VIDA

Escribir un libro (en 2008) sobre “las cosas de la vida” nació de otro acerca de “¿por qué enfermamos?” (escrito veinte años antes con el subtítulo “la historia que se oculta en el cuerpo”), pero también de la experiencia constituida por los “estudios patobiográficos” que, durante muchos años (desde 1972), realizamos en el Centro Weizsaecker de Consulta Médica junto con un grupo de colegas, y que nos enseñaron tanto. El primer hallazgo que surgió al escribirlo condujo hacia la necesidad del subtítulo, “composiciones sobre lo que nos importa”. Allí (en el libro *Las cosas de la vida*) decía que esas cosas (que son las que “en serio” nos importan y las mismas que con frecuencia nos enferman) constituyen nuestras dificultades, nuestras alegrías, nuestros sinsabores y penurias o, en otras palabras, precisamente aquellas cosas que, fácilmente, se nos vuelven difíciles. Son, por fortuna, típicas y universales, es decir, reconocibles.

Entre las cosas que a uno le suceden, hay algunas que son “cosas de la vida”. Con esto queremos

subrayar que son habituales, que les suceden a muchos, que no son acontecimientos insólitos y, también, que sentimos que “son cosas que ocurren”, que no es uno quien las hace, sino que a uno “se las hace” la vida. Sea cual fuere nuestra responsabilidad con respecto a lo que nos sucede (acerca de “lo que nos hace la vida que hacemos”), las “cosas de la vida” son siempre las mismas y existen en el panorama de nuestro futuro, como existen, en el mapa de una ruta, valles, ríos, colinas, estaciones y posadas. Uno no sabe cuáles serán las que le tocará vivir, pero sabe que no podrá recorrer la ruta sin penetrar en algunas.

Mientras tanto, nos conmueve la sabiduría de Porchia, cuando en sus “voces”, plenas de resonancias, exclama: “Cada uno cree que sus cosas no son como todas las cosas de este mundo. Y es por ello que cada uno tiene sus cosas”, y también: “La vida duraría más si las cosas de la vida no durasen tanto”.

CUALQUIERA

Frente a una infinidad de asuntos, a veces podemos funcionar “como cualquiera”, asumiendo eficazmente acciones que no son las nuestras habituales. Por eso, “ser como cualquiera”, en lugar de significar siempre una merma, en algunas ocasiones constituye, en verdad, una cierta suficiencia que, en el fondo, siempre deseamos y que puede llegar a ser, sin duda, muy valiosa.

Pero decir de una mujer, por ejemplo, que es una “cualquiera” (o de un hombre) adquiere casi siempre una connotación despectiva. Así sucede en situaciones que, en última instancia, coinciden con la afirmación freudiana de que, en el encuentro del deseo con el objeto que lo satisface, se puede calificar de contingente al conjunto de las cualidades de ese objeto, dado que (en otras palabras) ese conjunto, en tales condiciones, no alcanza una importancia dominante.

Cuando nos elijen en circunstancias como esas, sentimos que, lejos de tener en cuenta la totalidad de

nuestra constitución como persona, nos elijen de una forma en la que “aprovechan”, desconsideradamente, sólo alguna de nuestras cualidades. No cabe duda de que algo semejante, independiente de lo que somos (o de aquello que creemos ser), puede sucederle a uno “cualquiera” de nosotros, en cualquier momento. Y tampoco cabe duda de que, cuando sucede, nos produce un profundo desagrado. Sin embargo, para la mayoría de las cosas siempre seremos cualquiera, y sólo en unas pocas seremos distinguidos.

No todos reaccionamos con una sensibilidad similar frente a ese asunto, y resulta atinado y pertinente sostener que se trata de una sensibilidad que aumenta cuando una cierta disminución en el sentimiento de autoestima (que, si funciona de manera adecuada y “normal”, se mantiene inconsciente) se acerca a la consciencia.

Decimos que, cuando es normal, no deviene consciente, porque, dado que la consciencia funciona “volcada” hacia el registro de todo aquello que “no anda”, nada tiene de extraño que un adecuado sentimiento de autoestima permanezca inconsciente, sin llegar jamás a verbalizarse, como tal, en el “ego coherente” (al cual nos referimos cuando usamos la palabra “yo” como pronombre personal).

LOS "NÚCLEOS" PSICÓTICOS

Solemos creer que, cuando dormimos, nuestro cerebro "descansa" y nuestra vida anímica se reduce a los "absurdos" sueños, pensando que constituyen unos pocos retazos persistentes de actividades anteriores. Pero no sólo Freud les "otorgó" un sentido. Weizsaecker ha señalado que nuestro cerebro, tal como nuestro corazón o nuestro hígado, jamás "descansa", y que el dormir que nos "retira" de la vigilia "procede" de una manera similar a lo que ocurre en el "cerrado por balance" de un comercio, colocando cada cosa en su lugar, como en un restaurante en el cual no funciona la cocina mientras se acomoda la mercadería.

Nuestra vida se reparte en dos periodos, que son muy distintos y que, sin embargo, con frecuencia trascurren confundidos. Uno, onírico, que ocupa unas ocho horas diarias de vivir "durmiendo", y el otro, de vigilia, que sucede en los restantes dos tercios de un estar "despierto".

Sin incurrir en una taxonomía psiquiátrica, repararemos en que hay dos maneras muy diferentes de

“estar loco”, que funcionan “a despecho” de un juicio de realidad del cual nunca se carece, pero que, en cambio, decididamente se desoye.

En la primera, la “enajenación” de un vivir onírico y alucinado (que satisface nuestros deseos inconscientes) es total y “asumida”. Una parte de ese estado es “permanente”, porque subsiste (catatímicamente) más allá del sueño. Se ejerce conducida por deseos que abundan en las personas “normales” a cubierto de cualquier descrédito o contienda (“de poeta y de loco, todos tenemos un poco”). Así creemos, sin dudar, cosas inciertas.

En la segunda, el juicio de realidad, operando “al servicio” de los intereses “en juego”, confunde la parte con el todo. Si aceptamos que así se constituyen esos “núcleos” psicóticos (de un paciente neurótico), que con frecuencia se mencionan, es posible sostener que la locura constituye una estrategia errónea que procura gestionar una realidad que no se logra soportar, y que no siempre fracasa de manera completa. Así, mientras negamos hasta dónde contribuimos con nuestra propia locura, nos “vemos” y nos sentimos viviendo en un mundo que cada vez es más loco.

ARGENTINÍATRICO

Las consecuencias de desconocer la magnitud de lo que estamos transitando conducen, de manera inevitable, a recorrer el sempiterno círculo de un encierro funesto. Freud nos enseñó que no sólo las personas, sino también los pueblos, cuando no recuerdan su historia o, peor aún, la tienen reprimida, se verán condenadas a repetirla otra vez, y sin duda hay mucho de eso en el camino que estamos recorriendo, porque en lo que “nos hace” la vida influye siempre aquello que “con nuestra vida hacemos”.

Sabemos que hay momentos y momentos (porque son muy diferentes entre sí), pero ignoramos cuánto durarán, y así sucede con los que hoy vivimos. Por ejemplo, hace tiempo... mucho tiempo, que escuchamos “por cuatro días locos que vamos a vivir, te tenés que divertir” (conviene ahora recordar que divertirse es “vertirse” en otro lado). No cabe duda de que, cuando decimos eso, intentamos huir de aquello que sentimos y “salir”, lo más rápido posible, de la

condición en la que perduramos inmersos, sufriendola como una penosa frustración.

Reparemos en que tanto en un nosocomio psiquiátrico como en un geriátrico sus habitantes, en lugar de establecer relaciones afectivas entre ellos, compartiendo fraternalmente su existencia cotidiana, lo hacen volcados hacia afuera (como vivimos hoy los argentinos, en un país que, en lugar de sentirlo como nuestro, denominamos “este país”). Podríamos decir que continuamos, con disgusto, “en el rincón donde empezó nuestra existencia” (como señala José Hernández), sintiéndonos “por fuerza confinados”, como si nos hubieran internado, en contra de nuestra voluntad, en una especie de argentiátrico que nos oprime. Un país que sólo nos deja, como pálido recurso, sobrevivir “soñando” con “caminar cuatro pasos en la nubes”, disfrutando allí de unas pocas imprescindibles “vacaciones”, emprendidas con la vana ilusión de que, cuando regresemos de ese infructuoso “escape”, lo haremos con la fuerza necesaria para enfrentar aquello de lo que ayer huimos. ¿“Está mal”, entonces, de vez en cuando, “irse”? Todo depende, como ya sabemos, de la armonía entre querer, deber y poder, pero necesitamos tener en cuenta que siempre “habrá que volver”.

ESPACIO Y TIEMPO

Si relacionamos las nociones de espacio y tiempo con los dos sentidos que operan “a distancia”, no sólo descubrimos que la vista, a través de la luz, clarifica e ilumina, y el oído, a través del sonido, nos otorga resonancia y ritmo. También es posible decir, en términos esquemáticos, que el espacio es, “ante todo”, visual (a pesar de los registros cenestésicos) y que el tiempo conmueve de una manera especial cuando se nos presenta en forma auditiva.

Tanto Kant como Freud y Ortega han dicho con distintas palabras que el hombre no vive en el tiempo, sino que, por el contrario, es el tiempo el que vive en el hombre. No cabe duda de que lo mismo podría decirse (aunque no se lo ha subrayado con igual rotundidad y frecuencia) del espacio. Ni uno ni el otro (espacio y tiempo) son “eso” que pienso como algo que existe “ahí afuera”, una especie de “territorio”, que, por fuerza, debo recorrer.

Acerca del espacio, se sostiene, por ejemplo, que se contrae o se dilata, que posee más de tres dimensiones

o que es ilimitado, pero no infinito. En lo que se refiere al tiempo, en cambio, algunas asunciones nos resultan más “familiares”. Junto al tiempo cronológico, “objetivo”, que el reloj mide, registramos un tiempo kairológico, en el que se diferencian los instantes por los acontecimientos que los llenan (y que coincide, en cierto modo, con un tiempo que se ha llamado subjetivo). Hay, por fin, un tiempo que sólo puede ser un presente “atemporal” y sempiterno, como en el “érase una vez”. Allí, el pasado y el futuro no existen, porque uno ya fue y el otro no empezó todavía. (Sólo existen un pasado y un futuro “distintos”, porque un antecedente que no ha terminado se junta con un consecuente que ha comenzado.)

Comprender que el espacio y el tiempo no son cualidades del mundo, sino de los andamios que usamos para poder habitarlo, nos devuelve la prudente modestia que atempera la pretendida omnipotencia de un oscurantismo tecnológico que se ha vuelto actual.

EN TIEMPOS DE "MALA ONDA"

La señora espera, con otros pacientes, en el lugar a donde la envió el médico que la recibió cuando llegó al instituto, y por fin llega su turno. El especialista que la recibe le pregunta por qué consulta, y ella aclara que a veces, cuando cruza las piernas, siente un ruido extraño en su rodilla derecha. El facultativo la interroga sobre las características del ruido y acerca de su estado de ánimo. Unos instantes después, mientras continúan hablando, el ruido aparece, y ella comenta: "¿Ve, doctor? Aquí está". "Ah, pero entonces —dice el médico— el ruido es real... Tiene que ver al traumatólogo. Yo soy psiquiatra".

Ese episodio, como señala el dicho italiano "se non è vero è ben trovato", revela una realidad actual. Expresa la escasa responsabilidad con la que el médico que la recibe (más interesado en "sacársela de encima" que en averiguar lo que le pasa) "apenas se ocupa" de la paciente cuando la deriva al psiquiatra.

Es posible afirmar, irónicamente, que ha nacido una nueva "especialidad médica" y que hoy, muy

difundida, se practica con auténtica vocación en los servicios pagados por las obras sociales. Ha nacido un médico derivólogo, especializado en derivar al paciente, con cualquier pretexto, y lo más rápido posible, hacia otro colega.

La cuestión, lamentablemente, no se reduce al ejercicio de la medicina, sino que, por el contrario, se ha generalizado hacia todo tipo de tareas, hasta el punto en que podríamos decir que hoy vivimos “en tiempos de mala onda”, en los cuales la generosidad escasea, todo lo que surge de la colaboración se deteriora y el “contexto” dentro del cual vivimos induce conductas que, cada vez, son más egoístas. Se constituye, de ese modo, un círculo vicioso de carácter siniestro, porque cuanto más intensamente opera el equívoco “mandato” “tengo que pensar en mí”, nos quedamos cada vez más solos, llenos de aprensiones y tenebrosos augurios. El apuro por declararnos inocentes nos conduce a comportarnos como seres impotentes, aunque son muchas las ocasiones en que algo podemos.

ENTEREZA

La entereza (yendo hacia el meollo de la cuestión) es la cualidad de “permanecer entero”, sin disgregarse, desistir ni “achicarse”, modificando los propósitos, por la magnitud de los obstáculos y dificultades que puedan oponerse a la prosecución de esos propósitos.

La capacidad para sostenerse incólume en la adversidad, sin la menor intención de refugiarse en fáciles justificaciones, se asemeja a una cualidad estudiada por los arquitectos y que se caracteriza por una propiedad fundamental: aceptar un grado amplio de deformación sin perder la posibilidad de recuperar su forma original, pero, sobre todo, sin perder la relación existente entre sus partes. Bautizaron a su descubrimiento con un nombre “tenseguridad”, que significa, nada más ni nada menos, que integridad en situaciones de tensión.

Es importante reparar en que mantener la integridad en las situaciones de tensión es, precisamente, una excelente definición de la entereza. De una

persona, decimos que es “íntegra” (alguien que cuando dice sí es sí y cuando dice no es no) cuando no acostumbra recurrir a los pretextos habituales con los que se evaden las responsabilidades. Llegamos de este modo a la conclusión de que la entereza y la integridad se refieren, en lo fundamental, a un mismo rasgo del carácter (una misma forma de ser y proceder).

Cabe preguntarse, entonces, de dónde surge o de qué depende una capacidad tan encomiable y, sin embargo, mucho menos abundante de lo que quisiéramos creer. Lo que parece más plausible es que proviene de una sólida formación moral, que se adquiere en la cuna, pero que también depende de un temperamento innato, que cree que el mal es siempre transitorio y que lo que en última instancia sobrevive es siempre la bondad.

No sólo coincide con lo que afirma Porchia. Dos espléndidas películas (*Perfume de mujer*, con un adolescente varón, y *Enseñanza de vida*, con una adolescente mujer) nos muestran (con vicisitudes más esclarecedoras en la segunda) que sólo a partir de ese sólido núcleo (que si no “se tiene” es difícil adquirir) es posible defenderse de la abundancia de la psicopatía.

LA REGLA FUNDAMENTAL

Suele decirse que aquel que cada mañana, cuando comienza el día, debe resolver un problema vive una vida normal, pero que, en cambio, cuando alguien al despertar se encuentra todas las mañanas con el mismo problema se enfrenta con uno grande que lo deja inerte y que, para colmo, con frecuencia se le antoja enorme. Dicho de ese modo, puede oírse como la descripción de una verdadera desgracia que les sucede a unos pocos.

Sin embargo, una mínima reflexión sobre ese cotidiano asunto nos lleva a descubrir que no existe ser humano en el que (a pesar de que se psicoanalice) no se perpetúen algunos cabos sueltos que, si bien puede decirse que son los que identificamos como “las cosas de la vida” (típicas y universales), “en cada cual” son distintos, aunque para cada cual suelen ser siempre los mismos y constituyen el lugar donde la vida le aprieta, lo apremia y le duele.

Precisamente por eso no debe extrañarnos que la regla fundamental del tratamiento psicoanalítico

consiste en comprender que (no importa cuál sea “el asunto” que se exprese con palabras, gestos o actitudes) “todos los caminos conducen a Roma”. Porque “Roma”, en este caso, es el lugar en donde la piedra molesta en el zapato, convirtiendo en tortura (y en círculo vicioso) el diario e inevitable caminar.

Conmueve descubrir, de pronto, cuánto sufrimiento inútil, cuánto desperdicio, se oculta en ese *encarnizado* propósito (al cual, sin consciencia, se entrega un pedazo de la vida) que insiste en evitar aquello que más se necesita para seguir progresando, y que ha quedado confundido con lo que más se teme.

Frente a los siempre existentes “cabos sueltos” que solemos preferir mantener de esa manera, inconexos entre sí y con el resto de nuestra vida anímica consciente (dado que en esa forma su significado permanece oculto), también solemos preferir creer que nada de valor perdemos. Sólo cuando sucede lo contrario, y ese significado de algún modo surge, encontramos una riqueza nueva y comprendemos que, muchas veces, sólo atravesando la penuria y el dolor se crece.

TRES DESTINOS

Hace ya algunos años sostuvimos que, frente a lo que hoy observamos en el mundo, sólo existen tres “destinos” que se excluyen entre sí: la excelencia, la indigencia o la delincuencia. La primera condición para lograr la excelencia es poder valorar el esfuerzo que demanda. A la indigencia se llega esperando que alguien se dedique a mejorar nuestra vida. En cuanto a la delincuencia, valen la pena algunas reflexiones.

Enrique “se asoció” con su mujer (puede ser también con su hermano, con su hija, con un amigo, con un compañero en el trabajo o con un vecino) para realizar un negocio que arroja un rendimiento sustancioso sólo si se cumple, deliberadamente, con la condición de ejercerlo sin otorgar lo que durante la oferta se promete (es decir, que sea fraudulento). Un rendimiento que, a partir de una eficacia ya probada, surge de una cierta capacidad para sostener una estafa durante el tiempo “suficiente” para retirar los beneficios. Luego de ese “lapso de tiempo”, tal vez ni siquiera sea necesario “viajar” a otro lugar o cambiar el nombre

del producto renovando la fórmula. No pensemos solamente en las grandes estafas; reparemos también en las pequeñas, que trascurren diariamente sin mayores consecuencias.

No cabe duda de que se puede engañar a una persona o a muchas durante poco tiempo, tampoco cabe duda de que se puede engañar a una persona durante mucho tiempo, pero ya se sabe que no se puede engañar a muchas personas durante mucho tiempo. La asociación será ilícita, pero “funcionará” si se la construye a sabiendas del tiempo de que se dispone para “extraer el provecho”. No será necesario exponer este “guion”, ya conocido, si no fuera porque nos proponemos describir su inexorable desenlace. Enrique y su mujer, asociados en la estafa que traiciona una confianza, terminarán fatalmente traicionándose de manera recíproca.

POR LAS BUENAS

Muchas veces oímos: “Si me tratan mal, no podrán lograr nada conmigo, pero si vienen por las buenas me sacarán hasta la camiseta”. “Por las buenas” alude a lo que está bien, a lo correcto, a proceder como se debe, mientras que “por las malas” significa lo contrario. ¿Qué quiere decir esto? ¿Nos estamos refiriendo sencillamente al enojo que suscita una actitud agresiva? Tal vez, porque el enojo siempre constituye una forma (aunque muy poco exitosa) de ocultar un sentimiento de impotencia. Pero hay una clase muy particular de “enojo”, a la que me quiero referir ahora, y que solemos denominar indignación.

Si tenemos en cuenta lo que la investigación psicoanalítica de la hipertensión arterial “esencial” nos ha llevado a descubrir, la indignación oculta (y también expresa, al modo de una formación reactiva) el sentimiento de indignidad escondido. Entre los indignados que protestan, hay dos clases, los que lo hacen “con la panza llena” y los otros, que se dividen, nuevamente, entre quienes están en verdad

subalimentados y los que sienten que no pueden comer todo aquello que desean. Vale la pena aquilatar, en toda su importancia, la significancia que surge de esa diferencia. De más está decir que el sentimiento de ser indigno será más fuerte en el que protesta “con la panza llena”, y que lo será hasta un punto en que comienza a coincidir con una verdadera hipocresía.

Como el estudio de la hipertensión revela, frente a la propia indignidad (reprimida o negada) suele aparecer, como recurso, una conducta “pródiga” que, a diferencia de la auténtica generosidad, otorga a otro (que puede ser cualquiera) algo que nace de la necesidad de dar, sin tener en cuenta, por lo tanto, sus verdaderas carencias y esperando, para colmo, que se muestre agradecido.

Si, como creo, hay algo de esto que describo en las ocasiones en que nos ufamamos de cuán buenos somos cuando nos abordan “por las buenas”, ha llegado el momento en que debemos preguntarnos: ¿hay alguien que “se salva” de tales sentimientos? Y, si así fuera, ¿cómo?

DOS MANERAS DE PSICOANALIZARSE

Aunque la relación terapéutica que se establece entre un paciente y su psicoanalista es muy distinta (tanto por el encuadre, la manera en que evoluciona y la tarea que se cumple como por su cometido), de aquella otra, pedagógica, que se desarrolla entre un profesor y sus alumnos, de más está decir que difiere, mucho más, de la que surge entre un cirujano y la persona sobre la cual opera cuando su enfermo permanece anestesiado y dormido.

Podemos utilizar la relación entre un maestro de música y su discípulo como una adecuada metáfora de un asunto que adquiere una significación extrema, mucho mayor de aquella que a primera vista se le suele atribuir, y que me parece importante subrayar aquí.

Volviendo sobre la metáfora que usamos, señalemos que todo profesor de violín, por ejemplo, conoce la diferencia que existe, en el resultado de sus enseñanzas, entre un alumno que solo toca el instrumento en el horario en que trascurren las clases y

otro que “pone lo suyo”, porque “practica” con entusiasmo muchas horas en los intervalos entre ellas. A pesar de que ya resulta evidente hacia dónde nos estamos dirigiendo, el camino se presta para agregar algunas reflexiones.

Cuando, en el ejercicio de nuestra profesión, nos encontramos con un paciente que se puede comparar con los alumnos que no alcanzan a disfrutar de los sonidos que logran hacer salir de su violín, nos enfrentamos con una penosa circunstancia. Allí uno se siente como si estuviera empujando, con un esfuerzo excesivo, un auto que no arranca y que nos enfrenta con una inevitable frustración.

Vale la pena reparar, entonces, en la ayuda que se obtiene cuando el paciente, en los intervalos entre las sesiones, *colabora*, dado que no interrumpe aquello que durante las sesiones se consigue y que, a pesar de que siempre suele parecer muy poco, constituye una simiente que sólo fructifica, en el logro que se anhela, cuando el paciente la riega con el caudal que aporta la magnitud del interés que, por fuera de las sesiones, “pone en ello”.

EL REMANENTE

En la fábrica, las dificultades normales eran poca cosa, porque la producción y las ventas marcharon siempre razonablemente bien. Pudo administrar los recursos y obtener utilidades que ayudaron a crecer, y lograr que los ingresos le permitieran reunir un capital que lo ponía a cubierto de cualquier sobresalto. Pudo formar empleados capaces y retribuir su trabajo con generosidad, sin egoísmo, logrando que la empresa fuera la fuente de un bienestar compartido y que todos se sintieran formando parte de ella, como los miembros de un club que ostentan con orgullo el distintivo que lo representa. Había conseguido dirigir esa empresa sin caer jamás en la rutina, porque las innovaciones que con frecuencia introducía convertían su tarea cotidiana en uno de sus mayores placeres.

Desde que Luis, su hijo menor (el que había decidido, como él, ocuparse de la fábrica), se convirtió en un interlocutor que le aportaba ideas muy valiosas, supo que la empresa quedaría en buenas manos

y, también, pensó más de una vez, que podía dejar de concurrir todos los días.

Ya le estaba dando algo así como vergüenza vivir tanto. Estaban los hijos, solícitos, llenos de cariño, y estaban los nietos, adorables, que ya no eran niños; eran jóvenes que colmaban de atenciones al único de los cuatro (contando abuelos y abuelas) que les quedaba vivo. Hacía ya casi seis años, se había muerto Adelina, su mujer, y fue muy duro, porque con su ausencia desapareció la posibilidad de hablar de ciertas cosas que habían convivido y, sobre todo, de aquellas que sólo se entienden, más allá de las palabras, después de haberlas compartido. Pero en aquel entonces estaban sus amigos, con quienes había transitado momentos, dichosos y penosos. También ellos, poco a poco, dejaron, con su ausencia, esa clase de vacío que otra presencia no llena.

Nada le faltaba... y le faltaba todo. Ella se había ido; ellos también. ¿Qué hacía él acá? ¿Qué estaba esperando? Él era un remanente... con el corazón herido, mirando hacia otra parte, y huyendo del bochinche con que las cosas se inician.

LA DIFICULTAD PARA ENTENDERSE

La palabra es un símbolo que indica una presencia o, con mayor frecuencia, representa un determinado ausente. El término “símbolo” aludía, en su origen, a un objeto partido en dos del cual dos personas conservaban, cada una, una mitad. Reunidas servían para que se reconocieran mediante esa “contraseña”. La palabra es, pues, en cierto modo, un encuentro que se produce cuando ambos copartícipes recorren una mitad del camino.

Freud afirma que la palabra es un equívoco predestinado, y el hecho de que se lo cite con frecuencia demuestra el valor de lo que afirma. En *La interpretación de los sueños* (en “El cuidado de la representatividad”), escribe: “La palabra, como punto de convergencia de múltiples representaciones, es, por decirlo así, un equívoco predestinado, y las neurosis (fobias, representaciones obsesivas) aprovechan, con igual buena voluntad que el sueño, las ventajas que la misma les ofrece para la condensación y el disfraz”. Es decir que el malentendido no sólo puede surgir,

“primariamente”, como producto de una limitación estructural original, sino también, en forma secundaria, al servicio de una deformación defensiva.

A pesar de la importancia del concepto, no tendría demasiado sentido repetirlo una vez más aquí, si no fuera porque vale la pena subrayar el hecho de que, al contrario de lo que suele pensarse, no es cosa sencilla aclarar un malentendido que surge alrededor de una palabra y, si en algunos casos se logra, no sucede recurriendo al simple “expediente” que consiste en la utilización de muchas. Dicho de otro modo, lo que es cierto para una palabra lo es también, y con mayor razón, para un enunciado completo, hasta el punto en que podemos sostener que también el hablar constituye un equívoco predestinado.

Más allá de las razones defensivas a las cuales hemos acudido muchas veces para comprender los motivos que dificultan nuestra “comunicación”, queremos volver ahora a la idea de “disponer de la adecuada contraseña”, recordando que Wittgenstein, en el prólogo de su *Tractatus logico-philosophicus*, señala que sólo podrán comprender ese libro quienes ya hayan pensado lo que él dice allí.

SEXO EVACUATIVO

Mis apuntes de todos los días de algún lado vienen, y escribir acerca de ellos me ayuda a elaborarlos. Este que hoy abordo me llega, conscientemente, desde la supervisión de una paciente adolescente.

Junto a los que interpretan la conducta de los jóvenes actuales como una evolución, desprejuiciada y libre, que pone en crisis convenciones sociales que han dejado de funcionar correctamente, o que han sido superadas por el devenir de las épocas, predominan otros que, procurando examinarla con mayor pulcritud, sostienen que se trata de una pseudoliberación que no aporta (en la existencia personal o colectiva) un beneficio suficiente para compensar el descalabro que produce en las costumbres de su entorno (las “mores” que configuran la moral vigente que efectivamente “rige”).

Señalemos, en un elenco esquemático, las características que se han criticado en “la juventud de hoy”: el abandono de las actitudes que trascienden los intereses del ego y que da lugar a lo que sufren los jóvenes “ni”

(que no trabajan ni estudian); el ejercicio de una genitalidad evacuativa (que “evacua” la excitación como si fuera un deshecho metabólico), exenta de responsabilidad y amor, que se denomina “tener sexo” y se describe como *touch and go*; una genitalidad entregada a una practicidad hepática “aislada” que, usando poco cerebro y corazón, deviene patológica y se aleja, cada vez más, de la procreación (considerando el embarazo como a un indeseado accidente). Algo semejante ocurre con la sexualidad pregenital que, exacerbada por una genitalidad frustrante, conduce, en sus formas extremas, a la anorexia y la bulimia. Señalemos, “de paso”, que de allí surgirán adultos dedicados a la búsqueda insalubre de una salud “ideal”, con una inquietud hipocondríaca que sobrevalora la hipertrofia muscular y la elección “cerebral” de alimentos que, sin importar lo que diga el paladar, “hacen bien”.

¿Qué pensaríamos si nuestra “inquietud rápidamente evacuativa” de cuanto nos perturbe nos llevara a dializarnos “de vez en cuando” para “reforzar” la eventual debilidad de nuestros riñones? En épocas no muy lejanas, había médicos que aconsejaban una “purga” intestinal periódica.

CON QUÉ CARA...

“Idéntico” significa “exactamente igual”. “Identidad” alude al conjunto de características que distinguen a una cosa de otra. Dado que no encontramos dos personas idénticas, se puede decir que cada una posee “su” identidad o que cada uno “sólo es igual a sí mismo”.

La identidad se manifiesta en una manera de ser y de proceder y se puede dividir en dos partes, una heredada, el temperamento, y otra adquirida, el carácter, pero no todos los días, enfrentando acontecimientos iguales, reaccionamos igual.

Podemos decir, recurriendo a una metáfora, que la cara cuya imagen forma parte, precisamente, del documento de identidad civil se presta muy bien para representar en términos simbólicos esas dos cualidades “fuertemente” invariantes, que denominamos temperamento y carácter, y que dieron lugar al proverbio: “Genio y figura, hasta la sepultura”. Sin embargo, no es un secreto que, “normalmente”, envejecemos y que, a pesar de eso, las fotos de

nuestros documentos siguen conservando su valor como testimonios de una identidad que permanece. Pero también es cierto que no nos levantamos todos los días con la misma cara, ya que en ella influyen los diferentes acontecimientos que de manera inevitable tiñen, en cada momento, lo que estamos sintiendo.

Tenemos, pues, tres caras (como representantes simbólicos de nuestro ser entero): la cara que nuestros documentos muestran, la cara que revela las marcas que nos dejó la vida y la cara que señala, en cada día, lo que allí, puntualmente, nos está ocurriendo.

Es muy fructífero incorporar en los hábitos de nuestro ejercicio psicoanalítico el prestar atención a “esas tres caras” y reconocerlas en el paciente y en los avatares de nuestra contratransferencia. Pero es también muy importante comprender que cada uno de nuestros encuentros cotidianos, con personas y cosas, transcurrirá con menor turbulencia y con mayor armonía en la medida en que podamos reconocer que esas “tres caras” existen, y que es necesario “identificarlas” en nuestros interlocutores y en nosotros mismos, para saber “con qué cara” decimos lo que estamos diciendo. Reparemos, sólo como ejemplo, en que un “cara dura” es alguien que intenta esconder su cara.

LA PACIENTELA

Tanto en las reuniones científicas entre psicoanalistas como en las sesiones en las que se ejerce la psicoterapia, suele suceder que comencemos hablando de algo que pensamos, asumiendo que nuestras ideas se irán “redondeando” mientras las estamos expresando. La experiencia enseña, sin embargo, que lo que ocurre es precisamente lo contrario. Cuando hemos llegado a concretar una idea definida (íntimamente convincente) acerca de lo que estamos conviviendo con el paciente que asistimos (o con los colegas con quienes dialogamos), las palabras acuden con facilidad a nuestros labios y podemos elegir entre distintas formas de decirlo. No cabe duda de que el camino por el cual llegamos a la convicción que describimos posee una trayectoria conocida.

Se trata de que es necesario elaborar lo que, en nuestra jerga, se llama contratransferencia, y se refiere al conjunto entero de aquello que sentimos frente a lo que el paciente (en lugar de recordarlo) “revive” en la relación que con nosotros establece. Debo pues

procurar comprender no sólo lo que entonces siento, y por qué, sino también quién soy allí, con él, y qué será lo que diré para procesar lo que sucede y, creciendo con él, ayudarlo a crecer.

No tendría sentido volver sobre lo que acabamos de decir, ampliamente conocido, si no fuera porque me propongo subrayar un asunto distinto. En la película *Y se hizo justicia*, un miembro del jurado que, además de votar, influye para que se declare a la acusada culpable afirma luego, conmovido, que hubiera votado y argumentado para sostener su inocencia si se hubiese enterado, antes de emitir el veredicto, que la mujer que él amaba se había suicidado.

En lo que sucede entre mi paciente y yo, no solo influye, inevitablemente, lo que “me dejó” el paciente que acabo de asistir, y lo que espero recibir del que vendrá en seguida. También influye siempre el conjunto, entero y activo, de mi “pacientela”, a la que le suman mucho todos aquellos que, mientras convivo, llenan mi vida con las diversas emociones que otorgan la “materia prima” de mi profesión.

QUERIÉNDONOS TANTO...

¿Cómo puede ser que, queriéndonos tanto, tú y yo nos peleemos? Y la primera respuesta es que precisamente por eso, porque nos queremos, nos peleamos. Nunca ocurriría si nuestra recíproca presencia nos fuera indiferente. Pero lo más importante reside en que una cosa es querer, otra muy distinta es amar, y con frecuencia se obstruyen mutuamente. Quien quiere una flor la corta y la coloca en un florero; el que la ama la deja completar el ciclo de su vida, en la planta de la que forma parte. ¿En qué medida nos importa que aquellos que queremos se realicen en la plenitud de su vida? ¿Seríamos capaces de permitir que eso suceda por encima del vínculo que establecemos con ellos?

Cuando nos queremos, llevados por nuestros deseos egoístas pretendemos que el otro contribuya, en primer lugar, a la satisfacción de esos deseos, y no cabe duda de que hay uno que predomina, porque consiste, precisamente, en la confirmación de lo mucho que valemos.

Un congénere de mente primitiva se vio reflejado en la vidriera del escaparate de un negocio y se dijo a sí mismo: “A este lo conozco. ¿Dónde fue que lo vi?”, y llegó felizmente a descubrirlo exclamando: “Ya sé. Fue en la peluquería”. El relato humorístico cumple aquí la función de señalar que, en el fondo de toda disgustante controversia, siempre encontramos la necesidad de reprimir algún aspecto propio que nos cuesta admitir.

Quedaría muy incompleto lo que venimos exponiendo si no reconociéramos que, aunque permanezca en la trastienda arrinconado, el amor, más allá de lo que preferimos registrar, siempre perdura inmarcesible. Y allí reside lo bueno que la vida nos regala. Porchia reiteradamente lo señala, no sólo cuando escribe “había males y había malos. Hoy hay solamente males. Me he librado de los malos”, y “Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él, es lo bueno”. También cuando sostiene: “La vida comienza a morir por donde más es vida”, y “La pena humana, durmiendo, no tiene forma. Si la despiertan, toma la forma de quien la despierta”.

EL VIEJO MÉDICO

Hoy nadie ignora, aunque no se lo lamenta con suficiente asiduidad, que el antiguo médico de cabecera prácticamente ha desaparecido, tragado por una seductora tecnología que empieza a mostrar, cada vez más, debilidades negadas. Abundan por doquier pacientes que eligen y consultan de *motu proprio* al especialista que juzgan necesario, de acuerdo con lo que llegan a creer acerca del origen de sus malestares. Vemos, además, personas que ingieren seis o siete medicamentos distintos, algunos recomendados por amigos o porque están en el botiquín de la familia, otros por obra de una insistente propaganda y, con infortunada frecuencia, recetados también por distintos facultativos que ignoran lo que “su” paciente “está tomando”, a veces por prescripción de sus colegas.

Tampoco es un secreto que el “viejo médico” no sólo conocía al paciente que “trataba” en cada una y (sin faltar en ninguna) en todas las veces en que era necesaria la ayuda que, desde su profesión, podía

otorgar, sino que así se constituía, de modo natural, en el médico de cabecera de toda la familia.

Cuando psicoanalizamos a un paciente con un encuadre que permite el desarrollo de una adecuada “temperatura” de la transferencia, el psicoterapeuta, si actúa capacitado por una formación suficiente, no sólo se involucra emocionalmente en una contratransferencia que incrementa la salud del vínculo. Además, como si contemplara un poliedro por una de sus caras, aprende, con rapidez, que el paciente puede ser comprendido en los puntos conflictivos de sus dificultades actuales sólo en la medida en que, a través de la ventana que él nos ofrece, podemos comprender en su integridad indivisa al poliedro que establece con la conjunto de su familia.

La conclusión es clara: un psicoterapeuta, cuando ejerce su oficio desde una suficiente formación psicoanalítica, es el último “médico de familia” que (si exceptuamos algunos pocos casos aislados, que pertenecen a otras especialidades) aún permanece. Además, y no por casualidad, es uno de los pocos reductos en los cuales la relación médico-paciente se desarrolla con la casi nula intervención de terceros en los cotidianos pormenores del vínculo.

DECIME LA VERDAD

Suele oírse decir “te lo digo por tu bien”. Si alguna vez hemos recurrido a esa fórmula maldita que engendra sinsabores, habremos comprobado el escaso rendimiento que procura abrir ese paraguas. El asunto conduce a una cuestión fundamental que es necesario asumir. ¿Estamos en condiciones de saber “qué será lo mejor” cuando nuestros semejantes atraviesan una dificultad o incurren en un territorio que nos ocasiona un disgusto?

Con nuestros hijos, es aún peor. Cuando eran pequeños, parecía más fácil, aunque no siempre lo fuera. Pero debemos reconocer que, en la medida en que ganan peso y altura, el asunto se agrava, porque “van sabiendo”, no sólo sobre ellos y el mundo, sino también acerca de nosotros mismos, muchas de las cosas que ignoramos. Sin embargo, sigue siendo cierto que, mientras vivimos, inevitablemente influimos en ellos (como ellos en nosotros). Tal vez podamos en algo mejorar el resultado, queriendo un poco menos y amando un poco más.

En el conjunto de las relaciones que establecemos con nuestros congéneres, escuchamos decir con frecuencia “decime la verdad”, pero son pocas las veces en que nos damos cuenta de que, así como cada mentira “trasporta en sí misma” un pedazo de la verdad que distorsiona, no hay verdades absolutas ni en las más sabias sentencias que han recorrido los siglos.

Una cosa es segura: de nada vale cuestionar una verdad antes de haberle extraído su jugo. Sólo después de esa “obligatoria” operación fructífera, cabe descubrir, internándose en una segunda instancia recién alcanzada, los vericuetos de la relatividad que cuestiona la aseveración inicial, arrojando una nueva riqueza.

Veamos lo que señala William Blake, el insigne poeta: “Una verdad que se dice con mala intención supera todas las mentiras que se puedan inventar”, y “La verdad nunca puede decirse de un modo que sea comprendida y no sea creída”.

Y agreguemos lo que afirma Antonio Porchia: “Cuando tú y la verdad me hablan, no escucho a la verdad, te escucho a ti”, y “La verdad, que debiera ser lo eterno, siempre, es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”.

EL VALOR DEL DINERO

Albertina sentía, con cada peso que gastaba, que disminuía el orgullo (en definitiva, vanidoso) que la inundaba cuando se le ocurría pensar en la cantidad de dinero que había acumulado. Así, torturada por el temor a la pobreza, vivió muy pobremente y murió millonaria, dejando una fortuna.

El dinero nació como un medio que, sustituyendo el trueque, facilitó el intercambio. Sin él, sería en verdad muy engorroso intercambiar en el mercado una carreta por una bicicleta más un litro de vino, un pollo y algunos sacos de trigo. En el terreno de la vida (tal como subrayó Gregory Bateson), el máximo nunca coincide con el óptimo. Sucede con el agua, la sal y el azúcar, y también con el dinero cuando supera en más de un veinte por ciento la cifra que nuestro ingenio es capaz de utilizar como un medio para adquirir otros bienes. Convertirlo en un fin en sí mismo y utilizarlo para adquirir más dinero es una “hazaña” torpe que engendra un círculo vicioso interminable. Una vez iniciado, si no interviene algún factor inusitado, nunca se detiene.

Lo que sucede con el dinero, además de constituir un hecho concreto que “cuenta por sí mismo” (el avión simboliza al pene, pero sirve para volar), es que funciona de manera inconsciente como un símbolo que representa al amor, mientras que en la conciencia ocurre precisamente lo contrario, dado que “hacerlo por dinero” y “hacerlo por amor” funcionan como un par antitético. Por eso, lo que hemos dicho del dinero, como instrumento de intercambio, es válido para el amor, y también allí la “riqueza egoísta” que sólo se centra en obtener es una riqueza falsa, porque el amor se encuentra dando y nunca se logra pensando únicamente en obtener.

¿Acaso cuando un niño nos mira con curiosidad y enamorado embeleso no nos está dando mucho de ese mismo amor que sentimos por él? Lo más trágico, en la vida de nuestra Albertina, es que vive “convencida” de que lo que hace con el dinero y lo que hace con el amor no son la misma cosa.

EL HERMANO MAYOR
(EN HOMENAJE A PORCHIA)

Él dice: “Si yo fuera quien se conduce a sí mismo, no elegiría la senda que conduce a morir”. Yo pienso: sé que moriré sin querer, como he nacido, y que muy pocas veces hago lo que viviendo quiero.

Él dice: “Cuando me hiciste otro, te dejé conmigo”. Yo pienso: seguir siendo el mismo, cuando estoy contigo, es igual a no haberte conocido.

Él dice: “A veces creo que el mal es todo y que el bien es sólo un bello deseo del mal”. Yo pienso: sin el mal que limita su contorno, el bien sería sencillamente inconcebible.

Él dice: “Quien ama sabiendo por qué ama no ama” Yo pienso: amar es, precisamente, intentar conocer un misterio subyugante.

Él dice: “La pena humana, durmiendo, no tiene forma. Si la despiertan, toma la forma de quien la despierta” Yo pienso: por eso tendemos, desde antiguo, a matar al mensajero.

Él dice: “Quise alcanzar lo derecho por sendas derechas, y así comencé a vivir equivocado”. Yo pienso: los caminos naturales siempre son sinuosos, y así crece la rama, en el lugar que le permite el muro.

Él dice: “Herir al corazón es crearlo”. Yo pienso: un ser que no sufre, como un músculo que no se gasta, es un ser que no crece.

Él dice: “Cuando busco mi existencia no la busco en mí”. Yo pienso: vivimos en el mundo, volcados hacia afuera, solo invertimos la dirección de la mirada cuando algo no anda bien.

Intentemos identificarnos con él.

Sólo siento que soy en lo que digo, y sólo puedo ser cuando lo digo.

Mi vida, a cada rato, pierde su sentido, y sólo lo recupero, por un rato, las veces en que escribo.

Si hubiera visto todo, sabría qué me espera y podría sucumbir a la tentación de procurar cambiarlo.

El mal lleva, dentro de él, el germen de su auto-destrucción. Aunque puede persistir un tiempo largo, desde ese germen, siempre se destruye. Sólo el bien posee la mayor capacidad de perdurar y, más añejo que el mal, lo sobrevive.

Si no existiera el mal, tampoco existiría el bien, porque no habría con qué compararlo.

LA COARTADA

A diferencia del atajo, un camino más corto, una coartada es una prueba de inocencia. Demuestra que una persona ha estado en otro lugar cuando se cometió el delito. También denomina una excusa que exime de culpa (llegué tarde, por ejemplo, porque había mucho tráfico). Entre las excusas, cabe mencionar el uso del psicoanálisis como un *yeite* (negocio ventajero y turbio) que permite justificarlo todo.

El vocablo “coartar” proviene de (*co-artare*), “estrechar y apretar con”, y de hecho una coartada que puede ser comprobada demuestra que alguien se encontraba “restringido y limitado” en otro lugar en el momento en que se cometió el delito.

No tendría sentido reproducir aquí cuanto llevamos dicho si no fuera porque nos proponemos describir un tipo diferente de “coartada” (de excusa) que no guarda relación con el lugar en que el hecho transcurre, y si ahora nos referimos a eso llamándolo coartada es porque funciona de un modo similar, aunque muy pocas veces se lo relaciona con ella. Se relaciona,

en cambio, con lo que, “moralmente hablando”, está bien o, al contrario, está mal. ¡De acuerdo con la “mores”, que no son otra cosa que las costumbres de una determinada colectividad! Cabe preguntarse: ¿qué pasa, entonces, cuando alguien las repudia?

Se podría describir de este modo: sí, estuve allí, donde tú dices, y haciendo lo que dices, pero no sólo repetiría lo que hice o, peor aún, lo sigo haciendo, lo que tú piensas *no me importa*. Tú no puedes juzgarme. Lo que haces me parece peor y, además, si no tenemos en cuenta el detalle de la cantidad, también haces lo que me reprochas.

Como habitante de lo que describo, y sintiendo, como todos, que hay cosas que están mal y otras bien (y, para colmo, a veces eso va cambiando con el tiempo), me reconozco inhabilitado para proferir un enunciado sentencioso. No puedo ser, en forma simultánea, “juez y parte”, pero puedo intentar vivir de acuerdo con lo que creo. Vale la pena subrayar, porque es mejor saberlo, que vivimos inmersos en un diálogo de sordos.

EL HILO

Hace ya muchos años, una película llamada *La cadena invisible* narraba el extraordinario viaje de un perro que recorrió, en condiciones muy penosas, cientos y cientos de kilómetros en los Estados Unidos, para reencontrarse con “su dueño”, un niño que, como resultado de una mudanza, se vio forzado a abandonarlo.

Frente a tales acontecimientos, no podemos menos que pensar en el amor y reflexionar acerca de lo que eso significa. Freud no sólo tuvo la presencia de ánimo para descubrir que existe lo que denominamos transferencia, y que se convirtió en el centro de toda terapéutica psicoanalítica realizada en su forma más fructífera.

Freud tuvo también la extraordinaria lucidez de descubrir una característica que, a primera vista, es difícil de entender, porque parece contradictoria con lo que suele considerarse un requisito que es inherente al amor. Sostuvo que la relación entre los impulsos que configuran al deseo amoroso y el objeto

elegido es azarosa y secundaria. Es decir, en otras palabras, que las cualidades del objeto importan poco. Reparemos ahora en lo insólito del argumento, porque nuestra primera reacción nos lleva a pensar, en cambio, justamente lo contrario. ¿Cómo no van a tener importancia las características de la persona de la cual uno se enamora, cuando, si la amo, sostengo que lo hago, precisamente, por sus cualidades?

No ha de ser casual que un insigne lingüista, Tzvetan Todorov, arribe, desde su disciplina, a conclusiones similares cuando, con una lucidez semejante, afirma, desde fuera del psicoanálisis, que la palabra crea en la realidad aquello que nomina, ¡en la misma forma en que el deseo engendra a su objeto! (De modo, por ejemplo, que el padre que llama a su hijo ladrón, porque se ha quedado con una moneda que no le pertenecía, genera en el niño la convicción de serlo.)

Si no bastara con eso para mostrar que, en distintos ámbitos, florece en forma simultánea una nueva adquisición de la consciencia colectiva, podemos recurrir a Antonio Porchia, cuando escribe: “Quien me tiene por un hilo no es fuerte, lo fuerte es el hilo”.

NO ES LO MISMO HABLAR QUE DECIR

Hablar es pronunciar palabras; decir, en cambio, es comunicar. Recordemos a Porchia: “Lo que dicen las palabras no dura, duran las palabras, porque las palabras son siempre las mismas, pero lo que dicen no es nunca lo mismo”.

Lo que comunicamos es un enunciado, pero no todos los enunciados poseen la misma importancia. Es posible decir, por ejemplo, que una lata de conservas está contaminada por el bacilo botulínico, pero el significado de ese enunciado cambia si se pronuncia antes o después de que alguien haya ingerido su contenido. Si oigo decir que el viento, sacudiendo las hojas de una ventana, rompió el vidrio, no me suscitará un interés muy grande. Me conmoverá un poco más enterarme de que ese vidrio lastimó a un niño, pero me afectará con mayor intensidad saber que ese niño es mi sobrino. Los dos primeros enunciados me producirán, tal vez, como respuesta: “Y...”, y el último: “Ah”.

Lo que importan las palabras depende de su significado, y no sólo cambia en función del contexto

en que son pronunciadas y oídas, sino también de la forma en que se las ha comprendido, es decir, interpretado.

Cuando en una sesión psicoanalítica realizamos nuestra tarea elaborando la contratransferencia, debemos distinguir entre un momento previo, en el que sufrimos sus efectos de una manera penosa que, en un cierto sentido, podemos considerar tóxica, y un instante posterior en el cual, una vez elaborado lo que sentimos, recuperamos el bienestar que transcurre junto con el sentimiento de que estamos comprendiendo. Podemos decir que nos sentimos bien cuando interpretamos “bien”, pero que, si malinterpretamos aquello que con nuestro paciente estamos conviviendo, nada tiene de extraño que, en tales circunstancias, tarde o temprano, nos sintamos mal.

Conmueve comprobar que, en el conjunto entero de nuestra vida cotidiana, viviremos mejor si, frente a la realidad que nos circunda, interpretamos bien y que, si nos equivocamos, “lo pasaremos mal”.

Es cierto que no es lo mismo hablar que decir, pero, entre tantas cosas que se dicen, no todas pesan igual.

¡QUÉ TRISTEZA! ARGENTINA

La información tendenciosa, *provenga de donde provenga*, lejos de contribuir a esclarecer, cada vez más nos confunde y nos conduce hacia una conclusión espuria que, si quienes la utilizan para fundamentar un argumento terminan por creerla, ejerce con mayor razón un efecto deletéreo que a nadie beneficia.

Atrapados por “convicciones” irreconciliables, vivimos en un diálogo de sordos, como el de aquellos dos que se encuentran y, mientras uno pregunta: “¿Se va a pescar?”, otro contesta: “No, voy a pescar”, obteniendo como respuesta: “Ah, creía que se iba a pescar”. Sabemos que uno puede “hacerse el sordo” y también que “no hay peor sordo que el que no quiere oír”, pero, sin duda, deberíamos reflexionar acerca de qué es lo que nos está sucediendo para haber desembocado en este callejón al cual no se le divisa una salida fácil.

¿Qué clase de convicción es la que nos divide de manera tan irreversible? ¿Cuándo comenzó y cuál fue el origen de una historia que hoy prosigue sin miras

de reconciliación alguna? Me declaro incompetente para ingresar en esos territorios, pero si deseamos comprender lo que ahora nos sucede otros más capaces que yo deberían intentar esclarecerlo.

Me atenaza, en cambio, otra pregunta: ¿cómo podremos disfrutar de aquello que logremos si, para obtenerlo, nos condenáramos a convivir con enemigos vencidos?

Hollamos un territorio lleno de riquezas naturales, habitado por una población inteligente y culta que, en los más diversos ámbitos, ha generado representantes insignes que reconoce el mundo entero. ¿Por qué razón, absurda pero fuerte, hemos decidido, en cantidad creciente, dejar de trabajar para vivir protestando y criticando desde un ánimo hostil?

Lo cierto es que mientras hablamos de “este país”, como si no fuera el nuestro (intrigante condición que nos distingue de otros pueblos hermanos) y sin abandonar una cierta y proverbial arrogancia surgida, tal vez, de lo que nuestros próceres hicieron, hemos perdido la alegría de vivir, convirtiéndonos, en cambio, en quejosos y tristes.

Recuerdo mi infancia y el canto a la bandera idolatrada, la enseña que Belgrano nos legó y que hoy, deshilachada, conservamos.

EN CONFESIÓN FRATERNA

En esta etapa de mi vida, procedo convencido de que los apuntes de todos los días y los libros son algo muy distinto. Porque los apuntes se relacionan entre sí de una manera que sólo se percibe leyendo su secuencia. Lo sé y, sin embargo, en el mundo en que hoy vivo, las cuestiones que se intercambian con mayor frecuencia viajan en territorios que trascurren, en su inmensa mayoría, por otros parámetros, dentro de los cuales sucede que algo muy importante inevitablemente se pierde.

Con los primeros ochenta apuntes y con los segundos ciento veinte publiqué dos libros (*Lo que nos hace la vida que hacemos* y *Decir y soñar también es hacer*) que recibieron de la crítica periodística muchos comentarios favorables (algunos de los cuales figuran en nuestra página web).

A pesar de lo que afirma Borges, cuando sostiene que los libros, que derivan de la memoria como la espada del brazo, el martillo del puño y la tijera de la mano, constituyen, en su conjunto, un instrumento

clásico, insuperable y perfecto, es un hecho lamentable que una inmensa cantidad de personas hoy se relacione con ellos mucho menos. (Conmueve especialmente por eso, uno delicioso y magnífico *El universo en un junco*, escrito por Irene Vallejo).

La parte más importante de mi “confesión fraterna” reside en manifestar “en forma pública” que “vivo en ellos”, leyendo y escribiendo, una gran parte de mi vida en cada día, y que, si bien es cierto que desde allí hubo seguramente algunas horas en que viví quizás “demasiado distraído”, debo reconocer que nunca me sentí por mucho tiempo defraudado en ese universo inagotable. Debo reconocer, además y sobre todo, que cada vez que volví desde allí a mis afectos cotidianos, los conviví mejor y haciendo menos daño.

Leyendo me sentí, muchas veces, como esas niñas adolescentes que describe Simenon cuando dice: “A los trece o catorce años tienen el aspecto de enormes muñecas de trapo, con ojos claros que no ven nada de la vida que se dirige a su encuentro”.

ES LA ECONOMÍA, ESTÚPIDO

Es la economía, estúpido, fue un famoso dicho de Bill Clinton. “Estúpido” no posee allí una intención insultante; alude (como quien se golpea la frente en un gesto inequívoco) a una forma proverbial de súbitamente “darse cuenta”.

La cuestión se presta para una reflexión que trasciende el episodio. Si la política es la ciencia fundamental que capacita para la administración del Estado, establecido en una “polis”, en la comunidad que constituye una ciudad (administrar es una de las actividades esenciales de lo que denominamos “gobernar”, “hacerse cargo del timón”), no es un secreto que, entre las numerosas disciplinas que se mencionan una y otra vez, sobresale sin cesar la economía, en forma indiscutible, “hasta el cansancio”, como aquella en la cual se apoyan todas las demás. Una buena economía (sea pública o doméstica), como disciplina que se dedica a estudiar “la satisfacción razonada de las necesidades humanas”, parece constituir, entonces, una condición *sine qua non* para lograr un desarrollo ejemplar.

Otras muy importantes que se tienen en cuenta, como la salud pública, la educación y la organización urbana, resultan “subsidiarias”, como reconocidos integrantes fundamentales que contribuyen al bienestar general que una determinada población alcanza. Pero se considera, sin duda, que su desarrollo deriva de lo que una buena economía otorga, y “desde allí” se interpreta “de dónde proviene” lo que en otros países se suele envidiar.

En otras palabras, y exagerando un poco lo que decimos, parece que nos comportamos como si todo el bienestar derivara, en última instancia, de una excelente economía. Pero es evidente que, si no puede sostenerse semejante cosa en nuestra vida personal, podríamos preguntarnos: ¿por qué habría de ser de un modo diferente en el desarrollo de nuestra evolución colectiva en el seno de una comunidad social?

Si tenemos en cuenta las importantes contribuciones en la última centuria, que nos fue aportando, paulatinamente, el conocimiento de las motivaciones inconscientes que nos otorgó el psicoanálisis, tal vez haya llegado el momento de decir, sin intención insultante: “Es la psicología, estúpido”.

SEMIOLOGÍA Y CLÍNICA

Promediando la carrera de Medicina, se enseña semiología, que constituye la disciplina que permite interpretar el significado de los signos y los síntomas, es decir, lo que revelan acerca de los procesos que “subyacen” a sus características actuales y que pueden ser las consecuencias de otros, antiguos o recientes, evolutivos o perennes. En la formación del médico, es un campo muy rico y necesario, que puede justificar que un profesor hable, durante un rato largo, en la cabecera del enfermo, con un provecho cierto. De ese modo, un médico avezado puede instruir a su discípulo en conocimientos que son imprescindibles.

Sólo en los últimos tramos de la formación médica se aprende acerca de la clínica. Allí, transmitir lo esencial demanda únicamente unos minutos. En una radiografía torácica “simple”, el examen semiológico permite describir, por ejemplo, que el paciente presenta una trama esclerosa que demuestra la existencia de un EPOC y, además, las consecuencias de un antiguo neumotórax o, inclusive, la “curiosa” constatación,

extremadamente infrecuente, de que su corazón se aloja en el hemitórax derecho. Pero qué distinto es cuando señala una sombra, en un vértice, que nos revela una neoformación que se presume maligna. Todo, para enseñar semiología, es útil. Lo esencial reside, sin embargo, en que la clínica se centrará en esa sombra que nos trasmite lo único que importa en este momento del enfermo. Un proceso rápidamente evolutivo que puede acabar con su vida en poco tiempo.

Pocas veces prestamos suficiente atención a un hecho incontrovertible que posee una importancia extrema. Existe una semiología y una clínica médicas, y cumpliendo, ambas, una función distinta, no son recíprocamente sustituibles, sino que, por el contrario, la segunda se monta en la primera conduciendo hacia una sola conclusión que concreta la interpretación “reduciéndola” a su meollo esencial. Análogamente, existe una semiología y una clínica psicoanalítica, pero no solemos reparar en la importancia de esa diferencia, cuando no cabe duda de que, tenerla en cuenta, en nuestra contratransferencia, facilitará nuestra labor psicoanalítica y aumentará su eficacia.

DECIR CALLANDO

Tal como señala Tzvetan Todorov (en *Literatura y significación*), las cosas que las palabras designan no existen *a priori* como tales, porque no adquieren sus límites sino en el acto mismo de su designación. Las palabras, subraya, crean, inevitablemente (como el deseo engendra a su objeto), la realidad que enuncian. Como más tarde o más temprano comprueba todo padre que llama a su hijo “mentiroso”, la palabra que nace de una realidad que ella misma distorsiona, como una falacia inevitable (que surge siendo falsa, y no sólo exagerada o incompleta), se hace verdadera *a posteriori* de su pronunciación. Nombrar una cosa es transformarla (pero, tal como señala Porchia, “damos un nombre y luego no sabemos qué nombre darle al nombre”).

Cuando la palabra escrita, al hacerse pública, se torna impersonal (señala Todorov), lo “que dice” adquiere ese consenso que llamamos realidad. Lo que denominamos realidad es siempre un público decir.

La palabra es una profecía que siempre se realiza, con mayor o menor eficacia, dependiendo de su

fuerza o de su reiteración. Por una razón semejante, lo opuesto a la palabra falsa no es la palabra verdadera, sino únicamente el silencio. Tal como afirma Todorov: “Si las palabras crean la realidad que antes evocaban de un modo ficticio, el silencio, por su parte, hace desaparecer esa misma realidad”.

En “Sobre la oportunidad del hablar y el callar la transferencia”, sostuve, hace ya algunos años, que el silencio catapulta lo que urge al centro de la escena. Cabe subrayar ahora la importancia de tener siempre presente cuántas veces, pretendiendo decir más, decimos menos, que “hablar por hablar” perturba y desperdicia “el momento” convivido, y la necesidad de recordar que, como señala la sabiduría del proverbio, “el pez por la boca muere”.

En nuestra tarea de psicoanalistas, como un piloto en la tormenta, no gobernamos la fuerza de los elementos, gobernamos apenas el timón del hablar y del callar acciones y emociones, reconociendo, entre las crestas y los declives de las olas, la oportunidad de otorgar o negar a nuestras palabras la ocasión de nacer.

DOS CONSCIENCIAS COGNOSCITIVAS

Machado (en *Proverbios y cantares*) escribe: “Hay dos modos de conciencia: / una es luz y otra, paciencia. / Una estriba en alumbrar / un poquito el hondo mar; / otra, en hacer penitencia / con caña o red, y esperar / el pez, como pescador. / Dime tú: ¿cuál es mejor? / ¿Conciencia de visionario / que mira en el hondo acuario / peces vicos, / fugitivos, / que no se pueden pescar, / o esa maldita faena / de ir arrojando a la arena, / muertos, los peces del mar?”.

La luz (escribimos en “La conciencia”) simboliza la manera visual de la conciencia que contempla espacios complejos o escenas en donde los objetos son percibidos en simultaneidad, y la paciencia alude a la conciencia auditiva, secuencial, adjudicando palabras que “reducen” la complejidad, “fijando” en conceptos “cerrados” las cosas “abiertas” que, vivas, evaden esa limitación artificial. (El proceso no termina siempre allí, porque, dentro del lenguaje verbal, se ha desarrollado la poesía.)

Porchia, aproximándose a esa misma experiencia desde otro ángulo (pienso, además, que utiliza la palabra “comprender” para referirse a entender de manera racional) señala: “Creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”. Reparemos en que no sólo ha escrito que quien dice la verdad casi dice nada; es importante subrayar que denomina “voces” (que se oyen) a lo que escribe con palabras (que se ven).

Si las palabras esclarecen e iluminan la penumbra o la tenebrosa oscuridad, convirtiendo la desolación en un mundo y un espacio poblado de seres y reflejos, las voces tienen una resonancia que, con su concierto de cadencias y de ritmos en el tiempo, recorren el silencio con los ecos de una presencia, tal vez inesperada, pero siempre añorada.

Así vivimos, pues, sabiendo o “sin saber”, entre esas dos consciencias que emanan desde nuestras dos sensibilidades distales: la vista de la vida extraterrestre, en un espacio habitado y un tiempo que sólo es velocidad y movimiento, y el oído, más antiguo, que ya “sentía” en una época en donde la oscuridad repercutía y “vibraba” en el espacio-tiempo de una reconfortante cercanía.

CONCIENCIA Y CONSCIENCIA

Tal como señala Antonio Damasio, en *The Feeling of What Happens*, la conciencia moral (en inglés, *conscience*) se conoce desde antiguo, y la consciencia cognoscitiva, en cambio, que se escribe en castellano con una “s” como cuarta letra, y en inglés es *consciousness* (literalmente, “cualidad de consciencia”), aparece por primera vez hace unos 350 años. Un concepto equivalente no aparece, por ejemplo, en Aristóteles (*nous* y *psique* poseen un significado distinto; el primero es un término filosófico ambiguo que designa a la mente o al intelecto, y el segundo, algunos aspectos del organismo, como la respiración (pneuma), estrechamente relacionada con el alma y con la vida).

Damasio señala, además, que el hecho de que las funciones más antiguas de la conciencia (las de la consciencia que conoce) se hayan descubierto más tarde, recorriendo un camino inverso al trascurso de la evolución desde las formas cognoscitivas hacia las formas morales de esas mismas funciones (estableciendo, de ese modo, los distintos valores), contiene una

intriga que merece una atinada reflexión. La ocurrencia que nos acude de inmediato es que la consciencia que nos juzga y no cesa de apretarnos es lo primero que nos urge conocer.

Scientia deriva, en su origen, de *sciens-tis*, el que sabe, mientras que (de acuerdo con Ernout y Meillet, autores del *Diccionario etimológico de la lengua latina*) *conscientia* deriva de *consciens*, el que sabe, con otros, lo consabido. (*Inciente*, en cambio, “el que no sabe”, coincidirá, sin duda, con aquello que Freud denomina lo inconsciente y san Agustín describe señalando: “Lo sabes, pero ignoras que los sabes”.)

Señalemos, por fin, a la manera de Porchia, algunas sentencias que nos invitan a meditar acerca de “qué clase” de consciencia surge.

Mis palabras no alcanzan para hacerte dudar de tus certezas. Sólo mi silencio podría.

El dolor que está abajo es un dolor compartido. El dolor que está arriba transcurre en soledad.

Es difícil llenar un vacío que está lleno de vacío.

Si nada me faltara, me haría falta que algo me falte.

La esperanza más fuerte no es más que esperanza.

EL PODER DEL AMOR

Porchia afirma que “lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él, es lo bueno”. Su sentencia, acorde con lo que en última instancia deseamos, tropieza en nuestro ánimo con objeciones antipáticas que nos parecen inevitables y que surgen de un cierto temor de que lo que, sustenta Porchia, provenga de un optimismo excesivo, teñido por una benevolente ingenuidad. ¿Dónde apoyar, por ejemplo, una tal bondad, “indomesticable”, frente al ubicuo malestar que nos rodea, cuando una espiritopatía generalizada, que impregna nuestra humanidad desde tiempos remotos, nos conduce a suscribir la frase del insigne filósofo inglés Thomas Hobbes: “El hombre, lobo del hombre”, y a recordar la destrucción, las guerras y la hostil rivalidad, omnipresentes en toda nuestra historia?

Sin embargo, reparemos en que la frase de Porchia no niega “lo malo que hay en él”, sino que, por el contrario, lo denuncia; pero sostiene, en cambio, que lo bueno perdura y prevalece. Si prestamos atención

a nuestro entorno, abundan muchísimos ejemplos que permiten confirmarlo.

En un pequeño video publicado en internet, vemos el episodio, nada raro, en que dos hombres que luchan infructuosamente arriesgando su vida para salvar a un perrito atrapado en una condición muy peligrosa sólo lo logran cuando, en forma espontánea y repentina, colaboran otros tres compartiendo el mismo riesgo. Tampoco es infrecuente que alguien salte, de pronto, frente a un tren en marcha veloz, para evitar que un ciego resulte atropellado. ¿Acaso resulta raro que un bombero o un simple ciudadano se internen en un infierno peligroso, con llamas absorbentes y humo tóxico, para evitar que muera una persona o socorrer a un enterneador cachorro?

Relatemos un episodio ampliamente conocido: un niño se arrojó a un río caudaloso para ayudar a otro que se estaba ahogando. La familia del niño rescatado, que era Winston Churchill, agradecida, le pagó los estudios a ese niño, que fue Alexander Fleming, el mismo que, con su descubrimiento de la penicilina, le salvó nuevamente la vida a Winston, cuando, ya ministro y anciano, sufrió una neumonía.

LA VIDA ES SUEÑO

Estamos acostumbrados a referir esa frase a Calderón de la Barca (que añade: “Y los sueños sueños son”). Pero ahora nos animan otras reflexiones. El soñar (más allá de que solemos utilizar la expresión “tengo un sueño” para aludir a un deseo insatisfecho y fuerte) no se limita a un acontecimiento onírico, es decir que opera como actividad de nuestra mente cuando cerramos nuestros ojos y dormimos. Existen en nuestra vida de vigilia, tal como Freud lo señalara, una multitud de “sueños diurnos”, que no acostumbramos denominar de esa manera, y que corresponden a un continuo funcionar de fantasías con las cuales nos representamos, cada cual a su modo, el entorno en que vivimos y con el que lidiamos, procurando resolver dificultades y solucionar los sinsabores que “normalmente” y sin cesar se nos presentan.

Si nos desprendemos de la tentación de considerarnos como víctimas especiales de un destino infausto e injusto, muy pronto descubrimos que nadie puede evadir durante mucho tiempo ese modo, absolutamente

inseparable de la vida “bien vivida”, de arrostrar lo cotidiano, por obra del cual cada uno “tiene lo suyo”, es decir, aquello de lo que tiene forzosamente que ocuparse, más allá de si lo afronta o no lo afronta. Se trata de la indelegable responsabilidad de cada ser viviente, y lo cierto es que esa responsabilidad sólo puede aportar aprendizaje y un crecimiento saludable, cuando trascurre atravesando el dolor implícito en un duelo.

Dado que procurar saber ha sido siempre, en última instancia, mucho mejor que ignorar, es bueno darse cuenta de la inexorable distancia que separa lo que “ven” nuestros deseos (con su inevitable influencia en la conformación de las fantasías “oniroides” que construimos frente a la adversidad y que nos impregnan cotidianamente), de aquello que, por otra parte, nos “dice” una experiencia que, a pesar de ser nuestra, no siempre escuchamos.

Goethe decía: “Amo a los que buscan lo imposible”, pero siempre habrá un punto en que el amor auténtico conduce a un duelo que rechaza una ilusión ficticia y ofrece una sustitución valiosa.

LOS VINCULANTES

Theodore Sturgeon, en *Los cristales soñadores*, nos regala un estupendo e impresionante relato (de “ciencia ficción”) que contiene una descripción metafórica, o simbólica, que revela conocimientos profundos acerca de la “naturaleza” humana. Sus cristales, transparentes y brillantes reflectores de la luz, son seres vivos con una intrincada contextura comparable a la de las células que la biología considera que constituyen, como unidad fundamental, un organismo. Viven en un mundo frío, privado de maldad y de bondad, sin amigos ni enemigos; un mundo que “supera a la materia” y en el cual se comportan como si los seres humanos existiéramos “en otro mundo”, de modo que ni siquiera “compiten” con nosotros. Vacíos del espíritu que conocemos, ignoran nuestras importancias y nuestra búsqueda de lo mejor o lo perfecto y permanecen, por fuera de lo que entendemos como trascendencia, exentos de lo que consideramos una actitud responsable. Sus “sueños” materializan, en forma continua y automática, todo lo que sus

fantasías representan y, dada su manera de ser y proceder, son los creadores de los engendros morbosos y los monstruos que habitan nuestro mundo.

Nos tienta concebir, sobre las huellas de Sturgeon, una fantasía en otra dirección. Podemos imaginar otro tipo de seres, a los que llamaremos “vinculantes”, que, sin otro propósito o intención, sólo dedican su existencia a “ponernos en contacto”. Podemos concebirlos, además de universales, incorpóreos y, por lo tanto, intocables, inodoros, insípidos, inaudibles e invisibles. *Concebirlos aporta, como logro, reconocer que nuestras relaciones se establecen por la fuerza de procesos cuya cualidad permanece ajena al pronombre personal (yo) que enarbola nuestro nombre “de pila”.*

Quienes hoy denominamos *influencer* o también, a veces, “desarrollador” de proyectos, aquellos que suelen limitarse a “yo te lo presento, vos verás”, podrían ser quizás tataranietos de esos “ilustres próceres” que hoy continúan existiendo, y vinculándonos “sin drama”, porque funcionan para comunicar, pero no para resolver, solucionar o conducir nuestra vida hacia el *happy end* de una historia imaginada.

PARÁBOLA DE LOS LADRILLOS Y LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Como un espléndido ejemplo de la diferencia que existe, tanto en la medicina tradicional como en el psicoanálisis, entre la semiología y la clínica, una ingeniosa metáfora que alude a la diferencia entre una buena y una mala teoría.

Había una vez, entre las actividades del hombre, una que fue llamada investigación científica, y los que realizaban esa actividad fueron llamados científicos. Sin embargo, en realidad esos hombres eran constructores que hacían edificios —llamados explicaciones o leyes—, ensamblando ladrillos llamados datos. La fabricación de ladrillos era una empresa difícil y costosa, y el perito constructor evitaba el despilfarro haciendo sólo ladrillos de la forma y el tamaño necesarios para la tarea en cuestión. El constructor era guiado en esta manufactura por un proyecto, llamado teoría o hipótesis.

Y entonces sucedió que un malentendido se extendió entre los fabricantes de ladrillos. Los ladrilleros se obsesionaron con la producción de ladrillos. Cuando se les recordó que el objetivo final era la producción de edificios, no de ladrillos, respondieron que si había suficientes ladrillos disponibles los constructores podían ser capaces de seleccionar los necesarios y continuar construyendo edificios. Las fallas de este razonamiento no eran fácilmente aparentes, *y así, con la ayuda de los ciudadanos que estaban esperando los edificios aún no construidos para usarlos, sucedieron cosas increíbles. El costo de la fabricación de ladrillos llegó a ser un asunto menor*, porque llegaron a estar disponibles grandes sumas de dinero; el tiempo y el esfuerzo implicados en la fabricación de ladrillos fueron reducidos mediante ingeniosas maquinarias automáticas. Incluso se sugirió que la producción de un número adecuado de ladrillos era equivalente a la construcción de un edificio.

Y así sucedió que el país se inundó de ladrillos. Se hizo necesario organizar más y más lugares de almacenamiento —llamados revistas científicas— y sistemas más y más elaborados para llevar los registros del inventario. Pero la producción estaba por delante de la demanda, y los ladrillos ya no eran a pedido.

Desafortunadamente, los constructores casi fueron destruidos. Llegó a ser difícil encontrar los

ladrillos apropiados para una tarea, porque había que buscarlos entre muchos. Se hizo difícil encontrar una parcela adecuada para la construcción de un edificio, porque el suelo estaba cubierto con ladrillos sueltos. Llegó a ser difícil completar un edificio útil, porque tan pronto los fundamentos eran discernibles eran sepultados por una avalancha de ladrillos sueltos. Y lo más triste de todo es que a veces no se hizo el esfuerzo para mantener la distinción entre una pila de ladrillos y un verdadero edificio.

(Fuente: Bernard K. Forscher, “Chaos in the Brickyard”, en *Science*, vol. 142, núm. 3590, 1963, pp. 339. DOI: 10.1126/science.142.3590.339.)

EN EL JUEGO DE LA VIDA

Walther Tritesch (en “Los cambios en las relaciones humanas”, en *La nueva visión del mundo*, de Jean Gebser y colaboradores) menciona lo que denomina “los signos de los tiempos” y, con ese fructífero concepto, se refiere al espíritu que impregna una determinada etapa en la evolución de la cultura humana. Cultura que, por otra parte (tal como expresa Katya Mandoki en *El indispensable exceso de la estética* con su logrado neologismo “culturalaleza”), es inseparable de la naturaleza de los organismos vivos.

En las comunidades humanas, se conviven épocas distintas, sea en el macromundo de la política internacional (se trate de un Churchill o de un Hitler), en el intermedio de algún club (actualmente presidido por fulano o por mengano) o en el micromundo del hogar familiar (sea porque los hijos se inician en la escuela o porque se casan para formar otra familia).

Lo cierto es que todos ocupamos, queriendo o sin querer y dentro de la colectividad que integramos, un “puesto” en el espíritu de una época, y que a veces

“nos toca” organizar una función en el ámbito en el cual vivimos y *“apagar las luces”, como un dueño de casa, cuando se ha terminado ese episodio y los otros ya se han ido.* Así, cuando salimos de la vida como el último sobreviviente de una particular historia, sabemos que el significado de esa historia se irá para siempre con nosotros.

Sin embargo, el fin de una vida compartida con los personajes que integran una determinada trama no es el fin de la vida que, en sí misma, trasciende esa trama particular iniciando otras muchas historias. Alguien inevitablemente tendrá que ser el último que, al salir, apagará las luces, pero también es cierto que, en el interminable juego de la vida, otros vendrán sin duda y que, como señala Porchia, “el bien que hacemos a quien no le debemos bien lo debemos a quien nos lo hace, y si no hubiera luces que se apagan, las luces que se encienden no alumbrarían”.

SENTIR Y PENSAR

A pesar de que en castellano disponemos de una hermosa palabra, “sentimental”, que integra los productos intelectuales de la mente con los afectivos que denominamos sentimiento, existe, más allá de lo que solemos darnos cuenta, un irreconciliable litigio entre lo que “dice nuestro corazón” y lo que “nuestro cerebro sostiene”. Tal como lo afirma Pascal, “hay razones del corazón que la razón no entiende”.

Podemos comprenderlo mejor si prestamos suficiente atención al acontecimiento que denominamos duelo, frente a una pérdida irreparable, cuando se ha muerto, por ejemplo, una persona que amamos.

No sólo nos sucede, entonces, un dolor que difiere del que nos ocurre cuando una herida nos lacera el cuerpo. Sentimos, además, un sufrimiento que nos aflige o nos apena y que nos conduce a intentar “desmentir” (es decir, sostener la falsedad) de lo que la percepción nos muestra. Percepción y sensación se demuestran allí irreconciliables y, poco a poco, gracias a ese proceso que denominamos acostumbamiento,

dentro del cual la costumbre y la atención compiten, la percepción insiste y la penuria “se gasta”, doliendo cada vez un tanto menos, hasta que una cierta tristeza nos anuncia que se iniciará una segunda fase en la cual las energías que la gestión demandaba se vuelcan nuevamente sobre los proyectos saludables que otorgan entusiasmo a la alegría de vivir.

Podemos decir, entonces, por un lado, que la sensación “educa” al pensamiento y, por el otro, que la percepción, en forma recíproca, “educa” al sentimiento. Pero debemos tener en cuenta, sin embargo, que no se trata de un proceso fácil y que, mucho menos, se resuelve de una vez y para siempre. Si bien es cierto que encararlo nos otorga una creciente y deseable fortaleza, constituye, en su esencia, un permanente y difícil desafío. Y, en cada caso, deberemos resistir a la tentación de soslayarlo. Nos ayuda, en cambio, comprender que es un dolor “de crecimiento”, que el duelo y la vida son procesos inherentes, y que trascurren unidos de un modo inseparable cuando se trata de integrar sentimiento y pensamiento.

LAS PALABRAS

El término “palabra” deriva del vocablo “parábola”, que desde su origen (que proviene de las voces griegas *para*, “al margen de”, y *bolé*, “lanzar”, con el sentido de “establecer un paralelo”) adquiere el significado de comparar. Desde allí cabe afirmar que toda palabra es una comparación, una metáfora (que nace pletórica y velozmente se marchita) cuyo destino es señalar que una cosa “tiene algo” de otra cosa.

Investigar (buscando los vestigios, las huellas) en la etimología permite asistir a su nacimiento y a la evolución del significado al cual aluden. La cuestión revela toda su importancia cuando reparamos en que los significados “viajan intuitivamente” de un organismo a otro, y que la creación de palabras otorga a esos viajes (que “trafican” inevitables influencias) una nueva dimensión que constituye un inequívoco distintivo de la humanidad.

Pero la significancia de esa nueva dimensión, verbal y humana, de esa poesía que parte de los sonidos guturales y se extiende hasta alcanzar las cumbres

de la literatura, no se detiene en un logro solamente estético, dado que involucra inevitablemente, en su cultura, una cuestión que al mismo tiempo que moral es ¡higiénica! y, por lo tanto, es necesario aceptar que puede ser perversa.

Bello, bueno y limpio son las tres caras de un mismo poliedro cuyas aristas son curvas. Si es posible pensar que feo es lo que carece de proporción, de armonía, de ritmo o de equilibrio, y que malo es todo lo que resulta en sufrimiento innecesario, también puede pensarse que lo sucio acontece cada vez que una forma de materia se junta con otra que no “le corresponde”.

Después de este indispensable periplo por la profunda raigambre sentimental que otorga un rendimiento valioso al cuidado verbal, durante las innumerables peripecias de nuestra convivencia cotidiana, no sólo importa su inmediata e inherente consecuencia, la innegable repercusión que produce el silencio oportuno, sino también que son muchas las veces en que al callar decimos, y que vale la pena auscultar aquello que, en cada encuentro, sentimos.

ACERCA DE LA ORIGINALIDAD

Se suele pensar que las ideas son originales cuando no son la copia ni la imitación de otras, y también es cierto que, en un sentido más restringido, original es aquello que “no se me había ocurrido”. De acuerdo con lo que un proverbio árabe señala cuando afirma: “Después de dos mil años de existir hombres que piensan, todo está dicho y se llega al mundo demasiado tarde”, no es posible ser original.

De allí surge (dicho sea de paso) que las citas bibliográficas sólo tienen sentido cuando se busca apoyo o cuando uno se siente incapaz de decirlo mejor, pero nunca para otorgar el reconocimiento de una prioridad.

Es necesario aceptar, además, que no puede ser verdad que todo esté dicho. Sería equivalente a sostener que vivir es sólo repetir, y si bien es cierto que en realidad hay cosas que se repiten, toda repetición es, tal como afirmaba Freud, una reedición modificada. Subrayemos también, y en un sentido diferente, que nadie podrá jamás decir “todo”, porque cada

cosa que se dice es, inevitablemente, parcial y se dice, siempre, desde un punto de vista.

Por otro lado, y con buena voluntad, comprendemos, sin embargo, que hay algo de verdad en lo que el proverbio señala. (Agreguemos que en nuestra existencia cotidiana usamos esa expresión para significar, en un instante dado, que la función que cumple el hablar ya se ha realizado y que es necesario pasar a la acción.)

Si es verdad que, como afirma Porchia, “nadie está hecho de sí mismo”, es imposible ser original. Pero ocurre, sin embargo, y mientras tanto, que cada uno de nosotros, ejercitando su posibilidad de decir, precisamente aquí y ahora, lo que ningún otro puede decir de esa manera, es absolutamente distinto y “novedoso”.

También sucede, además, lo que señala lúcida-mente Ortega: “Cuando un buen poeta habla, nos parece que nos plagia”.

Tres hermanos, Pedro, Pascual y Pablo, de mayor a menor, usaron, cuando niños, el mismo pantalón, y Pablo, finalmente, lo rompió. Pero Pedro y Pascual ya lo habían gastado.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TEORÍA

Si reparamos en “La parábola de los ladrillos”, el texto de Bernard K. Forscher, en el cual se refiere a una creciente perturbación que se manifiesta como una acumulación de datos que carecen de una teoría coherente, debemos reconocer que, si lo que dice era cierto en 1963, en nuestra época eso mismo, en lugar de mejorar, ha empeorado.

Me complace relatar ahora una experiencia que revela que, a pesar de que el trastorno denunciado por Forscher hoy predomina, por suerte quienes en la actualidad se dedican a la ciencia no siempre proceden de ese modo.

Conocí a Pier Giuseppe Pelicci, director científico en Italia del Departamento de Oncología Experimental y codirector, junto con Umberto Veronesi, del Istituto Europeo di Oncologia (con sede en Milán), cuando era un alumno que asistía a nuestras clases de psicoanálisis en Perugia (en el Istituto Aberastury dirigido por Rita y Carlo Brutti).

Años después, cuando luego de un fructífero periplo por los Estados Unidos volvió a Italia para

continuar allí sus valiosas investigaciones, me encontré con él y, dado mi interés en los significados inconscientes específicos del cáncer, le dije que deseaba leer alguno de sus trabajos actuales. Me aclaró que estaban escritos en un lenguaje que para mí resultaría incomprensible, pero que junto con ellos trabajaba una persona (si no recuerdo mal, creo que su apellido era Bishop) que se dedicaba a interpretar, dentro de una teoría coherente, los datos que el grupo de investigadores obtenía. Siendo, como era, un hombre de ciencia de reconocida trayectoria, empleaba, sin embargo, la mayor parte de su tiempo en la satisfacción de sus otros intereses culturales, centrados, sobre todo, en la composición musical y en la literatura, y una parte pequeña de su actividad a la valoración de los resultados de la investigación científica. Pelicci me decía que era frecuente que hablara con entusiasmo, durante horas enteras, de Shakespeare y que acumulaba, entre sus cualidades, pertenecer a una prestigiosa sociedad dedicada al estudio de la música clásica.

LOS VICIOS

Me contaron que un inculto y recién llegado inmigrante italiano, que todavía hablaba en cocoliche, se “mandaba la parte” sobre sus supuestas actividades eróticas, diciendo que sus aventuras no se rebajaban a ser con prostitutas, sino que trascurrieron con mujeres “viciosas”, “hijas de diplomáticos”. Más allá de si el episodio realmente sucedió o forma parte de una humorada, nos introduce en la cuestión de los vicios y su erotización.

Un vicio es un hábito pernicioso, y la cuestión de los hábitos es crucial para la terapéutica psicoanalítica, porque no sólo sucede que se oponen a un cambio, sino que, para colmo, también existe el hábito de mantener los hábitos. De allí surge, en primer lugar, la necesidad de que el psicoanálisis se realice con un número suficiente de sesiones por semana (un óptimo de cuatro y no menos de tres). Sabemos que sólo con una frecuencia adecuada se logrará “vencer” un hábito perjudicial, y que lo contrario es vender ilusiones. Si es cierto para los vicios posturales, para

las maneras inadecuadas en que un jugador de tenis ejerce el drive o el revés y para las formas en que un alumno que aprende un segundo idioma repite errores habituales que “se resisten” a los intentos de cambio, también es cierto para las maneras de ser y proceder que constituyen el carácter y que el paciente procura mejorar.

¿Hay algo que puede ayudarnos a facilitar ese proceso? La respuesta es sí. Reparemos en lo que Bion (el insigne psicoanalista inglés) decía: “En un punto de este camino el psicoanalista que se equivoca enseña a su paciente psicoanálisis, en lugar de otorgarle una experiencia emocional irreversible”. Es imprescindible, entonces, huir de las aproximaciones intelectuales, tan propias de la divulgación de la ciencia, y usar solamente las palabras que logran conmover.

Desde los tiempos de Freud, hemos progresado mucho acerca de cómo hacerlo, y tal vez eso nos permita, en un futuro que todavía falta demostrar, hacer en dos sesiones por semana lo que antes hacíamos en cuatro con menor éxito y mayor dificultad.

LAS BRUJAS Y YO

Pensando que el malentendido es cardíaco, la falsedad es hepática y la paradoja es cerebral, comencemos con la salvedad, en íntima coincidencia con Porchia, de que toda verdad es efímera (sostiene que “la verdad, que debiera ser lo eterno, es siempre lo recién nacido o lo recién muerto”). Señalemos que la certificación de toda falsedad implica el establecimiento de una transitoria certeza, para insistir en que disipar un malentendido supone una nueva interpretación que correrá igual destino y, sobre todo, para subrayar que trascender una paradoja conduce a una amplificación del sentido que, inevitablemente, desemboca, tarde o temprano, en otra conclusión paradójal. Porchia se refiere a la “razón” de un tal desenlace inevitable cuando afirma que “la verdad, cuando es la verdad de lo pequeño, es casi toda verdad, y cuando es la verdad de lo grande, es casi toda duda”.

En el epílogo de la edición denominada *Voces reunidas*, sus editores (Daniel González Dueñas, Alejandro Toledo y Ángel Ros) afirman que “Porchia ha

colocado al lector —sin violencia alguna, casi con ternura— en el punto exacto en que la paradoja no es un callejón sin salida, sino umbral de una nueva percepción”. Vale la pena subrayar esta idea enormemente fructífera de que la paradoja, más allá de su presentación desconcertante, pugna por una “solución” trascendente que, cuando se logra, introduce nuestro pensamiento en una nueva dimensión.

La idea de que “las brujas no existen, pero que las hay, las hay” ya nos ha revelado sus enigmas, y hoy sabemos que la frase se refiere a dos tipos de existencia: la física, registrada por nuestros órganos sensoriales, y la anímica, que carece de una existencia material. No sucede lo mismo todavía, sin embargo, con el referente designado por el pronombre personal “yo”. Sólo luego de haber descubierto la relatividad del yo y, más aún, su carácter ilusorio, se reveló, en toda su magnitud, la paradoja. El yo, como las brujas, no existe, pero que lo hay... ¡lo hay! Debemos internarnos, pues, decididamente, en las posibilidades que su exploración nos ofrece.

LA PRIORIDAD DE LO UBICUO

Freud sostuvo que, cuando un afecto (cualitativamente diferenciado) se reprime, transfiere su intensidad sobre algún sustituto, que puede ser otro afecto, un acto, una conducta o un síntoma. Sostuvo, además, que el motivo de la represión es impedir el desarrollo de un afecto conflictivo (placentero para un sistema y penoso para otro), y que la descarga de ese particular afecto reprimido obtenía la desaparición del “indeseado” sustituto.

Así nació el psicoanálisis, como una terapéutica centrada en el afecto, y se constituyó como una teoría que explica los trastornos y el proceso terapéutico. Frente a tales circunstancias, Freud aclaró que lo intelectual también es un poder, aunque es de los que actúan “a la larga”.

Mientras coincide con Kant y con Ortega en que el hombre no es en el tiempo, sino que, por el contrario, el tiempo es en el hombre, y sostiene, desde allí, que vivimos en un presente atemporal, en sus interpretaciones predomina un tiempo cronológico,

con un antes y un después, que supedita la noción de historia a la noción de génesis causal y divide el acontecer en un aquí y ahora similar a como fue allí y entonces y será mañana allá.

Klein y Racker, dos grandes maestros de la técnica, que formaron a varias generaciones de psicoanalistas, permanecieron dentro de ese encuadre ajeno al presente atemporal. Un encuadre que hipervaloraba la explicación racional y que se expresaba formalmente en mecanismos.

Desde entonces, han pasado muchos años en los cuales aprendimos a sortear tales desvíos con interpretaciones que, en lugar de dividir en tiempos y lugares distintos, incluyen lo que acontece de manera ubicua. Esta última característica genera palabras más convincentes y conmovedoras, y si, desde una contratransferencia amistosa, las refuerza un consiguiente silencio interpretativo, permite omitir las próximas ocurrencias del psicoterapeuta y valorar mejor las que emergen del paciente.

Tal como lo expresa Wilfred Bion en una de sus clases magistrales: “En este punto del camino el psicoanalista que se equivoca enseña a su paciente psicoanálisis, en lugar de otorgarle una experiencia emocional irreversible”.

DEL COMO SI AL SÍ

Decir que algo me acontece es casi lo mismo que decir que estoy (o soy) en relación con algo. Adquirir consciencia de ese acontecer constituye una segunda instancia: darme cuenta. Se constituyen, así, dos estados diferentes. Puedo decir que los comparo, o que uno de ellos re-presenta, alude, simboliza o se refiere al otro, y que no son idénticos, aunque son similares. Solemos decir que el segundo estado es “como si” fuera el otro, pero que, en realidad, no lo es en su totalidad.

Así sucede en el teatro o en el cine, en donde nos conmovemos y lloramos o reímos sabiendo que luego “retiraremos” la emoción que allí pusimos durante el tiempo en que trascurrió la función. Así sucede también cuando el pensamiento se constituye normalmente como el ensayo de una acción, o cuando pensamos en que las cosas podrían ser de otra manera y nos embarcamos en alguna fantasía en donde ocurre lo que nos complace imaginar.

En “el teatro” de la sesión psicoanalítica, hay, en realidad, dos “como si” muy diferentes, y es muy

importante distinguirlos bien. En uno de ellos, perjudicial e indeseable, es como si lo que está sucediendo fuera un proceso psicoanalítico, cuando, en verdad, no lo es, y sólo lo aparenta. Allí no se cumple lo que la psicoterapia manifiesta procurar. En el otro, imprescindible para el psicoanálisis, es como si el psicoterapeuta (gracias a la transferencia) fuera, por ejemplo, la mamá del paciente. En este último proceso, en aparente paradoja, sucede que el “como si” funciona conduciendo a que sí, efectivamente, acontezca lo que el paciente ha con-tratado.

Procurando ese logro, hemos aprendido a sustituir las explicaciones racionales, que se expresan en términos de mecanismos (y comparan lo que sucede aquí y ahora con lo que sucedió allí y entonces o tenderá a suceder allá y mañana), con interpretaciones que, surgiendo desde una contratransferencia amistosa y priorizando lo que acontece de manera ubicua en un presente sempiterno, alcanzan en el paciente un grado de conmoción y convicción que se refuerza con el silencio posterior del psicoterapeuta.

EL OBSTÁCULO

Hemos oído muchas veces mencionar que la nación Argentina florecería, en un tiempo muy breve, si no fuera por la cantidad de medidas que emprenden los gobiernos sucesivos y que, funcionando como “parches” que arreglan mal un territorio pagando como precio una peoría en otro, obstaculizan el progreso con medidas legales. También sucede en otros países, pero es en nuestro entorno en donde más nos duele.

Es cierto que no se puede nadar con manotones de ahogado, pero cabe preguntarse por qué sucede de ese modo y de dónde proviene el obstáculo que nos impide revertir ese destino infausto que nos conduce a convivir peleando.

Suelen mencionarse, en primer plano, las ambiciones personales que, a partir del egoísmo, predominan en quienes nos gobiernan, pero una observación más cuidadosa permite comprobar que tales conductas no podrían prosperar si no contaran con la envidia y la consiguiente valoración, que admira lo

que critica y que predomina dentro de una opinión pública que permanece inconsciente.

El penoso acontecimiento, constituido por una vida descarriada, también podemos contemplarlo en lo que ocurre con algunas personas que viven a los saltos, porque trascurren saliendo de un entuerto para caer en otro.

Lo cierto es que el psiquismo colectivo, regido por una opinión pública inconsciente, cuando ingresa en tales desatinos, no se diferencia demasiado de lo que ocurre en las vidas de muchos seres humanos. Porque encontramos, en colectividades y en personas, que el descalabro siempre sucede si se interviene en las situaciones complejas con los procedimientos que sólo rinden frutos en los acontecimientos regidos por causalidades “lineales”.

Es triste reconocerlo, pero es peor ignorarlo. En las situaciones que (partir de Newton) denominamos lineales, es posible identificar una causa magna que determina el efecto que deseamos cambiar. De ahí la eficacia con la que podemos actuar. En las situaciones complejas, no habrá más recurso que evitar el “intervencionismo” y proceder de acuerdo con lo que, desde hace siglos, aprendimos los médicos. Resignarnos a regir nuestra conducta por el *primum non nocere*, cuando es peor el remedio que la enfermedad.

EL CORAZÓN HERIDO

En “Le vase brisé” (“El jarrón roto”, un famoso y conmovedor poema de Sully Prudhomme), el autor habla de “una leve rozadura, que fue rajando el cristal muy lentamente”, para concluir afirmando “no lo toquéis, está quebrado”. Aclara luego, que “Así también la mano más amada / rozando el corazón hace una herida; / y el corazón, después, por sí se rompe, / y la flor de un amor pierde la vida”, para repetir de nuevo: “No lo toquéis, está quebrado”.

El tema trasciende la inmediata referencia a la desilusión que suele provenir de una genitalidad impregnada por el entusiasmo fugaz de un enamoramiento “ciego”. Los innumerables comentarios que ha suscitado (entre los cuales predominan los de personas ancianas que, aun recordándolo desde sus años juveniles, lo revalorizan luego), incluyen, “ante todo”, y en toda su amplitud, las distintas circunstancias en que el amor y la ternura ablandan el corazón del ser humano y lo conducen a vivir los mejores momentos de su vida. Precisamente aquellos que maduran en

un tesoro de recuerdos, que, más allá de las añoranzas melancólicas, se atesoran como una capital inestimable. Un capital que conforta los años invernales, en los cuales sobrevivir lleva implícito tener que despedirse, una y otra vez, enfrentando, en forma progresiva, los inevitables duelos que se reflejan en un corazón partido.

No tendría sentido volver sobre este asunto si no fuera porque nos anima la convicción de que esa especie de “amor abortado”, en las más diversas circunstancias, no sólo es la condición que, inseparable de la vida que prosigue, constituye, en última instancia, el ubicuo trasfondo de toda terapéutica psicoanalítica (en cualquier edad en que se la emprenda), sino que, como tal, se oculta detrás de cualquier otro motivo al cual se atribuya la necesidad de un tratamiento.

Recordemos, por fin, que si bien, como señala Porchia, “quien busca herirte busca tu herida, para herirte en tu herida”, también señala que no sólo existe la maldad, cuando escribe: “Lo indomesticable del hombre no es lo malo que hay en él, es lo bueno”.

ACERCA DEL BIEN Y DEL MAL

Ignorando lo que la biología nos enseña, el lobo se ha convertido en un símbolo de la agresión y la maldad, y la paloma, en cambio, representa la paz y la bondad. Frente a la pregunta: ¿cuál será el impulso que, en definitiva, predomine en el corazón del ser humano?, ha surgido una respuesta ingenua: depende del que tú alimentes. Comencemos por reconocer que, a pesar de todo, nos hemos encontrado, más de una vez, con ejemplos de una bondad conmovedora y que, en lo que a esto se refiere, Freud ha sido siempre pesimista.

Más allá del excelente libro de Konrad Lorenz, *Sobre la agresión. El pretendido mal*, es imposible desconocer que, en la complejidad del ecosistema, y aun en el ámbito más restringido de la convivencia humana, una gran parte de lo que a unos beneficia a otros perjudica. Esto puede resumirse en una sola frase: quien ama las manzanas odia los gusanos que se alimentan de ella.

Reparemos, además, en aquello que Viktor von Weizsaecker, el insigne psicosomatólogo alemán, nos

ayuda lúcidamente a comprender. La alternativa entre matar o morir surge ante la necesidad cotidiana de comer y, desde allí, él nos conduce a establecer una importante diferencia entre lo imprescindible y el exceso que desperdicia lo que mata.

Nos enfrentamos, entonces, de manera inevitable, con que llevar la cuestión del bien y del mal a un plano trascendente, con la pretensión de establecer un aserto universal, sólo puede ser el producto de una intención ingenua que le ha quitado el sueño a más de un jurisconsulto (de la talla, por ejemplo, de Michael Sandel). Porque no sólo lo que la biología nos enseña sino también las “leyes” del ecosistema que torturan las pretensiones de una geopolítica nos obligan a distinguir entre global y colonial, renunciando a un intervencionismo “mundial” que se sustenta en la ignorancia de su complejidad.

La triste conclusión es clara: lo bueno de un conocimiento que avanza, sustituyendo una ignorancia, se malogra cuando pretendemos saber lo que todavía ignoramos.

LO QUE QUEREMOS TENER

Un difundido “prejuicio”, que se considera supersticioso, afirma que cuando uno pasa con un automóvil por debajo de un puente, en el momento en que lo atraviesa un tren, y piensa en un deseo, eso que desea ocurrirá. Podría sostenerse que un deseo que acude súbitamente de manera inesperada es un deseo muy presente y que, si sucede de ese modo, es porque posee una fuerza y una permanencia que aumentan las posibilidades de su realización. En otras palabras, lo que queremos de una manera muy intensa nos conducirá, más allá de nuestra consciencia, a ponernos al servicio de poder lograrlo.

Esa cuestión, la de la fuerza que conduce a la realización de un deseo, se presta para encaminarnos hacia ulteriores reflexiones que atañen al ámbito de nuestra profesión. Muchas veces, hemos oído que algunos colegas se quejan porque no logran “tener” más pacientes que aquellos que “a duras penas” consiguen y, si nos apoyamos en lo que llevamos dicho,

podríamos preguntarnos: ¿de qué manera los quieren? ¿Cuál es su interés?

La palabra “interesado” admite un uso peyorativo que, a pesar de reflejar una verdad, es sin duda parcial. El vocablo “interés”, por su origen (*interessere*), significa “ser entre” y alude, sin duda, a mucho más que un interés egoísta. Aunque pueda parecer extraño, la única manera en que se puede ser consiste, por entero, en ser con otro, y lo que yo sea será, en cada relación, muy diferente, por más que intente negarlo, sosteniendo que alcanza, para existir como un yo peculiar, ser un promedio que surge del conjunto de mis relaciones.

Podemos ahora contemplar dos maneras de estar interesado. Una, espuria, en la cual lo único que me interesa es que no me falten pacientes, y eso me impide, precisamente, lograrlo. La otra, auténtica, en la que me interesa lo que sucede entre mi paciente y yo, como indicio de lo que le ocurre ubicuamente, y “contiene” lo que más importa, aquello que constituye lo único que, en realidad, y a los dos, nos hace falta abordar.

HASTA CIERTO PUNTO

¿Es feo llegar a ser viejo? Debemos admitir que hay otra cosa que, hasta cierto punto, es peor: no llegar a ser viejo. La cuestión reside en “hasta cierto punto”, porque conlleva un perturbador interrogante que suele despertar inconfesados temores: ¿cuál es el punto en que sería preferible morir?

No solemos incurrir, de manera consciente, en el desasosiego que acompaña a esa pregunta. Inconscientemente, por extraño que parezca, es una cuestión que vamos “resolviendo”, cada uno a su manera. La “solución” que adoptamos, vista desde afuera, no siempre se considera sensata, porque cuando miramos a nuestro alrededor vemos que, mientras hay personas que mueren de un modo que “dentro de todo” nos parece “aceptable”, hay otras que perduran de un modo penoso, que nos recuerda a los famosos versos de Muñoz Feijoo: “No son los muertos los que en dulce calma / la paz disfrutan de la tumba fría. / Muertos son los que llevan muerta el alma / y aún viven todavía”.

Cabe preguntarse desde cuáles fundamentos nos atribuimos la posibilidad de juzgar sobre lo que niega u otorga valor al sentido de otras vidas. La cuestión se torna más profunda si aceptamos, como señala Porchia, que “nadie está hecho de sí mismo”.

Se ha discutido, y se sigue discutiendo, desde diversos ángulos, el tema de la eutanasia, y que nos asiste el derecho a dejar por escrito cuando se deberá desconectar el respirador, en las circunstancias en que, gracias a su función, sobrevivimos privados de nuestra normal consciencia de vigilia. El enfermo podrá dejarlo por escrito, sí, pero ¿qué nos asegura que, luego de haberlo establecido, no ha cambiado de idea?

La conclusión es clara, pero, como ocurre con todas las cosas de la vida, nada podrá jamás ser totalmente previsible en lo que el futuro y las otras personas “nos deparan”. Por eso, en aparente paradoja, es posible contemplar lo que nos hace la vida que hacemos, o preguntar, en forma revertida, ¿qué hacemos con lo que nos hace la vida? Resignarse no es sólo renunciar, sino también significar de un modo diferente.

LA MALDAD Y LA BONDAD

Ella es una chica mala. Lo prueba el hecho de que sus padres no la quisieron y la dejaron abandonada en la puerta de una iglesia. Fue a parar a un internado, con otras tan malas como ella. Allí no sólo se peleaban en un “sálvese quien pueda”, sino que, continuamente, la corregían y la castigaban por todo lo que debería cambiar para ser buena. Al mismo tiempo, le decían que era inútil, que jamás lo lograría.

Con el tiempo, y a medida que crecía, aprendiendo a fingir, pudo alcanzar breves momentos en los cuales, “empujando hasta el fondo” su íntimo secreto, llegó a calmar un poco su hambre y su sed de compañía. Después se enamoró, y a partir de aquel día, en el cual alguien le dijo que era buena, llegó a pensar que ella también podría olvidar para siempre su condición maldita.

Pero no pudo ser, porque, cuando “por obra de una casualidad”, apareció súbitamente su pasado en el mundo formado por sus afectos actuales, su secreto, interpretado como una traición, confirmó, otra vez, su irredimible maldad.

Él fue un buen muchacho. La casa de sus padres está llena de fotos de su infancia. Sus hijos y su mujer lo aman, y en el confort de su hogar hay muchos objetos que rememoran muy buenos momentos. Las dificultades, que demandaron esfuerzos, nunca faltaron, pero el empeño compartido se tradujo en importantes logros.

Un mal día, en el cual un malestar pasajero, que luego se transformó en durable, inició una serie de exámenes que terminaron en el diagnóstico de un cáncer, inició la penuria de un periplo que introdujo en esa familia, prematuramente, un desenlace ominoso.

En ambas historias encontramos una misma curva. Un bienestar, que se construye poco a poco, va creciendo hasta alcanzar un máximo, y a partir de allí el bienestar se acaba y el malestar retorna. En ambas historias, “la mala y la buena”, el bienestar queda sustituido por un destino infausto. Como no hay bien que dure cien años, vale la pena preguntarse: ¿cuál es la diferencia?

SOBRE GUARDAR Y GASTAR

A pesar de que la observación demuestra la verdad de lo que dice Gregory Bateson, que en todo lo que tiene que ver con la vida el máximo nunca coincide con el óptimo (como sucede con el azúcar, con la sal y con el agua), la idea de que no es así cuando se trata del dinero tiene mayor consenso.

Sabemos, sin embargo, que el dinero nació de la necesidad de facilitar el trueque de los bienes, lo cual equivale a sostener que su destino natural no reside en acumularlo, sino en “gastarlo” para adquirir un bien, y que conservar más de un 20% de lo que se obtiene, en previsión de eventuales desequilibrios, funciona, en la inmensa mayoría de los casos, de manera tóxica. Peor aún es utilizarlo con el único fin de “invertirlo” en generar más plata, porque allí su función se subvierte por entero.

El oro y la plata (que resultaron apropiados por ser metales suficientemente escasos y fáciles de manipular y conservar) se prestaron para ser usados como una primera forma del dinero. En un momento

posterior, esos metales se atesoraron para preservarlos de su deterioro, poniendo en circulación, en cambio, un papel moneda que permite adquirir una determinada cantidad de esos metales, que pasaron a constituir una riqueza.

En Francia (*argent*) y en muchos países de habla hispana (pero no en otros, ni en España), el vocablo “plata” se usa para designar al dinero, y en algunos se usa la palabra “guita”, que (derivada de las cuerdas de guitarra) designa algo que se estira, connotando de ese modo la idea de un dinero omnipotente que se estira de forma inacabable.

Con exageración irónica, suele decirse que, cuando alguien, al morir, deja una herencia, lo que sucede es que ha errado al organizar su economía. Sin llegar a ese extremo, el tema trae consigo otro disturbio, porque cuando un hijo se ha criado sintiendo que en su familia “sobraba la guita” participa en la cadena que da pie para el proverbio triste: “Padre estanciero, hijo caballero, nieto pordiosero”.

EL PORVENIR DE LA NECESIDAD

Es posible decir que aquello que uno necesita es algo que le falta. Por un lado, como una carencia de algo que denominamos un “objeto”, predominantemente material y ausente y, por el otro, como la omisión de algo que denominamos una “conducta”, predominantemente ideal y fallidamente sustituida.

Esa realidad bifronte se constituye porque hay veces en que recibo el objeto que necesito sin ejecutar el acto adecuado, y otras en que, con la ejecución adecuada, no lo obtengo. Por eso, la palabra “falta” (y lo mismo ocurre con el italiano *mancanza*) no sólo denomina una determinada cosa de la cual carezco, sino que también se usa para señalar una ejecución que no hice (haciendo otra).

Suele decirse, equivocadamente, que la necesidad es biológica y el deseo, en cambio, psicológico. Pero sostener ese equívoco lleva implícito desconocer que el deseo sólo resulta concebible a partir de una particular necesidad. Por otro lado, debemos tener en cuenta que, aunque el cumplimiento del deseo no

siempre satisface la necesidad, cuando sucede que ambas realizaciones coinciden la continuación de la vida es posible porque surge, de nuevo, algo “que nos hace falta”.

Dicen que la necesidad tiene cara de hereje, subrayando una perentoriedad que no admite, como sí el deseo, sustitutos ni postergaciones. Pero debemos reparar en que se trata de una hereje suicida, porque forma parte de su esencia destinar su impulso tiránico a terminar con sí misma, transfiriendo su antorcha a una próxima heredera.

Nos queda, por fin, distinguir entre dos tipos de necesidades. Las que consisten en satisfacer los apetitos que aseguran la supervivencia (comer, copular y descansar constituyen tres “requisitos”, fácilmente distinguibles, que llevan implícitos otros derivados) pero que (aunque es común negarlo) no alcanzan para “llenar la vida” y nos conducen hacia un segundo tipo.

Dado que nadie diría que vive para comer, sino que, por el contrario, come para vivir, cabe preguntarse: ¿para qué se vive? La respuesta es que nos habita una necesidad de trascendencia que hoy una inmensa mayoría de personas reprime e ignora.

AÑORANZAS Y RECUERDOS

Es importante distinguir los recuerdos que orientan una dirección imprescindible, hacia la cual se encamina, en forma inevitable, nuestro porvenir (determinado por las cualidades de su origen), de las añoranzas melancólicas. Las mismas que devienen transparentes en las coplas inmortales con los cuales Jorge Manrique despide los restos mortales de su padre. “Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte, / contemplando, / cómo se pasa la vida, / como se viene la muerte, / tan callando; cuán presto se va el placer, / como después de acordado, / da dolor, / cómo a nuestro parecer, / todo tiempo que ha pasado, / fue mejor”.

Para aquilatar la importancia de la historia, alcanza con tener presente lo que Freud señala como un esencial descubrimiento que nos ayuda para comprender las vicisitudes de nuestras dificultades: se repite en lugar de recordar. Podemos reencontrar una fuente de tales dificultades, en la vida colectiva, recurriendo a la sabiduría de una difundida sentencia

(atribuida a George Santayana): “Los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla”.

Reparemos también en que el mismo Freud volvió sobre sus propias afirmaciones para aclarar que las repeticiones no lo son en términos absolutos, sino que lo que sucede, en realidad, son reediciones modificadas que llevan, implícita, una capacidad de cambio. Sin embargo, y a pesar de tal aclaración, sigue siendo valioso contemplar que hay algo que se repite y, sobre todo, identificar, desde su origen, la trayectoria que se proyecta hacia un futuro configurando una meta, porque ningún otro indicio nos faculta para predecir lo que vendrá.

Recordemos, en otras palabras, que promulgar la existencia de un presente atemporal, en el cual el pasado, que no ha terminado de ocurrir, permanece vigente, junto a la eficacia de un futuro que ya ha comenzado, constituye otra manera de reconocer el valor de los recuerdos, que permanecen activos bajo la forma de proyectos.

Sólo así conservaremos el aprecio a los recuerdos que constituyen en su conjunto el reservorio de una riqueza, que otorga a nuestra vida la resonancia de una densidad frente a la cual toda valoración es poca.

HOMO SAPIENS

Nos referimos antes (¡representándolo con una mano que acaricia la hierba de un prado!) al importante divorcio entre sentir y pensar. Mencionábamos el constante litigio en el cual ambas circunstancias inevitables (sentir y pensar a través de sensaciones y percepciones) se “educan” recíprocamente en un inacabable proceso de conciliación que demanda un permanente esfuerzo. Un esfuerzo que, si bien no se puede decir que fracasa, jamás alcanza totalmente su meta.

Volvemos hoy sobre el tema para abordar un aspecto que, además de fundamental, es constitucional, es decir, constituyente de la humanidad y, además, por su naturaleza, está en perpetua vigencia.

Por un lado, nuestro raciocinio (que ha conducido a la denominación *Homo sapiens*) nos convence acerca de la verdad del silogismo: si todos los hombres mueren, y Sócrates es un hombre, Sócrates morirá. Por el otro, inconciliable, no creemos auténticamente que en verdad moriremos, porque nos habita el sentimiento de ser inmortales, hasta el punto en que

suele atemorizarnos la posibilidad de “estar muertos”, pero sufriendo “en otro lugar”. Más aún: puede decirse, en un cierto sentido, que somos, en realidad, inmortales, porque es imposible estar y, al mismo tiempo, no ser. Porque si sufro no estoy muerto y, si he muerto, en cambio, no sufro ni estoy.

No sólo lo afirma la antigua sentencia que subraya el fin de una agonía: “No temas, tú no verás caer la última gota que en la clepsidra tiembla”. También se expresa cuando nos imaginamos “estando ya” en la muerte que tememos y, sin embargo, sintiendo.

Recordemos que en el *Prometeo* de Esquilo, cuando le preguntan al héroe cómo ha logrado que la saeta de Helios no ciegue a su raza, hecha para ver lo iluminado, no la luz, Prometeo responde: infundiendo en ellos la ciega esperanza. Dos viejos proverbios señalan que “la esperanza es lo último que se pierde” y que “mientras hay vida hay esperanza”, y creo que ese afecto inestimable, junto con otro igualmente importante, la curiosidad, constituye un producto que intenta conciliar la pugna, en última instancia inconciliable, del sentir con el pensar.

PERIODISMO

El periodismo es, por su origen, una actividad comunicativa que se realiza con una periodicidad conocida que apunta, con una práctica consuetudinaria, hacia generar una costumbre, y suele constituirse en un hábito compartido por el emisor y su audiencia. Más allá de su etimología, cumple con la importante función de informar y contribuir a la difusión de la cultura y de la civilización que transforma al habitante de una región en ciudadano.

Cada emisión toma la forma, a veces, de una columna editorial que expresa las opiniones del emisor y en otras incluye las que surgen de entrevistas y consultas a personas “que saben” sobre un determinado asunto. Pero también se nutre con un alimento “balanceado” integrado por lo que se consideran “los hechos”, constituidos por acontecimientos, noticias de último momento, tragedias espectaculares, y los chismes que se suelen “disfrutar con alegría”.

De más está decir que diferenciar entre hechos y opiniones no es tarea sencilla, porque, dado que

percibir es siempre interpretar, lo que algunos consideramos “hechos” para otros sólo serán opiniones que no se comparten.

Ha llegado el momento de aclarar que, aunqueelijamos escuchar al periodista con el cual, por lo general, coincidimos con sus apreciaciones, igual sucederá que, con algunas de las cosas que diga, o con la actitud con que las diga, no estaremos de acuerdo.

Puede molestarnos, por ejemplo, que detrás de un perito consultado, cargado de laureles y cuya “*expertise* cuestionable” transcurra desapercibida, se oculte un arrogante que logre, introduciendo confusión y afirmando que la situación es muy muy compleja (en lugar de artificialmente complicada), “pasar por ser un entendido”. O que un entrevistado que, refugiado en la creencia de que la responsabilidad ya no es asunto suyo, “se sienta a salvo” proyectando la culpa y se dé el lujo de decir verdades duras.

Sin embargo, debemos aprender a tolerar, tanto en lo que se refiere al periodismo como en lo que atañe a la vida cotidiana, una realidad que intentaremos expresar a la manera de Porchia: Lo que más me disgusta es no coincidir con lo que piensa una gran cantidad de gente que me gusta.

DESPEDIDA

Entre las locuciones con las cuales nos separamos, no solo existe el cotidiano y determinado “hasta mañana” (o “hasta el viernes”). También existe el acostumbrado y ambiguo “hasta luego” y el dramático “adiós”, que abandona el rencuentro a los avatares de un destino incierto, como existe la forma en que solemos negarlo diciendo “hasta siempre”.

Aunque, contrariando lo que dicen los etimólogos, los psicoanalistas podemos sostener con fundamento que “despedirte” es también (“más acá” de su origen etimológico) “dejar de pedirte”, y que “per-der” es una forma de “hiper-dar”, vale la pena bucear en las profundidades de su etimología. Mientras tanto, conviene señalar que los fundamentos psicoanalíticos nos permiten reconocer que la etimología no sólo debe explorar el pasado como algo terminado que ha ocurrido “de una vez y para siempre”, sino que la evolución de los vocablos es un proceso que continúa sucediendo.

Volviendo a lo que sostienen los etimólogos, despedirse y ser despedido (derivados de *petere*, como

competir) es arrojarse o ser arrojado hacia afuera, con impulso. (Algo similar ocurre con el inglés *dismiss* o el italiano *dimitere*, derivados de las voces latinas *dismissus* y *missus*, de donde provienen “emitir” y “remitir”.)

El psicoanálisis ha estudiado los procesos de duelo (indistinguibles en sus comienzos de la melancolía) para señalar que, si trascurren sin influencias perturbadoras, se cumplen en un tiempo “biológico” que ronda los dieciocho meses. Una herida superficial que no se infecta cicatriza en una semana, mientras que en la ablación, por ejemplo, de un riñón el organismo recupera el equilibrio de la celda renal que ha quedado vacía en “los mismos” dieciocho meses. Esto, frente a los duelos que se “detienen en el tiempo” y duran a veces muchos años, perturbando el ejercicio de la vida, nos ha permitido hablar metafóricamente de “duelos infectados”.

Cabe preguntarse, entonces: ¿cómo se infecta un duelo? ¿En dónde reside, en ese caso, la inmunidad que nos protege? Y la respuesta es clara. La inmunidad proviene del haber asimilado lo que la experiencia enseña: que es ilusoria la pretensión ingenua de volver al pasado.

DECÁLOGO DE LA AMARGURA MELANCÓLICA

1. *Sólo vale lo que pienso.*
2. *Lo que fue es lo único que cuenta.*
3. *Soy víctima de lo que ocurre.*
4. *Mis amigos me traicionan.*
5. *Me han ofendido de un modo imperdonable.*
6. *Repetiré lo mismo y no me importará lo que suceda.*
7. *Exigiré lo que me deben.*
8. *Despreciaré lo que no colme mis expectativas.*
9. *Si no puedo ganar, habré perdido.*
10. *Sólo puedo valorar aquello que, definitivamente, he perdido.*

La melancolía oculta dos grandes secretos. El primero consiste en que se utiliza como “moneda de cambio” extorsiva. El segundo reside en que constituye una fuente de placer masoquista.

UN TIPO PIOLA

Frente a quien se mueve y actúa como un tipo piola, es posible encadenar algunas reflexiones.

Es alguien que se siente inferior y lo “compensa” mostrándose superior, como si fuera “ese otro” que envidia y admira y que, en realidad, ni siquiera comprende.

Vive en una galería de espejos, deseando el bienestar que imagina en quienes, lanzados como él, hacia un camino espurio, se comportan como si hubieran obtenido el bienestar cuya ausencia intentan disimular con un *bluf*.

Avanza sin saber cómo adquirir lo que finge tener. Prefiere pensar que la ausencia de aquello que “le hace falta” sucede porque se lo han quitado, pero actúa como si lo tuviera, porque su carencia lo avergüenza.

En presencia de los seres que admira de una manera errónea (porque los elige entre aquellos que son como él, creyendo que son distintos y que, además, “han llegado”), adopta una actitud exageradamente amistosa y servicial, que es, en el fondo, adulatora y confanzuda.

Imagina que el éxito es un lugar “imperdible”, que se alcanza “de una vez y para siempre”, y que, una vez logrado, diluye la posibilidad de sufrir. Si se obtiene, en cambio, sin merecerlo (que es la única forma en que le parece que podrá alcanzarlo), dado que el riesgo de ser descubierto perdura, teme, por ese motivo, volver a perderlo.

No es un caradura, pero adopta una “careta” ficticia que usa para agradar o mentir y, además, su actitud es “prosopopéyica”, porque él se esconde detrás de la máscara que representa un tipo “superado”, al que ya nada puede sorprender.

Ver a “un tipo piola” incomoda con lo que suele llamarse una “vergüenza ajena”. Cabe preguntarse por qué su manera de ser y proceder nos molesta y preferimos mantenerlo lejos. Más allá de que puede apenarnos un malestar ajeno cuyas consecuencias suelen ser mayores de las que se divisan a primera vista, es necesario admitir que es natural que nos irrite la presencia, demasiado cercana, de alguien que se comporta impregnado por el orgullo vano de ser un tipo piola.

LA CONSCIENCIA Y LO PSÍQUICO GENUINO

Un tal Andrónico de Rodas, para denominar una colección de escritos de Aristóteles, usó el equivalente griego de la palabra “metafísica”, que se refiere (denota) a lo que está más allá de la física, que es la ciencia que estudia las propiedades (la naturaleza) de la materia y la energía.

Freud usó la palabra “metapsicología” para referirse a lo que está más allá de la psicología (como “ciencia natural” que estudia las propiedades, las cualidades adjetivas, de lo psíquico como sustantivo).

Usamos la palabra “metahistoria” para referirnos a lo que está más allá de la historia (la disciplina que estudia y *expone o relata* acontecimientos y hechos que pertenecen al tiempo pasado y, desde allí, hasta el momento presente).

Los lingüistas utilizan la palabra “metalenguaje” para referirse a lo que está más allá del lenguaje (que, además de ser la capacidad para expresar pensamientos y sentimientos por medio de palabras, es aquello que ejercemos cuando denominamos las cosas). En

la oración “el gato es un felino”, está claro que nos referimos al animal que maúlla, y por eso decimos que estamos ejerciendo un lenguaje o un idioma. Si escribo, en cambio, que la palabra “gato” tiene cuatro letras, lo que estaré ejerciendo será un metalenguaje, y para expresarlo la encerraré entre comillas.

Freud, en 1938, rechazó enfáticamente el dualismo cartesiano presente en su metapsicología y estableció la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis, en la cual *sostiene que lo que registramos como cuerpo es lo psíquico inconsciente que, al mismo tiempo, es lo psíquico genuino, lo verdaderamente psíquico, y que es necesario buscar alguna otra apreciación para los procesos conscientes.*

Si estamos de acuerdo con que la consciencia no es lo genuinamente psíquico (Freud lo subraya cuando afirma que es necesario buscar, para ella, alguna otra apreciación, distinta), es evidente que la consciencia está más allá de lo psíquico genuino (un más allá que apunta a que se trata de algo que necesitamos, todavía, definir mejor), y también es evidente que tiene un cierto sentido decir que es metapsíquica.

EL EQUÍVOCO PLACER DE TERMINAR

Aunque se puede disfrutar del recuerdo de haber vivido una realización y de la satisfacción que otorgan los productos, es importante no confundir el placer de la satisfacción con un logro que se obtiene en un momento, dado que, si prestamos atención o lo que ocurre, vemos que jamás sucede de ese modo. Por el contrario (y a pesar de que el lenguaje confunde al orgasmo con la terminación de un acto), el placer de la satisfacción, lejos de ser lo que ocurre con algo que se ha terminado, es un proceso dinámico que transcurre en el inevitable tiempo que demanda vivirlo en los distintos avatares de su acontecer.

Como ejemplo, basta en reparar que, en una fiesta, el placer que comienza al concebirla y prosigue al prepararla y realizarla se va diluyendo en la medida en que se acerca su final, que demandará limpiar y ordenar. Si bebo un vaso de vino cuyo gusto me conduce hacia el próximo sorbo, o fumo una pipa que me agrada mientras leo un libro que me fecunda, el

placer surge de aquello que trascurre, no emana de aquello en que culmina.

Comprenderlo nos conduce a percibir mejor la frecuencia con la cual, ignorando que la satisfacción es un proceso, atribuimos nuestra frustración a una carencia que proviene de un entorno injusto y deficiente, mientras ignoramos lo que deriva de nuestra insensatez.

Cabe recordar la conocida frase: “No tengo todo lo que quiero, pero quiero lo que tengo”, que conduce hacia dos importantes conclusiones. Una que afirma “quiero lo que tengo, más allá de lo que tuve o de aquello que podré tener”. La otra es mejor: “Aunque no eres (ni soy) todo lo que quiero, quiero lo que eres (y lo que soy)”.

Si, como escribe Porchia, profundizando en aquello que “convence”: “Cuando digo lo que digo es porque me ha vencido lo que digo”, cabe preguntarse: ¿dónde o en qué me ha vencido? Y la respuesta que más importa es clara: me ha vencido en aquello que creía ser yo.

LAS INUSITADAS TRAYECTORIAS DE "UNA VIDA"

Leyendo un libro magnífico (*“Queridísimo Simenon. Mi querido Fellini”. Cartas*) gracias a la generosidad de una colega, me inundan algunas reflexiones acerca del “destino”, de la sincronicidad y de Jung, el psicoanalista que fascinaba tanto a Fellini como a Simenon.

El libro que menciono, “usado” por una propietaria anterior, lleva una dedicatoria “misteriosa” e intrigante, que reproduzco aquí: “Amor por siempre tuve a Fellini... Ahora el amor a Simenon, gracias a ti, con el que me has hecho recorrer un hermoso camino, que espero que siempre continúe (con Maigret). Y finalmente este regalo es amor hacia ti... Una vez más, nuestros corazones y almas se encuentran... Soy muy feliz... Por eso este regalo... Lily (tu diosa). Bs. As, 11 de Enero de 2003”.

Esas palabras, con letra clara y desenvuelta, nos conducen a entrever una mujer, expresiva y culta, que nos deja una intriga. ¿Qué habrá sucedido “luego” con Lily y con la persona con quien ha recorrido aquel hermoso camino?

Es imposible no rememorar unos versos de Trilussa, el insigne humorista italiano, quien, con “filosófica” y dulce ironía, nos cuenta que, frente a un papel amarillento que, con una dedicatoria, encuentra en el cajón de un mueble antiguo, se pregunta: ¿quién diablos será esta “Ninetta tuya”, que hace ya un tiempo me amaba eternamente?

Una y otra vez, nos hemos referido a que la vida hace un bebé “antes” de que el bebé haga su vida y, también, a lo que nos hace la vida que hacemos y a lo que hacemos con lo que nos hace la vida. Cabe reparar, además, en que, más allá de que “la vida hace al bebé, antes de lo que él hace con su vida”, la vida continua “obrando”, permanentemente, sobre la trayectoria que inicia.

Fellini y Simenon han coincidido en que vivir es enfrentar, de manera valerosa, sucesivas derrotas. Sus vidas testimonian que los dos han comprendido lo que los siglos han dejado en un proverbio sabio: la delicia de insistir es el premio del vencido.

LA INMORALIDAD A LA LUZ DEL PSICOANÁLISIS

A partir de comprender que enfermar es una forma de arruinarse una parte de la vida en cuerpo y alma, se comprende también una inevitable consecuencia que la experiencia confirma. Ingresamos, cuando nos enfermamos, en una forma de estar mal que en el particular sector deteriorado nos conduce a ser y proceder de una manera errónea y mala que, en íntimo acuerdo con lo que señala el diccionario, puede denominarse “ruin”. Dado que las mores son costumbres que distinguen entre las buenas y malas acciones, determinan la moralidad de cada uno, y dado también que la presencia de la enfermedad en sus innumerables formas y episodios constituye una inexorable condición del ser humano, entramos inevitablemente tanto en una ruindad como en una inmoralidad (de las cuales con mayor o menor frecuencia salimos), porque ambas, en última instancia, constituyen aquello que registrado “desde” el cuerpo se llama enfermedad.

Es importante, sin embargo, comprender que hay formas leves y graves de la inmoralidad y que lo que las diferencia es que, en las graves, la luz de un psicoanálisis auténtico nos permite descubrir realidades encubiertas que siguen un curso progresivo que “no tiene vuelta atrás”.

Cuando en el ejercicio de su profesión un psicoanalista se encuentra con inmoralidades graves, la conducta que asume durante el tratamiento no nos permite distinguir tres variantes iluminadoras.

En una de ellas, convencido de la imposibilidad de psicoanalizar a ese paciente con resultados fructíferos, elige trabajar con otro que le permita ejercer su labor con mayor eficacia. En otra, encuentra en la posibilidad de investigar y aprender el estímulo necesario para dedicarse a una tarea frente a la cual cabe tener muy pocas esperanzas. Y en la tercera, desgraciadamente demasiado frecuente, un psicoanalista que no merece ese nombre, de un modo gravemente inmoral, incurre sin escrúpulos en un pacto neurótico sustituyendo la verdadera finalidad del tratamiento por la motivación espuria de no perder un paciente que, aunque no progresa, le paga puntualmente y lo convierte de manera ficticia en un profesional exitoso.

EPÍLOGO

APUNTES DE TODOS LOS DÍAS

A veces me preguntan: “¿Los escribís todos los días? ¿Cómo elegís los temas o los gráficos?”. Los escribo dos o tres veces por semana, a partir de la reciente cuarentena (y después de haber escrito el libro *La peste en la colmena*).

Lo que todos los días me sucede trascurre, espontáneamente, “en la cocina” de mis pensamientos “en penumbra”, sintiendo que hay algo que “está mal” en el entorno, una especie de malentendido que por doquier predomina, que suele pasar desapercibido y me genera la imprescindible necesidad de ponerlo “en blanco y negro” para poder “sentirlo de otro modo”, para poder “elaborarlo”. Siento que “debo” tratar de comprender mejor (aunque no siempre lo logre) de dónde surge, cómo se mantiene y hacia dónde evoluciona esa manera de ser y proceder vigente que no se puede separar del *discomfort* y el malestar que nos rodea.

Tener que “explicarme” y reflejar lo que sentía en 340 palabras, que muy pocas veces me sobran (¡y casi siempre fue posible “recortar”!), fue una

experiencia para mí maravillosa, porque me permitió comprobar con cuánta frecuencia hablamos o escribimos demasiado, subestimando a nuestros interlocutores y permitiendo (¡o logrando!) que lo esencial se diluya.

Sentí, además, que una creciente necesidad de compañía trascurría notablemente atemperada. Cuando escribimos libros, lo hacemos “a ciegas”, sin saber quién los lee y lo que pensará. La lectura de algunos comentarios sobre “mis apuntes”, en cambio, me condujo paulatinamente (en plena cuarentena, con un entorno en su mayor parte atrapado en pensamientos contradictorios y confusos) a la costumbre de dirigirme al celular para encontrarme con ese espontáneo y gratificante *feedback*. Una “realimentación” que contribuye a generar esa “presencia afectiva” que insufla aire en el pecho y ternura en nuestro corazón.

En cuanto a los gráficos que acompañaron originalmente a estos escritos, y que suelo encontrar en la web, me otorgan, sin duda, un placer adicional, artístico o estético. Se parece al que produce el humor frente al que sonreímos o el chiste que provoca risa. Un tipo de placer que siempre nos complace compartir.

